Isabel Torres Carrasco

Cinco secretos y cien sonrisas



Cinco secretos y cien sonrisas

Cinco secretos y cien sonrisas

Isabel Torres Carrasco

Primera edición, abril 2026
© De la obra: Isabel Torres Carrasco
Edición, corrección y maquetación: miauquetaciones
ISBN: 978-84-09-81215-8
Depósito Legal: B 7417-2026
Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión por cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dedicado a mi padre, Sebastián, que tuvo poco tiempo para querernos, pero lo hizo a lo grande. Culto y humilde, así te recuerdo.
A Isabel, mi madre. Pilar de amor y bondad. Siempre en mi corazón.
Ojalá compartir contigo esta ilusión.

CAPÍTULO 1

Hoy cumplo cincuenta años y me tienen preparada una fiesta no sorpresa.

Para mí, casi todo lo que ocurre en mi vida y en la de la gente a la que quiero, es importante.

Confieso que, a veces, no me doy cuenta de que en mi balanza personal gana el humor y el amor, pero se me pasa enseguida. Pienso que quienes me rodean solo me dan motivos para ser feliz, salvo alguna excepción puntual. La felicidad nunca es constante, eso lo tengo claro.

Cincuenta añazos ya… En realidad, no me identifico con este número para nada y así se lo he hecho saber a mis amigas, Lina, Marta, Noelia y Emma, por activa y por pasiva.

Me parece mentira que esta cifra vaya a entrar a formar parte de mis vueltas al sol. A partir de aquí, solo queda añadir y sumar, eso espero. Pienso que lo importante es ir llegando a todos los números y estar bien, sobre todo de salud, más que de físico. No me quejaré mucho si mi equilibrio entre cuerpo y mente sigue como hasta ahora. Como dice el dicho, «virgencita que me quede como estoy».

La celebración será para nosotras solas: sin parejas, niños, ni familiares. El sitio lo he escogido yo. Aunque suene raro, es lo que hacemos siempre que alguna cumple los años acabados en cero.

Es curiosa toda esta historia, que comenzó en la época en que las cinco rondábamos los veintidós, año arriba, año abajo.

Era un sábado de finales de junio y decidimos ir a la costa a celebrar que ya se había acabado el curso. Esa playa nos brindaba total libertad. Su tamaño, con una amplia extensión de arena, jugaba a nuestro favor para poder tomar el sol, jugar a vóley playa, escuchar música y, sobre todo, reírnos de mil cosas con nuestras charlas habituales.

Lina tuvo la brillante idea, como siempre. Ella, además de intrépida, es la que inventa cosas que, sin que nadie se las espere, suelen parecer locuras y al final resultan ser planazos, incluso de por vida.

Estábamos todas tomando el sol, unas sentadas y otras tumbadas en las esterillas, salvo ella que venía de darse un chapuzón y se

acercaba a nosotras con su larga melena rubia chorreando y el cuerpo cubierto de diminutas gotas.

Yo respiraba tranquila mientras observaba a un grupo de chicas sentadas muy cerca de nosotras, que llevaban unos bikinis preciosos de flores y otros de rayas de colores. Pensé, por el parecido, que seguro que eran hermanas, y que ojalá yo algún día pudiera estar tan bronceada como ellas.

Lina me sacó de mis pensamientos al salpicarme de agua con sus dedos. Así provocó mi grito y llamó la atención de las demás. Se quedó de pie y entonces habló para todas.

—¡Chicas, chicas, mirad lo que se me ha ocurrido! No quiero que me interrumpáis con preguntas hasta que acabe, ¿*capisci*?

Las demás asentimos con la cabeza, expectantes a ver qué disparate se le había cruzado esta vez por la mente. Ella nos miraba con sus ojos azules muy abiertos, ávidos de respuesta a nuestra reacción y sin dejar de sonreír.

—A partir de ahora, celebraremos a lo grande nuestros cumples decenales. Por si no entendéis esta bonita palabra, os la voy a aclarar: los próximos treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta, ochenta y noventa de cada una, haremos una fiesta exclusiva para nosotras. Y a la de la familia y amigos, que será otro día, también tendremos derecho e incluso obligación de asistir. ¡Qué no me entere yo de que me pierdo alguna fiesta! —dijo con gracia, con el dedo índice apuntándonos y poniendo énfasis en algunas palabras mientras nos deleitaba con su baile ralentizado en plan *Pulp Fiction.*

—A ti te sienta tan mal el agua como a mí el vino, ¿no? —respondió Marta, mientras desenredaba su media melena rizada, levantando una ceja.

—¡Que no! ¡Que es genial! ¿Qué os parece la idea? ¡Un cumple de chicas! —Lina dio un pequeño aplauso antes de seguir hablando. Después inspiró despacio antes de soltar el resto de su idea de golpe, casi sin respirar—. Empezaremos a partir de ahora, cuando la

primera cumpla los treinta. ¿Por qué? Por lógica, porque todas tenemos entre veintitrés y veinticinco y ha sido una pena no haberlo pensado seis años antes, ¡me cachis! ¿Y qué más? Pues que todavía estamos buenorras y con las tetas en su sitio.

Esto último lo dijo cogiéndose los pechos, moviéndolos hacia arriba y abajo, y acto seguido empezó a salpicarnos de agua con su pelo, haciendo movimientos bruscos de cabeza hacia adelante y hacia atrás como si un cantante de rock en una sesión de espiritismo la hubiera poseído.

Mientras, nosotras procesábamos todo lo que oíamos, a la par que nos reíamos, a sabiendas de que la gente de alrededor también prestaba atención y algunos no podían evitar sumarse a las risas. Lina cuando está nerviosa sube mucho el tono de voz.

Noelia replicó los aplausos que había esbozado Lina, y sus ojos verdes, entrecerrados por culpa del sol momentáneo, brillaban más que nunca. Emma se tapó la boca para disimular los brackets que llevaba desde hacía unos meses, aunque su subida y bajada de hombros sacudidos por la risa, no había quien la disimulara.

Las dos parecían anticipar la felicidad que aquella propuesta iba a suponer en nuestras vidas.

—¡Pero decid algo! —exclamó impaciente Lina— Y todas, sin pensarlo gritamos al unísono un «¡Sí!» que debió oírse a diez kilómetros a la redonda.

Lina estiró el brazo y nos ofreció el puño para que se lo chocáramos una a una, y encantadas lo hicimos. Fue como la firma de un contrato, porque así fue como se cerró el pacto.

Después, nos hizo levantar para correr todas cogidas de la mano y entrar de golpe al mar. Otra idea de esas estupendas que ella tiene. Las olas de la orilla nos tumbaron de sopetón, tragamos agua salada, y nos reímos lo que no está escrito.

Tengo esas imágenes guardadas en mi cabeza, y de vez en cuando me gusta recordarlas, ya sea por puro disfrute o para alegrarme en algún momento de bajón. Es la forma rápida de asegurarme una sonrisa.

Siempre hemos pasado muy buenos momentos juntas y algunos malos también. En eso consiste nuestra amistad, en estar a las

duras y a las maduras, apoyarnos, escucharnos y no juzgarnos. Esta vez, creo que a ellas les hace tanta falta como a mí un poco de diversión. Así se podrán olvidar de preocupaciones cotidianas, laborales, de adolescentes, de amores que no llegan… Seguro que va a ser genial. Soy la primera del grupo en llegar a un número tan significativo.

Tengo muchísima curiosidad por saber qué me van a regalar.

Lina, que es tan mística, siempre me sorprende. Es una persona amable, con cara angelical, de aquellas que podrían formar parte de las postales navideñas de Ferrandiz, conocido por dibujar a sus personajes con caritas redondas, ojos grandes, y sonrisa dulce y apacible. Lina podría ser la pastorcilla que sujeta a un corderito en una de esas postales. Además, tiene una espiritualidad distinta a la nuestra. Por supuesto respetamos sus creencias. Es tarotista y está metida en un mundo que no acabamos de comprender, pero mientras ella sea feliz, todas estaremos contentas.

Todo en ella va a conjunto, su cuerpo, con las curvas necesarias; su cara, que aun siendo redonda tiene los pómulos marcados; su precioso pelo que sigue siendo rubio, liso, y largo y esos ojazos que enamoran. Por donde quiera que pasa, irradia un aura especial, como ella misma nos diría.

Hoy me pondré el collar con la gema de ópalo oval y cadena de oro rosa que me regaló cuando celebramos mis cuarenta. Es precioso. Dicen que es la piedra de octubre y que se regala cuando cumples catorce años. No cumplía ninguno de esos dos requisitos, ya que nací en mayo, y me lo contó con la naturalidad y esa pizca de locura que la caracteriza.

—Al ver este colgante en la tienda, me he sentido atraída por él, por las vibras que desprendía. Me he enamorado de su color y lo he visualizado en tu cuello. Me da igual tu edad y el mes, pero sé que te quedará espectacular. De todas formas, si lo piensas, el cuarenta y el catorce tienen un número en común que es el cuatro. Y cuatro son las estaciones del año, cuatro los puntos cardinales, cuatro los elementos de la naturaleza y cuatro las hojas de los tréboles que dan buena suerte y tanto te gustan. Por todas esas casualidades y porque es bellísimo como tú, te lo regalo. ¡Y punto! —Se quedó más

ancha que pancha con esa retahíla.

Tengo que decir que todo iba relacionado y bien hilado, porque Marta, que es la más lista de todas y quizás la más cabal, me regaló unos pendientes de oro rosa con la forma de los tréboles de la fortuna, cómo no…

No fue un regalo conjunto, pero se pusieron de acuerdo. Y mira que es difícil a veces llegar a un consenso con Marta. Es inconformista por naturaleza, tiene un corazón de oro, y otra cualidad bastante peculiar que la convierte en la alegría o el desastre de las fiestas. Y es que cuando bebe algo con alcohol, suelta por esa boquita lo primero que se le viene. El pirriaque, como ella lo llama, le quita todos los filtros a su cerebro y corazón. Lo más bueno es que nadie, ni ella misma, nota su estado de embriaguez. Se vuelve tan sincera como ofensiva y al día siguiente no recuerda nada. Cuando eso ocurre, la llamamos Martona. Es un aviso por si puede remediar algo de lo que va a decir, aunque no remedia nada.

—Ten, espero que te gusten, si no, el tique regalo está dentro de la bolsita —me dijo al dármelo, sonriendo y encogiendo aún más sus pequeños ojos marrones.

Mientras lo recibía, no sé por qué, me vino a la cabeza lo preocupada que parece a veces por su imagen, por estar un poquito más entrada en carnes, como ella se define, y encima después niega esa intranquilidad y hace ver que le importa un comino su aspecto. El disimulo no es lo suyo, desde luego.

Emma me regaló un conjunto de lencería negro con gasas transparentes, blondas y encajes dorados: sujetador, un tanga, un culotte y picardías. Sabe que me encanta ese estilo y acertó de pleno. Viene sin filtros, incluso sin beber, de serie, todas coincidimos en que es la mujer más descarada, picante y alegre que hay sobre la faz de la tierra. Más de una vez hemos dicho que debería llamarse energía que también empieza por E, y precisamente, por tanta como desborda, está delgadísima.

—¡Anda! Para que pongas malito a tu Jaime y después te metas en la cama muy sensual, le bosteces al oído y le digas: ¿Has visto cuánto puedo abrir la boca? —dijo una vez que tuve el tanga en las manos, sonriendo en plan tigresa.

Yo solté una carcajada y ella me miró con sus ojazos y se lamió los labios muy despacio, unos labios de esos a los que parece que le hayan dado un bocado en los lados y se le hayan inflamado en la parte de arriba, para acompañarme después en la carcajada.

Con el ataque de risa que me dio al escucharla soltar semejante lindeza, me atraganté con el agua que estaba bebiendo. Y ya remató:

—Eres tan fifí que te vas a ahogar bebiendo agua en tu propio cumpleaños. ¡Bebe champán! —Poniendo especial énfasis en la ene final. —¡Bebe champán, coño, y ahógate con dignidad, joder! —Esto último me lo dijo con una voz en tono muy grave y con mucha autoridad.

El pelo canoso y brillante que luce ahora —harta ya de teñirse— le confiere seriedad, pero para nada se ajusta a la realidad, es más, incluso parece más joven.

No podíamos parar de reír. Desde luego, es la alegría de la huerta.

Y por último está Noelia, que es la sofisticación en persona. Es la única que va al gimnasio y se le nota porque tiene un cuerpazo que es envidiado y admirado a partes iguales, y por si fuera poco, su elegancia es innata, porque eso se tiene o no se tiene.

—Espero que disfrutéis mucho de este regalo y que luego nos lo cuentes todo, pero no le bosteces, por favor —me pidió, clavando sus rasgados ojos marrones en los míos y retirando su castaña y ondulada melena hacia atrás.

Me regaló un fin de semana en un spa de lujo para dos personas. La verdad es que me vino de perlas. Estrené la lencería con Jaime y fue un fin de semana perfecto. Solo puedo contar que tenía insomnio y no nos aburrimos, no digo más.

Ese nombre tan bonito que tiene mi amiga se lo puso su madre por una canción que le encantaba de los años setenta.

Tuvo mala suerte en su matrimonio y, como una cantante también de esos años, fue rebelde con causa, porque el mundo, o más bien, las circunstancias, la hicieron así. Con los años la rebeldía y el daño sufrido mejoró, por suerte.

CAPÍTULO 2

Por mi parte, ya tengo preparado el atuendo y los complementos que voy a llevar para mi *no* fiesta. Iremos a cenar al restaurante Comebien, aquí en Terrassa, por supuesto. Es un sitio que hace honor a su nombre, el precio es un poco más elevado del que solemos estar acostumbradas, pero como es una vez cada diez años, me permito hoy ese caprichito. Resulta que la cena la paga la cumpleañera, que tiene tiempo de ahorrar durante esos diez años, y según el presupuesto que tenga, escoge el sitio a donde ir. En realidad, eso nos da igual, la verdadera cuestión es pasar esa noche juntas. Hemos celebrado cumpleaños en bares de barrio, en burguers o en restaurantes de élite, dependiendo de quién de nosotras lo celebrara y sus circunstancias.

Me pondré todo lo que me regalaron para los cuarenta, como muestra de cariño hacia ellas. En cuanto a ropa, no se trata de ninguna competición. Todas sabemos que, en cuanto a elegancia, buen gusto y presupuesto, nadie puede ganar a Noelia. Y además, cada una tiene su estilo.

Para esta noche me he comprado un traje-chaqueta de crep en color rojo. El pantalón tiene una caída que me sienta especialmente bien. La americana no tiene cuello ni solapas, y cierra en medio con un solo botón negro del tamaño de un Donut. Debajo llevaré un top lencero de color negro también. Usaré las sandalias VIP que tengo. Las llamo así porque solo las uso para ceremonias o eventos que lo requieran y las guardo y cuido como oro en paño. Son de tiras negras con brillantitos por delante, y cierran atrás con cremallera en el talón. Tras años de búsqueda por fin encontré unas sandalias cómodas, sofisticadas, con tacón de cuña, que tolero al menos durante seis horas seguidas. Llevo unas planas de repuesto en el

maletero del coche siempre. *La Cenicienta moderna* me apodó Lina cuando me vio hacer el cambio por primera vez.

Completaré este outfit con una cartera de mano negra, plana, en tamaño XXL. El enorme botón es lo que le da un toque original al estilismo.

A mí me gustan las cosas diferentes, me pasa igual con las personas. Quiero decir con esto, que me mezclo con gente de personalidades distintas y me adapto muy bien a ellas. No sé si esto es bueno o malo, pero yo soy así.

Los humanos tenemos la gran suerte de poder querer a infinidad de personas o animales, no se nos acaba el amor ni los sentimientos por repartirlos. Aunque a veces se nos olvida y también tenemos la capacidad de odiar, humillar y destruir. En eso los animales son más personas que nosotros y nosotros más animales que ellos.

Sigo divagando mientras pongo la ropa sobre la cama, y al final decido tumbarme para hacerle caso a mis pensamientos. Boca arriba, con los dedos entrelazados bajo mi cabeza y encima de la colcha estampada con flores de lavanda, observo el ventilador de techo que nos apacigua el calor de las noches de verano en esta pequeña habitación. Me digo que ojalá todo siempre fuese fácil y bonito, todo de color de rosa como se suele decir, pero no es así. Creo que la felicidad no existe, solo existen instantes felices que pueden durar más o menos tiempo. Por eso hay que aprovechar todos esos ratitos que nos brinda la vida y disfrutarlos. En el día a día no nos damos cuenta de que también lo somos, pero de otra forma y sin ser conscientes de ello.

Mi padre no llegó a cumplir mi edad así que es un buen ejemplo de alguien que no vivirá más momentos ni felices ni tristes. Lo recuerdo de forma especial cada vez que se acerca mi aniversario. Hoy su imágen ha venido a mí, porque por la mañana, Jaime —no sé cómo lo ha hecho ni dónde lo ha conseguido— me ha regalado un vinilo de Renato Carosone, el cantante favorito de mi padre. Suerte que conservamos un tocadiscos y hemos podido escucharlo. Estaba feliz mientras oía las canciones. Ahora, aquí tumbada, mi lagrimal va a su libre albedrío, y va soltando gotas a su antojo al evocar la imagen de

mi padre un mediodía cualquiera, cogiendo de la cintura por sorpresa a mi madre en el comedor de casa, obligándola a bailar con él. Y ella, con más risas que quejas, le pedía que la soltara porque estaba en la cocina haciendo la comida. Mi recuerdo es tan nítido que me parece mentira que no esté ocurriendo en este momento… Mi hermano y yo sentados en el sofá, reíamos ante esa situación y cantábamos las canciones en nuestro italiano imperfecto, aprendido por supuesto de oído, por escuchar día sí y día también los discos de papá.

Me siento privilegiada por poder recordar cosas bonitas, a pesar de todo. Murió muy joven, con cuarenta y siete años, de cáncer de huesos. Estuvo enfermo algo más de un año. Estando en sus últimas horas, y siendo las fechas que eran, le susurró a mi madre que aguantaría como pudiera para no dejarme el mal recuerdo, de por vida, de morir el día de mi cumpleaños. Los cumplí, mis doce años, y murió a los dos días.

En honor a él, mis cumpleaños los celebro siempre el día que toca, se lo debo. Ese día soplo las velas, aunque sea en un Tigretón o en una tortilla de patatas.

Así que hoy cuando brindemos por mis cincuenta, se lo dedicaré a él. ¡Olé tú, papá!

Después de hacer esta pausa tan necesaria para mí, me incorporo para quedarme sentada en el borde de la cama. Noto mi cuerpo lacio. Conozco esa sensación, es la tristeza que me invade y no la quiero permitir. Seco mis lágrimas con las manos, y doy un salto para ponerme de pie en el suelo. Decido en este instante que, a partir de ahora, tengo que vivir alegre el día de hoy, sigo teniendo esa deuda con el pasado y pienso cumplirla. Como me he duchado hace un rato, solo tengo que quitarme la camiseta vieja y grande que llevo de Jaime, vestirme, maquillarme y peinarme. Tengo buena luz en el lavabo de la habitación, y un gran espejo. Eso me da tranquilidad a la hora de poner colores sobre mi cara. Para no manchar la ropa me pongo de momento solo el top y empiezo a maquillarme. En ocasiones especiales como la de hoy me gusta usar casi todo lo que tengo en el neceser, como rímel o sombras, para que se note la diferencia con el resto de los días. Me peino en un

momento, porque tengo el pelo rizado y antes ya lo he trabajado el tiempo necesario.

Una vez cumplido mi objetivo, salgo a la habitación, sorteo el pico de la cama que siempre ataca a mi rodilla y me planto en el pasillo, justo antes de entrar a nuestro cuarto, delante del espejo de cuerpo entero que le hice colocar a Jaime en la pared. Una última mirada, de cerca, de lejos, y ¡lista!

Voy a pedir opinión a los míos, a ver que tal me encuentran. Entro al comedor dando pasos como si fuera una modelo, exagerando poses, retirándome el pelo de la cara con grandes aspavientos con la manos y poniendo morritos. Están sentados cada uno en un sillón del comedor y está claro que he captado su atención, porque han dejado de mirar la tele y se han girado a verme a mí.

—¡Hola! ¿Qué tal la cincuentona? —pregunto con un tono sugerente.

—¡Guau! ¡Estás guapísima, cariño! ¿Seguro que no necesitas a un guardaespaldas? —me dice el zalamero de Jaime.

—Anda, calla, mentiroso —le digo con voz nerviosa y risilla tonta.

—Mamá, ¡estás estupenda para tener cincuenta! Vas maquillada como una puerta, pero una puerta de calidad. —Mi hija tiene el mismo problema que Marta, pero sin necesidad de beber.

—Hombre, gracias. Viniendo de ti me lo tomaré como un cumplido.

Para cerciorarse de que todo está bien, se levanta del sillón y se va acercando hacia mí poco a poco y me escudriña con la mirada, buscando fallos. Llega a mi altura, me coge una mano y me da un giro completo.

—Estás preciosa, mamá —dictamina por fin.

—Gracias, mi vida. Tú sí que eres preciosa, cariño.

Y lo es, a sus veinte años tiene interesados en ella a varios chicos de su clase. Con su media melena rubia caramelo, los mismos ojos verdes que tenía mi madre y los labios grandes y carnosos como su padre.

—¡Uy! Estoy viendo mucho peloteo, ¡eh! —bromea Jaime con nosotras.

—Es que me sabe tan mal dejaros aquí. Pero qué le voy a hacer, la tradición es la tradición.

—Tranquila, cariño, no te preocupes por nada. Nosotros haremos pizza y luego veremos una peli. Tú pásatelo bien.

—¡Uy, mamá! Una peli con el papa, a la mitad ya estará grogui en el sofá.

—¡Calla ya, bocazas! ¡Verás cómo no me duermo! —Coge un cojín y se lo lanza—. ¡Toma! Eso para que no te duermas tú.

Y empieza una guerra de cojines, gritos y risas entre los dos. Yo los miro sonriendo de oreja a oreja. Disfruto tanto viéndolos que casi no me iría, pero digo casi, porque sí me quiero ir.

—Bueno, dejadlo ya, que al final me voy a llevar yo un cojinazo y va a quedar estampado con mi cara, y parecerá el Ecce Homo aquel tan famoso.

—Pues lo patentamos, mamá, y los vendemos a gran escala. —Nos reímos de la ocurrencia de Mireia.

Me suena un mensaje en el móvil, es el taxista que ya está abajo. Ellos han insistido en que no conduzca, por lo que pueda pasar y lo perjudicada que pueda llegar después. Yo no suelo beber, salvo en ocasiones especiales y los sábados de verano donde me tomo una caña de cerveza con limón. Esta ocasión es muy especial, así que he decidido hacerles caso, porque nunca se sabe.

No me han querido llevar ninguno de ellos porque dicen que iba a ser una situación incómoda si veían a mis amigas y ellos no podían quedarse o al revés. A mí me suena a excusa, creo que están un poco vagos y no les apetece salir. Encima, para que no les pueda replicar, me han copiado una frase que uso bastante, «los taxistas también tienen que vivir, ¿no?». Mi hermano lo fue durante unos años. Y tenemos un amigo, Manolo, que también lo es, así que me callo la boca y tiro la llave.

Me despido de ellos, les digo que los quiero mucho y salgo a la calle.

La cumpleañera es como las novias: la última en llegar. Así, las otras pueden preparar lo que hayan planeado, como esconder regalos o terminar alguna sorpresa, si es que la hay.

El taxista se detiene justo enfrente de la puerta del restaurante. Le pago la carrera, le doy las gracias, las buenas noches y salgo toda nerviosa y feliz del coche.

Doy una inspiración profunda, suelto el aire despacito, agito las manos, muevo la cabeza hacia los lados y allá voy.

Me percato de que no hay mucha gente. Conforme voy entrando veo una mesa ocupada toda por hombres, riendo, hablando, bebiendo, están a lo suyo. Está colocada de tal forma que tengo que pasar por detrás de sus sillas para acceder al sitio donde me esperan a mí. Me doy cuenta de que me observan y que uno le mete un codazo a otro para que lo haga. No quería, pero se me escapa una leve risilla nerviosa que intento disimular con un:

—¡Que aproveche!

—Gracias —oigo que responden todos, desacompasados.

—Esta es más educada que tu mujer, Paquito —dice uno con la boca llena.

—¡Y más guapa que la tuya, no te jode! —le contesta el susodicho bastante ofendido.

Y todos se ríen a carcajada limpia. Yo me pongo del color de mi traje y voy acelerando el paso. Aun así, me ha parecido gracioso, no creo que hubiera intención de ofender a nadie.

—¡Perdón, señorita! Que algunos son un poco brutos —se disculpa uno en nombre de todos.

Eso sí que me ha subido la autoestima. Me ha llamado señorita y no señora cómo hacen en la tienda cuando les dicen a los niños:

«Deja eso o la señora te regañará» o «la señora se va a enfadar contigo y verás tú lo que te hace».

Y digo yo…encima de ponerme años, ¿qué quieres, que te los eduque? Que te regañe tu madre, que es lo lógico y ya de paso, que te enseñe modales. Ahora ya estoy acostumbrada, pero las primeras veces me salía humo por las orejas.

Mientras estoy llegando a nuestro reservado cruza por mi mente un recuerdo. Es tan vívido que me parece estar reviviéndolo.

Antes era tolerable, incluso estaba de moda y bien visto el piropear a las mujeres, sin importar la edad. A veces podía ser muy violento y desagradable para nosotras. Se oían muchas burradas. Y eso que a mí no me han piropeado mucho. Entonces, mientras me acerco a mis amigas que me sonríen, recuerdo una vez que fui con mi madre a Barcelona a visitar a mi hermano. Estaba ingresado en el hospital

militar porque tuvo un problema en un tobillo justo antes de empezar la mili. Le tocó en Alicante, pero se le agravó tanto que decidieron enviarlo a la ciudad más cercana a su localidad para operarlo. Tendría yo unos quince o dieciséis años, era verano y llevaba un conjunto de minifalda y camisa de tela suave y fresquita. Pasó entonces cerca nuestro un grupo de soldados, ¡lo que salió de sus bocas! Pasé mucha vergüenza. Mi madre se giró y les dijo:

—¡Venga, hombre! ¡Qué es una niña! ¿Es que no tenéis hermanas o qué?

Uno de ellos pidió perdón y los demás agacharon la cabeza. No sé si me dio más vergüenza lo que oí o que mi madre dijera que era una niña. ¡Ay…esa edad tonta!

Oigo voces que me llaman y me sacan de mi ensimismamiento.

CAPÍTULO 3

—¡Íngrid, Íngrid! ¡Qué estamos aquí! —gritan contentas.

—¡Ya voy, ya voy! ¡Como para no veros! —Y me contagian su alegría.

Me están esperando con unas diademas negras con orejitas de gato que llevan bordado un cincuenta en color plateado. A Emma le quedan genial, porque luce su nuevo corte de pelo a lo chico y con flequillo de visera que cuadra a la perfección con los pendientes largos plateados que casi le llegan a los hombros y tintinean cada vez que da un paso. Me río al llegar y ellas se levantan a aplaudirme.

—¡Felicidades! —gritan todas a la vez.

—Chicas, os quiero dar las gracias a todas, por… —No me dejan acabar la frase, empiezan a acercarse y a darme besos y abrazos.

—¡Gracias, preciosas!

—Toma, Íngrid, que también tenemos orejitas para ti. —Lina me las entrega. Y sin darme cuenta, Emma pasa por detrás de mí y me coloca una banda en la que pone «Cincuentona buenorra». La leo en voz alta y me río de la frase.

—¡Pero, léela por detrás! —me advierte Marta, moviendo las manos, dándome a entender que no he prestado atención. Le doy la vuelta como puedo y vuelvo a leer en voz alta —«Busca cachondeo»—. Me tapo la boca sorprendida y sigo riendo.

—¡Estáis muy locas! —les digo con cariño.

El restaurante me parece más refinado que nunca. Las mesas plateadas con manteles azul marino, las servilletas blancas con el nombre del restaurante bordado en azulón en una esquina, las lámparas de cristal de Murano y strass que iluminan y decoran a la vez, hace que me encante visualmente y note la energía que desprende todo el local.

Nuestra mesa es rectangular y nos sentamos como ellas han dispuesto. Lina me tiene que dejar pasar y me fijo en que lleva un vestido que no le había visto nunca, de seda con mucha caída y estampado en tonos pasteles celestes y rosas, fiel a su estilo hippie. Se ha recogido el pelo en un moño despeinado y se aparta unos mechones justo antes de coger su copa y dar un trago sin dejar de

mirarme. Somos un grupo muy interesante y variado.

—Desde luego, sois la pera. Las diademas son muy graciosas y la banda ¡ya os vale! El cachondeo lo formaremos nosotras, no nos hace falta buscarlo, ya lo veréis. Lo malo es que todos se darán cuenta de que cumplo el doble de veinticinco.

—Por el culo te la…

—¡Marta, vale! —la regaña Emma y le corta la frase antes de que pueda terminarla.

—¿Y qué? Puedes estar orgullosa porque no los aparentas. —Noelia se recoloca la diadema. Es increíble que en ella parezca un complemento sofisticado. ¿Cómo lo hace?

—¡Gracias, Noelia! —Le choco los cinco —. Mientes muy bien.

Y me fijo en lo bien que le queda la original gargantilla de bolas doradas con el vestido negro y ceñido que lleva puesto, está espectacualr.

—Tenemos sangría fresquita y buenísima, de esa que te gusta a ti y entra tan bien. Como salga, ya dependerá de vosotras y de la sed que tengáis, claro está —me informa la buena de Lina.

Nos empiezan a servir los entrantes, que no son otra cosa que tapas: croquetas de diferentes sabores, carpaccio de bacalao, patatas bravas, chips de hojas de alcachofa con sal gruesa, pan de cristal con tomate y anchoas, tabla de quesos, gambas al ajillo.

No me acordaba de todo el picapica que elegí hace unos meses cuando hice la reserva. Fue sin un orden concreto sino más bien teniendo en cuenta el gusto de todas.

Parece que tengamos hambre y sed, porque hemos tardado unos veinte minutos en acabarnos los platitos. Y hemos tenido que pedir una segunda jarra de sangría, entre cinco está claro que no iba a durar mucho.

Viene el camarero para que elijamos el segundo plato. Es un chaval de la edad de mi hija, y el uniforme le queda grande. La gomina que embadurna su moreno pelo le ha goteado en la chaqueta. Él seguro que no se ha dado cuenta.

—Señoras —nos dice sin un ápice de sonrisa en su boca, y nos entrega las cartas y se marcha al momento.

—¿Ha dicho señoras? ¿En serio? —le pregunto a todas cuando me

cercioro de que el camarero ya no está en nuestro campo visual.

—¡Me cago en la mar salada! La crema que uso no hace efecto. Tendré que cambiar de marca. —Emma se palpa la cara buscando imperfecciones.

—¡Ay, Emma, pero que ilusa eres! La única crema que hace efecto en ti, es la crema de chocolate untada en el pan y el resultado se te va a las cartucheras —suelta Marta.

—¡Oye, oye! Quitadle la sangría, por favor, que ya se está convirtiendo en Martona —pide Emma.

—¡Perdón! Ya me está haciendo efecto el pirriaque, ¿verdad? —dice, guiñando un ojo y moviendo la cabeza como siempre.

—Te perdonamos, ego te absolvo culpae. —Lina le hace una cruz figurada en la frente y luego pone las manos en señal de oración, delante del pecho.

Nuestras carcajadas son cada vez más ruidosas. Creo que el pirriaque nos está haciendo efecto a todas en general.

Una hora después hemos comido y bebido más de lo habitual, y aún nos queda lo mejor, ¡el postre!

Esta vez se han lucido, el pastel siempre es cosa de las demás. Me traen una tarta personalizada. Por dentro es de bizcocho y nata. Por fuera es de fondant turquesa. En la base hay piezas de chocolate haciendo alusión a mis gustos; un libro abierto, una barra de labios, una bamba blanca, y un corazón rojo en el que pone mi nombre. El número cincuenta está hecho de chocolate blanco. La tarta viene con una bengala encendida que la hace muy vistosa.

Al verla se me ilumina la cara, y cuando el camarero la deja en la mesa, delante de mí, ellas empiezan a cantarme el Cumpleaños feliz, y no puede tener más razón la canción porque en este momento me siento muy feliz.

Me pongo de pie y me inclino para ver todo con más detalle. La bengala se ha apagado y entonces Lina saca unas velas con un pincho de madera largo para clavarlas en el pastel, las está ocultando un poco hasta encenderlas. Son dos estrellas grandes, plateadas y preciosas.

Mientras las pone no me quita ojo y observo que se le humedecen los suyos, se está emocionando.

Yo, que lo he comprendido todo al instante, empiezo a hacer pucheros como una niña pequeña. No ha podido ser más emotivo el detalle que ha tenido conmigo. Estoy segura de que esto ha sido cosa solo de ella, porque a las demás les ha cambiado la cara cuando se han percatado de lo que estaba pasando y se han emocionado como solo lo hacen por ti amigas que te quieren mucho y que te conocen desde hace muchos años.

Siempre les digo que mi padre, y sobre todo mi madre, son dos estrellas brillantes que me guían y protegen desde el cielo.

Mi madre vivía conmigo y murió hace ocho años. La añoro muchísimo, pero tengo la suerte de haberla disfrutado hasta los ochenta y seis años. Aún no lo he superado, lo sé. Estuve toda mi vida con ella y es mi ídolo como persona.

Lamento tanto que los dos se pierdan todo lo que ocurre en mi vida y sobre todo en la de su nieta, ella tampoco los puede disfrutar.

Así que me los ha traído en forma de velas, para que les pida a ellos el deseo.

—En un día como éste no podían faltar. Ellos están muy orgullosos de ti, te lo prometo. Sabes que lo sé a ciencia cierta, ¿verdad? —me pregunta Lina.

Ahora los sollozos se hacen todavía más evidentes en la mesa.

—Gracias, Lina, por traérmelos y por tus palabras. Esto no lo olvidaré nunca.

Enseguida viene el dueño del restaurante, Beltrán, un hombre alto y delgado con un gran bigote al que conocemos desde hace años.

—Chicas, chicas, ¿qué pasa aquí? Estabais riendo y ahora llorando a moco tendido. —Se le nota preocupación en su tono de voz.

—No pasa nada, Beltrán —le digo mientras me seco las lágrimas con las manos—. Es que tengo las mejores amigas del mundo, y a veces llorar es la alegría con la que lo demostramos.

—Vaya, vaya, pues prefiero que lo demostréis de la forma convencional, riendo. Tengo que arreglar esto de alguna manera, así que voy a buscar champán porque quiero hacer un brindis en honor de la cincuentona cachonda.

—¡Ehh! Que tú has leído mal mi banda, que no es lo mismo buscar cachondeo y juerga que estar cachonda.

—Perdonad, chicas, yo siendo italiano lo interpreto como más me gusta —y se le escapa una risotada —. Ahora vengo.

—Gracias chicas por estar en mi vida y por hacerme muy feliz esta noche.

—¡Bueno, pues espera a ver el regalito! —dice Marta, haciendo hincapié en esta última palabra, imitando la famosa voz de Gracita Morales, cuando decía en sus películas «el señoriiito» con una voz muy aguda y alargando las i expresamente.

—¡Calla! Que tú te vas enseguida de la lengua. —Con un gesto de mano levantada y actitud furiosa le contesta Emma.

—¡Chicas, haya paz! Que el universo en un día tan especial no nos puede fallar. Está de nuestra parte. Presiento que se abren nuevos portales a nuestro alrededor. ¡Es una noche mágica! —Quiere tranquilizarlas Lina.

Vuelve Beltrán y se encarga de ir descorchando una botella, mientras que el camarero va repartiendo las copas. Marta mira al muchacho con el entrecejo fruncido y le hace el gesto con los dedos en forma de uve, de «te vigilo».

El camarero pone cara de asombro y se marcha encogiéndose de hombros.

—Es que tu camarero antes, nos ha llamado señoras. ¿Qué te parece? —le pregunta Emma a Beltrán simulando indignación.

—¡Pero qué barbaridad! Si vosotras aparentáis la mitad de la edad que tenéis —le contesta él.

—Madre mía, lo que hay que hacer y decir por conservar la clientela, Beltrán —le digo llevándome la mano a la cabeza.

Beltrán suelta una carcajada, le cuesta seguir hablando.

—No, mujer, no lo conocéis, es un chico muy majo.

—Vale, lo tendremos en cuenta. Aun así, tengo que ir a hacerme un *lifting* a donde sea. Ahora dejemos ese tema y corramos un estúpido velo y ¡vamos a brindar por la cumpleañera! —propone Emma.

—Un momento por favor. Este año voy a hacer dos brindis. —Trago saliva, mientras pienso que no me he preparado nada, porque a mí me gusta la improvisación, aunque sí sé sobre qué van a versar.

—¡Claro, cariño! Es tu día y tú mandas —me dice Noelia.

—Ahora que se nos había pasado la llantina… pero venga, tírale, estamos aquí para apoyarte en todo —añade Marta.

—¡Ufff! Allá va. Mi primer brindis se lo dedico a mi padre, como es habitual —se me quiebra la voz—. Por ti, papá. Nos dejaste tan joven que no tuviste la oportunidad de celebrar tus cincuenta. Hoy los celebro yo por ti. Ojalá los tuyos los hubiésemos podido disfrutar todos juntos en casa. Tú, tus niños y tu mujer. Cuántas cosas no has vivido. Espero que las veas a través de mis ojos.

Los demás asienten con la cabeza y chocamos las copas. Y ahí está Marta otra vez. Sé que lo hace para cortar la tensión del ambiente y que yo me recupere.

—¡Qué bueno y fresquito está! La copa un poquito guarra al trasluz, pero se le perdona.

—¡Marta, por Dios! Eso son gotas del secado del lavavajillas, mujer —la reprende Lina.

—¡Perdón! Ya regañaré a los de dentro por no secarlas bien, tranquila.

—No le hagas caso, Beltrán, ya sabes que es Maléfica cuando bebe. No sé lo tengas en cuenta, por favor —le pide Emma.

—Lo sé, lo sé. *Non ti preocupare, cara.*

—Pues vamos a por el segundo brindis y luego ya lo que queráis, ¿vale? —les digo.

Y vuelven a asentir.

—Ahora lo quiero proponer por mi madre, porque nunca lo hago. Siempre me acuerdo de mi padre en este día por aguantar heroicamente aquellos dos días para no frustrarme. Pero, ¿y mi madre? Ella fue muy fuerte durante su enfermedad, viendo cómo el hombre al que amaba se consumía, pero demostró su fortaleza después, con el tiempo. Nos crió a mi hermano y a mí y nunca nos faltó nada. Nos brindó su amor y ayuda perpetua, no solo de niños, también de adultos. Y encima, le quedaba tiempo para socorrer a los demás, sin ponerse medallas —no me he dado cuenta y me caen lágrimas mientras la voz se torna aguda—. Mamá, también va por ti, la persona a la que más he admirado en toda mi vida.

Pero es que están todos igual, hasta Beltrán. Me hago cargo de la

situación…

—¡Ahora sí! de verdad que paro. Ya me he quedado a gusto. Lo necesitaba, de verdad.

—Cariño, no te puedo querer más —me dice emocionada Noelia.

—Íngrid, no sabía nada de tu historia familiar. Eres tan bella como tu parentela —me dice Beltrán.

—¡Ehhhh! —da un grito brusco Marta— ¡Que ha dicho que ya está! No vayamos ahora a estar así *to* el rato, que esto es una fiesta, ¿vale?

—¡Claro! Y ahora mismo voy a por otra botella de champán. Y también invito yo, que para eso soy el dueño *dil ristorante* y hago lo que me da la gana.

—Gracias, Beltrán. Entonces haremos un tercer brindis —y veo que les cambia la cara a todas—. Que sea menos intenso por favor, y que lo haga otra persona.

—¡Quiero hacerlo yo, quiero hacerlo yo! —insiste Lina dando saltitos en su asiento.

—Sí, será lo mejor, porque si me lo dejáis a mí no sé qué disparate puedo decir. Y os digo una cosa, ¡eh! —nos dice amenazando con el dedo a la cara—. Estáis todas hechas unas mamarrachas, con la pintura corrida por la cara. ¡Ja! Me río yo del rímel ese *waterproof* y de los maquillajes que duran horas y horas. —Marta siempre implacable, pero certera.

Emma nos mira a todas y pone cara de asombro.

—¡Esta loca tiene razón! Yo voy al lavabo a adecentarme.

—¡Y yo! Ahora nos tenemos que hacer fotos y no pienso salir así en mi propia fiesta.

Nos vamos todas al baño a recomponernos. Emma tiene un gran neceser dentro del bolso con un montón de pinturas. A Marta, a regañadientes, la ha dejado más maquillada que antes. Le queda bien, aunque ella lo dude. El resto nos hemos quitado los chorretones que dejan las lágrimas y devuelto color a donde faltaba.

Volvemos a la mesa y Beltrán no está, pero está la botella prometida ya descorchada, dentro de una cubitera y tenemos las copas llenas.

—Supongo que habrá tenido que irse un momento, aunque a saber lo que tarda. Mientras vuelve podemos hacer tu brindis, Lina, y luego ya haremos otro con él —propone Noelia.

—Por supuesto. Ahí voy… Ejem —se aclara la voz—. Coged las copas, querida amigas. Las quiero en alto mientras hablo. Brindo por nuestra amistad, por la de cosas que hemos vivido juntas, por ayudarnos cada vez que lo hemos necesitado, y aunque sé que pensáis que soy una friki del universo, os voy a resumir un poco nuestra historia para que no se os olvide nunca y dudéis de si fue casualidad, destino o suerte…

—Venga, empieza ya que se me cansa el brazo y me la voy a tener que beber para que no me pese —se queja Marta.

—Ni que fuese la copa del open de Australia, puñetera —le increpa Emma.

—No seas impaciente, Marta, y atiende —y Lina comienza su retahíla—. Cinco crías se encuentran por primera vez en un Centro de encuentro juvenil vacacional, llamado *esplai* en nuestra tierra. Conectan enseguida y hacen su grupito. Siguen algunos veranos más yendo a aquel lugar de encuentro juvenil porque quieren pasar tiempo juntas. Y allí, amigas, ¡tomamos la mejor decisión de nuestras vidas! Decidimos que iríamos al mismo instituto para seguir unidas a toda costa, aun estando en diferentes cursos y clases, pero eso no importaba, porque coincidiríamos en el patio o a la salida.

—Lina, perdona que te interrumpa, ¿nos das permiso para bajar el brazo? Es que a mí también se me está cansando —le pregunta Emma.

—Desde luego que flojas sois. Vale, bajadlo.

—Gracias, preciosa —le digo aliviada.

—Sigo. No me interrumpáis más.

Algunos novietes aparecían y desaparecían como por arte de

magia, pero nuestra amistad siempre por bandera. Así que —y ahora alza mucho la voz—. ¡Brindo por aquella casualidad que nos juntó en aquel maravilloso *esplai*! ¡Brindo por el destino, que supo que era necesario que nos conociéramos! ¡Y brindo por la suerte de seguir siendo amigas tantos años después! Al final, la unión de esas tres cosas es lo que hace que hoy estemos celebrando el primer cincuenta de una de nosotras, Íngrid —Y me señala—. ¡A la que todas queremos como a una hermana!

—¡Bravo! —aplaudimos todas. Brindamos, ahora sí con el brazo bien arriba, y gritamos a pleno pulmón— ¡Por el *esplai*!

Suelto la copa y voy a darle un fuerte abrazo.

—Oye, tú deberías dedicarte a la política y dejarte de tanto misterio y esoterismo. Pedazo de discurso. Eres la mejor pregonera de las fiestas, te lo digo yo.

Le pedimos a un camarero que nos haga una foto y el chico nos llama señoras. Soltamos una risotada a coro.

—¡Este es otro y también nos ha llamado así! —se queja Emma.

—Qué se le va a hacer, tendremos que asumir que somos unas damas jóvenes —dice Noelia.

—En el espejo y en espíritu también, que conste —añade Lina.

—Pues mi espejo a veces me defrauda, pero a mi espíritu le importa una mierda, menos mal —y sus carcajadas casi nos dejan sorda, Marta está desatada.

Y no calla, ya se le ha soltado la lengua, queda constatada la transformación a Martona.

—¡Oye! Mis ojos me dicen que los camareros están buenísimos. Yo no sé mucho de ligar, pero les puedo enseñar idiomas, sobre todo lengua castellana. —Y hace un gesto obsceno con la lengua, moviéndola en plan lascivo.

No podemos parar de reír, y en ese momento vuelve a la mesa el camarero del «te estoy vigilando» de Marta, a recoger platos y ella le vuelve a hacer el gesto, pero esta vez le tira un beso y le guiña un ojo después. Pobre chico, está desconcertado y se retira

encogiéndose de hombros por segunda vez. Sigue sin entender nada.

El restaurante se está vaciando, apenas queda gente.

—Creo que ya va siendo hora de darte tu regalito —dice Noelia copiando la voz de la famosa actriz a la que antes imitó Marta.

—Pero si todo esto ya ha sido un regalazo para mí.

—¡Calla, mentirosa! Que estás ansiosa por saber qué es —me increpa Emma.

—Cómo me conoces, granuja —le digo con una caída de ojos y un gesto doblando la mano como el que no quiere la cosa.

—Cierra los ojos, así todo será mágico —me propone Lina.

Noelia se levanta y saca un antifaz negro de su bolso y me tapa los ojos con él. Eso no me lo esperaba.

Al momento oigo ruidos, cuchicheos y a gente riendo y diciendo «shhh» para que se callen. Más risas y más gente. Intento destaparme los ojos, pero Noelia no me lo permite.

—Pero qué fuerte estás, hija de tu madre.

—Y buena, además estoy buena, ¿verdad? —me dice orgullosa y medio en broma.

Desisto y hago cábalas en mi cabeza. Tengo la sensación de que han podido venir los de la mesa aquella, la de la entrada que eran todo tíos.

Ahora que lo pienso, eran muy guapos. Ya está, seguro que son unos Boys. Habrán estado aquí todo el tiempo cenando y ahora me van a dar la del pulpo. Me gustan, pero para las demás. Ya me conocen y espero que no sea eso, a no ser que sea en plan divertido, sin tocamientos, por lo menos hacia mi persona, porque me pone muy nerviosa. Seguro que Marta sí se deja sobar, es más, incluso lo pide, pero a mí me incomoda bastante, no lo puedo evitar.

No, no creo que sea eso. Estoy en un restaurante serio y a Beltrán no creo que le hiciera gracia. Aunque como no queda casi nadie, quien sabe. ¡Dios, va a ser eso, son unos Boys! Y yo creo que han traído también una tuna, porque he oído muchos pasos y solo me cuadra eso. Puede que sea porque Jaime de pequeño estaba en una y a mí siempre me ha gustado ese hecho, pero nunca lo vi y me hubiera encantado». La cabeza me va a mil por hora, la de cosas

que se me han ocurrido en un momento.

—¿Preparada? ¡Que te voy a destapar! ¿Vale?

—¡Sí! ¡Qué nervios! —grito y tiemblo de emoción.

CAPÍTULO 4

Noelia me quita el antifaz y al principio me cuesta enfocar la visión, pero al momento empiezo a distinguir caras, y ante mi asombro se oye de forma unánime:

—¡SORPRESA! —Seguido de aplausos y risas.

Estoy atónita. Están mi marido, mi hija, mi hermano y su mujer, mis sobrinos, mis cuñadas y cuñados, y un montón de amigos de diferentes etapas de mi vida. También está mi compañera de trabajo, mi jefe y su mujer.

Yo grito de emoción:

—¿Pero qué hacéis todos aquí?

Este es un ratito de los que mencioné antes, y deseo guardarlo en mi memoria para siempre.

—¡Madre mía, pero cuánta gente a la que quiero!

—Menos tu jefe, porque a ese no lo quieres tanto, ¿no? —suelta Martona.

Tierra, trágame. Pero todos se ríen, incluso el aludido, que le contesta.

—Marta, cariñito, veo que ya vas un poquito afectada, ¿no?

—Lo que tú digas, Pedro, pero los niños y los borrachos siempre decimos la verdad. Yo ahí lo dejo.

Emma interviene rápidamente para que esto no se vaya de madre.

—Esto es solo una parte. Espera a recibir todos tus regalos y después entenderás el porqué de esta sorpresa —Extiende la mano y me da un sobre—. No lo puedes abrir hasta que te los hayan dado todos —añade.

La gente, se ha ido sentando en las mesas y los camareros han ido sirviendo copas y champagne.

Después han traído bandejas con pastelitos pequeños con forma de cincuenta, cada uno con una vela. Son de color rosa, mi preferido. Todos me cantan el Cumpleaños Feliz cuando me acercan la bandeja para que sople las velas, mi trabajo me ha costado apagar tantas. Recibo aplausos y vítores y me hacen besar a Jaime como si fuera una boda y nosotros los recién casados. Ha sido muy divertido.

Conforme la gente va acabando su pastelito, vienen a darme su

regalo, y todos me gustan muchísimo. Se nota que han pensado en lo que me gusta y de dónde. Los maquillajes y un perfume de La Provença, que justo vi hace días en la tienda de mi amiga Eva, conjuntos de ropa interior de Corset, la tienda de Montse e Irene, tres vales de la Llibreria Atenea para comprar libros. Me emociono al recibir un conjunto de colgante y pendientes que me da Joana, habíamos estado juntas delante del escaparate de L'hora exacta el otro día comentando lo bonito que es, y un sinfín de cosas de las que no pararía de hablar.

No entiendo por qué debería abrir estos obsequios antes de que me den el regalito mis amigas, pero la maleta y pijamas que he recibido me hacen intuirlo. Esta vez decido no pensarlo y esperar.

Aún me tiemblan las piernas, y al hablar igual me sale la risa tonta que la voz quebrada. Hay muchas personas a las que no veía desde hacía tiempo pero que han sido importantes en mi vida, como Carmen, mi vecina de la infancia, a la que le tengo un especial cariño por haber hecho de segunda madre cuando la mía estuvo unos meses en el hospital con mi padre. Me he fundido en un fuerte y largo abrazo con ella. Ya está mayor y se notan los años en su postura. Después he necesitado un momento y he disimulado yendo al baño para recomponerme emocionalmente y aceptar todo lo fantástica que estaba siendo la noche. No sé por qué, pero cuando todo va muy bien, a mí me da miedo, pienso que algo malo está a punto de ocurrir porque es demasiado bueno para ser realidad y pasarme a mí.

Cuando he vuelto, Emma, Lina, Marta y Noelia se plantan delante de mí.

—Ahora ya puedes, mejor dicho, ya debes abrir el sobre —me pide Noelia a la vez que me lo entrega.

En el interior hay un tarjetón en el que se lee:

Ponlo todo en la maleta, porque nos vamos de viaje.

¡Las cinco!

Y la firma de las cuatro.

—¿Qué? ¿Pero esto qué es? —pregunto mientras miro a todos lados y no entiendo nada.

—No va a ser un viaje astral, como a mí me hubiera gustado, pero

va a ser un viaje inolvidable, de eso estoy segura. Y ¡mira! Nos vamos las cinco, durante cinco días, en tu cincuenta cumpleaños —mientras dice esto abre y cierra su mano plantándomela en la cara cada vez que nombra el dichoso número—. Y el cinco es un número que…

—Vale, vale —la corto en seco—. ¿Y cuándo se supone que nos vamos? —si no la llego a interrumpir no acabamos.

—¡Pues eso es lo bueno! En cinco minutos. O en un poco más, no va a ir de cinco minutos más. —Y sigue abriendo la mano en mi cara. Casi le muerdo un dedo por hacérmelo tantas veces, aunque en realidad ha sido muy divertido. Todo el mundo se está riendo.

—Pero, ¿estáis locas? —les digo sorprendida.

—¿Por qué crees que están todos aquí? —dice Noelia y hace un pase con su brazo, dándole a los demás la oportunidad de hablar.

—Porque sabemos cómo eres de trabajadora y no ibas a encontrar el momento —añade Emma, que me conoce bien.

El primero en acercarse a hablar conmigo es mi marido, que me coge las manos, sabiendo que eso me va a tranquilizar.

—¿A qué te ha gustado la maleta que te hemos regalado? Pues es para que la estrenes. Es más, no te has dado ni cuenta, pero Mireia ya te la está haciendo con todos los regalos y alguna cosa más que hemos traído de casa. Y además, que sepas que esta tuya nueva y la de las demás, en breve saldrán para su destino en un taxi. Porque en un maletero no caben todas las maletas ni de coña.

Me da un fuerte beso, apretadito, y se retira para dar paso a la siguiente persona que viene. Hago ademán de querer hablar, y él vuelve a dar un paso hacia adelante y me pone un dedo en la boca para silenciarme.

—¡Calla y escucha, jolín! —me recrimina.

—Vale. —Bajo la mirada acatando la orden.

Los siguientes son Pedro, mi jefe, y su mujer, Laura.

—Ingrid, vaya amigas más insistentes tienes. Mira que las conozco desde hace años, pero no sabía lo incansables que pueden llegar a ser.

—Pues no me has visto follar, no me canso nunca oye —le suelta Martona como si tal cosa.

—¡Otras! ¿Pero aún sigues bebiendo? Te voy a grabar con el móvil para que mañana no digas que tú jamás has dicho eso —le dice Emma.

—¡Perdón, perdón! Ya me callo, pero es que este tío me pone enferma. Ya sabemos que tiene un pronto que pa qué pero es que este hombre tiene el Pronto, el Hola, el Lecturas, los tiene todos. Mira que no traerle ningún regalo a Íngrid.

—¡Ay, Marta! Que poco me conoces. Eso del pronto no sé de dónde lo has sacado, pero ha estado hasta gracioso. —Me mira de reojo.

A mí me ha cambiado la cara, porque yo tampoco tengo ni idea.

—Tranquila, Íngrid, no se lo tendré en cuenta —me tranquiliza—. Te doy fiesta toda la semana que viene, entera. Este es mi regalo. No sufras porque no te lo descontaré de la nómina ni te los restaré de tus vacaciones.

—¡Uy que buenooo! Míralo qué espléndido, que no le cuesta un duro, el muy… ¡Uy, el pirriaque! A partir de ahora chitón, lo juro.

—¡Marta, déjame que acabe! Y cuando vuelvas, por si te has estresado mucho, que no me extrañaría, y sobre todo por una en concreto —mira con cara de enfado a Marta—. Haciéndole caso a Laura, tienes pagado un masaje relajante y un tratamiento facial en La Provença para cuando quieras ir.

—¡Ole, ole, ese Pedro como mola, se merece una ola! ¡Ueehh! —Martona le canta.

—Al final te voy a coger cariño y todo, petarda —le dice mi jefe.

—Pues yo a ti no creo, porque estoy vacunada.

Y las risas se extienden por toda la sala.

Ahora Mireia es la que viene hacia mí.

—Mamá, sabiendo que no te vas a quedar tranquila, porque por el horario del papa voy a estar mucho tiempo sola en casa y eres una sufridora nata…

—Oye, pero ¿cómo me conoces tan bien? —la interrumpo.

—Para que veas que yo también te puedo decir eso de «te conozco como si te hubiese parido». ¿Qué te iba diciendo?

—¡Se la metí y salí corriendo! —y se ríe como una posesa— Perdón, perdón. Me voy al baño, que me orino toa. —Esta Marta no tiene remedio.

—¡En fin! Que me iré estos días a casa del tito Sebas. Así veré a los primos, que últimamente nos vemos muy poco por culpa de los estudios.

Al haberlos mencionado mi hija, se acercan mi hermano y cuñada a darme su regalo, que son varios conjuntos de ropa interior. Les doy un beso y un abrazo, pero noto que mi cuñada no me suelta y me dice algo al oído.

—Acuérdate del refrán «lo que pasa en Las Vegas, se queda en las Vegas». Tú ya me entiendes. Aunque no vayas a Las Vegas.

Yo abro los ojos como platos y nos echamos a reír.

Y así, todo el mundo se ha ido acercando a traerme sus detalles, hasta que el ambiente ha ido decayendo por la hora que es, y tras muchas muestras de cariño, llega el momento de la despedida.

—Cenicienta, hay que irse. Tenemos el taxi esperando desde hace un rato —me advierte Emma.

Con prisa me despido de todos, con especial atención en mi hija y marido y salimos las cinco a la calle.

CAPÍTULO 5

Mi sorpresa es mayúscula. Me han engañado y no es un taxi, no. Es una limusina en color rosa perlado, es espectacular.

—¡Madre mía! ¡Os habéis pasado! ¡Qué preciosidad!

—Anda, pasa para adentro y cierra la boca que te va a dar un aire —me dice Noelia.

Al entrar saludamos a la chófer, que lleva un traje pantalón en rosa palo y una gorra del mismo color, ribeteada en negro. Es una chica preciosa, con una melena cobriza que le llega a media espalda. Tiene los ojos verdes, una bonita sonrisa y va perfectamente maquillada.

—¡Qué bien conjuntada vas!—le dice Lina con una sonrisilla traviesa, evidenciando su leve estado de embriaguez.

A todas se nos nota en la voz que tanto brindis nos ha afectado un poquito, excepto a Marta, claro está…

—¡Ostras, qué tía más guapa! ¡Si hace daño hasta a la vista! Espero que te paguen bien en este trabajo, reina, porque tú podrías ser una super modelo, yo te echaba un polvo —le dice y se queda tan campante nuestra Martona.

—Buenas noches, señoritas, mi nombre es Alexa. Seré la conductora de este vehículo esta noche. Quiero dejar claro que soy estudiante de biomedicina y hago esto para pagarme la carrera —le contesta ella un poco molesta.

—Perdónala, Alexa, pero el alcohol que corre por sus venas le nubla la razón, aunque su voz no la delate como a nosotras. Cuando está sobria es una bellísima persona. Te lo aseguro —le explica Noelia.

—Tranquila, señorita, estoy acostumbrada a muchas cosas. Y me tomaré lo de su amiga como un cumplido. ¿Están ustedes bien?

—¡Síííí! —gritamos todas.

—Pues arrancamos hacia nuestro destino. Mi misión es llevarlas sanas y salvas al lugar previsto.

Le pedimos a la conductora guapa que ponga música y salimos hacia un rumbo desconocido para mí, que no para mis amigas. La música suena y una sensación de libertad invade mi cuerpo. Hace tiempo que no me sentía tan libre, he dejado la mente en blanco.

—Alexa, dime la verdad, yo creo que ese no es tu nombre real y que la empresa te lo ha puesto adrede. ¿Me equivoco, guapi? —le pregunta Emma.

—No puedo contestar a esa pregunta, señorita.

—Dejad a la pobre muchacha ya, que seguro que aguanta a bastantes babosos y cotillas todas las semanas como para ahora aguantar un interrogatorio —dice Noelia.

—Estoy intrigadísima por saber a dónde vamos. ¡Uy, he pensado en voz alta! Perdón, ha sido sin querer —les digo.

—Pues te vas a quedar muerta cuando lo sepas. Yo creo que no te va a gustar —opina Marta.

—Eso ya se verá. Como ganó mi propuesta estás un poco dolida, ¿no? —arremete Emma.

—¿En qué quedamos, estoy borracha o dolida? Porque tantas cosas a la vez no creo ser capaz.

—Haya paz, chicas, que esto sigue siendo una fiesta —dice Lina.

Y seguro que mi cara es un poema, porque el destino me intriga, pero me preocupa más que discutan entre ellas y se agüe la noche. Hace mucho que no estamos las cinco juntas durante tantos días. Esto solo pasaba cuando éramos jóvenes y no había parejas de por medio, después ya todo cambia.

Como me he abstraído un momento en mis pensamientos, recibo un codazo de Emma.

—¡Despierta, que estamos en tu cumple!

Y de repente suena una canción que nos encanta a todas y con la que Lina una vez nos propuso un trato loco de esos que ella se inventa, *A quién le importa* de Alaska. Nos espabilamos de golpe. Nos volvemos majaretas y gritamos y cantamos a todo pulmón el estribillo. Después suena *Hombre lobo en Paris* de La Unión y nos desgañitamos, y más tarde una de mis preferidas, en la que alzo el tono de voz como nunca, *Escuela de calor* de Radio Futura, pero, las he mirado con complicidad y haciendo un gesto con mi cabeza y me han cogido al vuelo lo que quería hacer, que no ha sido otra cosa

que cambiar la letra y cantarla como en el patio del instituto… «Dime qué te pones, bragas o calzones, y un sujetatetas de cinco pesetas» para luego seguir con la letra normal, eso sí, exagerando todos los movimientos y abriendo la boca en exceso, como todo el mundo hacía.

La chiflada de Marta se ha sacado el sujetador por la sisa de su top de tirantes y lo está girando en el aire como si fuera un lazo de *cowboy*.

Alexa mira por el retrovisor y sonríe, y al final no se puede aguantar y ríe a carcajadas como nosotras. Debe de estar pensando que lleva a cinco locas.

Hasta que sin esperarlo, ocurre lo peor. Empieza a sonar la música de la próxima canción… ¡*La Macarena*!

—¡Nooo! ¡Quita esa canción, quita esa canción! —gritamos cuatro de nosotras.

—Perdón, perdón, ahora mismo la quito —nos dice asustada Alexa.

—No, no la quites, ya va siendo hora de pasar página. La canción no tiene la culpa de nada. Hasta la vamos a bailar. ¡Si a mí siempre me ha gustado!

Resulta que su marido grabó unas cintas de vídeo, que ella encontró por casualidad, donde salía trajinándose a su secretaria, Macarena. Después en las cintas aparecía con otras mujeres, pero ella solo conocía a la susodicha. El drama mayor viene cuando una semana después de haberlo echado de casa, la policía llamó a la puerta de Noelia para comunicarle que su marido había muerto. Para más inri, y pena de mi amiga, él falleció practicando sexo en una orgía. Noelia pasó unos años muy malos y ahora, después de nueve años, parece haberlo superado.

—¡Pero qué dices! ¿Estás segura de querer oírla? —le pregunto.

—¡Por supuesto!

Y la bailamos en esa gran limusina, que tanto juego nos está dando.

Después, exhaustas, nos quedamos alicaídas en los asientos del

gran coche.

Me percato que abandonamos la autopista y que nos adentramos en Barcelona. Vamos por la Avenida Diagonal. Alexa aminora la marcha, se desvía un poco y al momento detiene el vehículo.

—Hemos llegado a su destino, señoritas.

—¡Bien! —me sale del alma.

Le damos las gracias y nos despedimos de ella. Noelia —cómo no —, le da una muy buena propina.

—Por soportarnos —le dice.

—¡Gracias! Os deseo que paséis unos días fantásticos.

—Pues yo deseo que te saques la carrera y dejes este trabajo para que no tengas que soportar a tíos y tías como yo —le dice Marta.

—Me caes muy bien, ojalá los que soporto estuviesen a tu altura. —y se marcha en esa bonita carroza moderna.

A Marta se le queda una sonrisa de satisfacción en la cara.

CAPÍTULO 6

Estamos a las puertas de un hotel de cinco estrellas, el gran hotel Luxconfort.

—¿Pero qué hacemos aquí? ¡Este hotel es de lujo!

—¡Claro, nena, no se cumplen cincuenta todos los días! Y no preguntes tanto, que te lo contaremos en la habitación —me dice Emma.

—De acuerdo, vosotras mandáis.

Ni en sueños me puedo permitir yo algo de esta categoría y tres de mis amigas estoy segura de que tampoco.

En la puerta, y eso que son casi las cinco de la madrugada, hay un botones.

—Buenas noches, señoras. Las male…

—¡Ya empezamos! Buenas noches, Sacarino —le interrumpe Martona, sin dejar acabar la frase al pobre hombre.

—No le haga caso, por favor, es ofensiva, aunque inofensiva —le digo.

El botones se ha puesto rojo, supongo que esa broma ya la habrá escuchado más de una vez. Qué culpa tendrá el hombre de tener un trabajo como el de un personaje de los cómics de Ibañez, y Marta es que no se pierde ni una. Él se ha enrojecido, no sé si de rabia o de vergüenza.

—Les informo que tienen las maletas en la habitación. Acompáñenme a recepción por favor. Mi nombre es Sergio. —Esto último lo ha dicho con un pelín de retintín, no mucho para que no podamos quejarnos, pero lo suficiente para que nos demos por aludidas.

No hace falta que nos abra la puerta porque es automática. Cuando la cruzamos nos quedamos boquiabiertas. El hall del hotel es enorme.

El suelo es de mármol negro, con grandes vetas blancas y doradas. En medio hay un gran mostrador cuadrado de metacrilato. Es curioso, porque ves a las personas del interior por completo. Hay dos, una chica con un traje de falda y chaqueta en granate y la camisa en color crema, y un señor, que está bastante bien, todo hay

que decirlo, que lleva el mismo traje pero con pantalón. En la americana porta una chapita dorada con letras negras, como si de un buzón se tratara, donde se lee «gerente». Nos recibe con una amplia sonrisa.

—Buenas noches, señoritas. Las estábamos esperando. Me alegro de volver a verla, Noelia. —Y le estrecha la mano suavemente.

Todas notamos como se ruboriza nuestra amiga. Sorprendidas por esta reacción, le damos las buenas noches, girando la cabeza después hacia ella, pidiendo explicaciones con nuestra mirada.

—Buenas noches, Ezequiel. También me alegro de volver a verte. —le contesta Noelia

—Ostras, pero si hasta el nombre lo tiene bonito.

Y ahora es él quien se ruboriza por el comentario de la siempreviva Marta. Aunque hay que reconocer que Marta ha dicho una verdad como un castillo. Es un hombre con unos ojos verdes impresionantes, facciones cuadradas, piel morena, una perilla muy cuidada y del mismo color castaño que su abundante pelo, peinado hacia atrás, pero no engominado. Es alto y corpulento, y el traje le queda perfecto, como si estuviera a punto de rodar un anuncio de primavera para televisión.

—Procedemos a realizar el *check-in.* Tiene que firmar una de ustedes aquí, por favor. —Su voz ha hecho que deje de observarlo, y vuelva a mirar a mi amiga, pues intuyo algo en su forma de actuar.

Noelia se adelanta para coger el bolígrafo que él nos tiende y ser ella la que estampe su rúbrica.

Él se gira para llevar el papel a una cajonera y comentar alguna cosa con la chica del mostrador, y nosotras, salvo Noelia, que se ha quedado embobada mirándolo, aprovechamos para apartarnos un poco con disimulo y cuchichear.

—¿Os estáis dando cuenta de lo que está pasando? Aquí hay temita, ¡eh! —les digo.

—Y que lo digas. Yo he notado sus vibraciones enseguida —dice Lina.

—Yo también las he notado, pero no te voy a decir dónde. —Martona sufre un ataque de risa floja y se tapa la boca con su mano.

Entonces soy yo la que le da el codazo para que se calle.

—Virginia, no llames a Sergio. Yo mismo las acompaño.

—Sí, señor —contesta la susodicha.

Sale del mostrador y podemos ver aún mejor lo guapo, alto y esbelto que es.

—¿Me acompañan, por favor?

—Espera un momento, ¿ya está hecho el check-in ese o como quiera que se diga? Vaya, el registrarnos aquí. Por qué yooooo —dándole una tonalidad sexi a las O—, me dejo registrar si hace falta. —Martona contraataca.

La hemos fulminado con la mirada y él se ha reído, condescendiente. Después nos ha mirado a todas y con un movimiento de cabeza y de mano ha dicho un «no pasa nada», en voz muy baja.

Marta se ha ido haciendo pequeñita y ha agachado la cabeza poco a poco, hasta quedarse mirando el suelo, como si de un cachorro al que has regañado por hacer algo mal se tratara.

—Lo siento, ¿ha estado fuera de lugar, verdad?

—Pues sí, pero creo que ya empieza a desaparecer el efecto de todo el alcohol que te has bebido, porque has reconocido tu error. Ya pronto serás tú misma, más calladita y borde, como siempre, tú tranquila —le suelta Lina.

Ahora la miramos todas de golpe a ella y también imita lo que hace un momento ha hecho Marta, y le pide perdón admitiendo que le está afectando la falta de sueño.

—Ezequiel, sácanos ya de aquí, por favor, menudo berenjenal. Creo que necesitamos dormir, aunque sean cuatro o cinco horas para reponernos —le pide Noelia.

Nos dirigimos a uno de los cuatro ascensores que hay en el vestíbulo. Son los típicos de cristales tintados que se ven en grandes edificios. Suena un hilo musical suave y, por lo que vemos en la botonera, el hotel consta de seis plantas. Ezequiel le ha dado al sexto, así que ya sabemos que estamos hospedadas en la última.

Bajamos todos del ascensor, le seguimos unos cuantos metros y nos lleva ante una puerta doble, con una plaquita en la esquina, en la que se lee Experiment.

—La suite Experiment será la encargada de acogerlas. Adquiere este nombre por ser pionera en tener avances tecnológicos que no hay en ninguna otra, pero la señorita Noelia me ha pedido omitirlos para que ustedes los descubran por sí mismas.

Ezequiel toca con la palma de la mano la puerta y se abre ante nuestro asombro. A continuación saca un aparatito de su bolsillo, parecido a un pulsioxímetro, y nos pide que una a una pongamos un dedo dentro, eso registrará nuestras huellas y así nosotras también podremos abrir la puerta tal como ha hecho él.

El gerente atractivo se despide de nosotras, de Noelia con más dulzura. Al comprobar que se aleja le damos codazos.

—¿Pero esto qué es? ¿Qué nos hemos perdido? —le pregunto.

—Jolín, las pilláis al vuelo, ¿eh? Mañana os pongo al día de todo, ahora no estoy para aclaraciones, solo quiero descansar.

—Secundo la moción —dice Emma.

Entramos y… ¡madre mía! Eso no es una habitación. Es un piso entero, que digo un piso, por lo menos tres pisos de los grandes juntos.

No sabemos a dónde mirar, pero estamos tan cansadas que no tenemos ganas de nada.

—Yo también un segundo en la nación o como se diga eso que has dicho Emma —dice Marta con una voz lenta y pausada que refleja su fatiga.

Como estamos agotadas, repartimos la habitaciones y me cuentan que cada noche una de ellas dormirá conmigo como parte de mi regalo.

—Hasta mañana, mariputis. Yo os quiero más que todas estas, que lo sepáis —concluye Emma.

Arrastrando pies y ojos entramos todas en nuestras habitaciones.

La noche ha pasado volando, más que nada, porque no ha sido una noche, más bien un rato largo, hasta que Noelia, que es la que ha dormido conmigo hoy, se ha despertado.

Solo recuerdo asombrarme por lo grandísima que es nuestra cama. No me dio tiempo a más, nos metimos en ella y a dormir del tirón. «Seguro que en ésta no nos caemos por los lados, ¿verdad?» Recuerdo que me dijo Noelia y nada más.

He remoloneado un instante, pero yo no soy de quedarme en la cama una vez que me despierto. Me levanto y veo un gran ventanal al lado del armario. Necesito ver el paisaje que hay detrás de las cortinas, y al abrirlas el sol es el primero en darme los buenos días. Me asombra Barcelona. Los edificios altos y modernos con espejos o excentricidades se combinan a la perfección con los antiguos, que tienen mucho más encanto, en piedra o granito con formas onduladas o baldosines de colores. La vista es espectacular. Podría quedarme horas mirando a la gente que veo pasear, inventándole una vida a cada uno, y ya de paso otra para mí.

De repente he empezado a oír la ducha del cuarto de baño de nuestra habitación. El ruido del agua cayendo hace efecto en mí, no aguanto más las ganas de hacer pis que tengo, así que entro al aseo.

—Perdona, Noelia, pero es que se me va a escapar.

—Tranquila, Íngrid, no pasa nada, entra y usa el váter. Ya voy a salir y así te dejo la ducha libre, a no ser que quieras usar la bañera.

Y al sentarme en la taza del WC tengo una perspectiva de todo el cuarto de baño. Hay una bañera blanca enorme con patas doradas, un gran plato de ducha, y un lavamanos doble, con doble espejo.

Preparo todo lo necesario para cuando salga y entro a ducharme. En un lateral está la botonera digital con diferentes opciones. Temperatura, fuerza y unas palabras en inglés, *rain, slow, rapid, cascade, jungle, island*.

He decidido probarlos todos. Empezaré por el de efecto lluvia. Al apretar el botón, empieza a caerme agua desde el techo, es una lluvia finita y placentera. Le doy a *rapid* y cae más fuerte y deprisa, para mi gusto demasiado. Voy a probar *cascade* y… ¡Sorpresa! Lo que cambia son las paredes. Han aparecido imágenes. Se han convertido en una especie de hologramas, con una calidad visual impresionante. Estoy rodeada por rocas gigantes y una cascada de agua que sale por una abertura, casi imperceptible, de la pared.

Me siento como la chica de los limones del caribe, me falta la flor en el pelo liso, treinta años menos, ser rubia natural, y es que soy ella.

Me mata la curiosidad. Le doy a *jungle*. Cambian las imágenes. Estoy inmersa en una selva, veo lianas que parece que pueda coger para saltar de árbol en árbol como si fuera Tarzán. El agua vuelve a caer del techo, esta vez alterna gotas más gruesas y finas con diferentes ráfagas.

Con la tontería aún no he empezado a ducharme, así que voy al lío, ya que tendremos que ir a algún sitio, supongo.

La ducha, aparte de parecerme de ensueño, me ha sentado fenomenal. Me he puesto el albornoz esponjoso y suave que tenía reservado para mí, y lo sé porque tiene mi nombre bordado en letras doradas delante, no sé si las demás también lo tendrán. Estoy gratamente impactada, eso supone que se vendrá para casa conmigo. Esto tiene que ser cosa de Noelia, estoy segura.

Me pongo el turbante y voy a la habitación. Está vacía, así que salgo de esta guisa fuera de mi cuarto.

Ahora sí contemplo el enorme salón. Un gran sofá en color gris perla con forma semicircular divide la estancia, tiene seis cojines de adorno, gris oscuro con hilos plateados. Cabemos las cinco de sobra. En frente hay una mesa de centro en madera maciza, color wengué, sonrío pensando en porqué sé el nombre de ese color, pero no viene al caso, es un recuerdo efímero.

En frente hay una pantalla que parece de cine por lo grande que es. Pero no creo que hayamos venido aquí para ver la tele, doy por hecho que no la encenderemos. Creo que abandonaremos hoy este hotel.

Y para acabar, hay un mueble minimalista con forma de columna. Hasta la mitad tiene dos puertas de cristal. En su interior observo copas grandes de vino en una estantería y de champán en la otra. La parte inferior es otra puerta, pero sin cristal. No me puedo resistir a abrirla. La curiosidad me vuelve a picar, si fuera un gato ya estaría muerta.. ¡Oh! ¡Sorpresa! ¡Es una vinoteca! No quiero pensar lo que

debe costar la bebida que hay en su interior.

Me imagino ser protagonista de una película o serie americana. Aquí con nuestras copas, hasta la mitad de vino —porque nunca se ven con las copas llenas—, con vestidos elegantes, charlando de nuestras cosas antes de salir a una fiesta en el puerto.

Marta aparece y nos damos los buenos días. Como siempre, tiene amnesia y quiere saber qué hizo anoche, le cuento cosas por encima y nos reímos. Decidimos, entonces, despertar a las demás.

Abrimos de golpe la puerta de la habitación de Emma. Está sentada en la cama, también con el albornoz y el pelo mojado.

—Ya que Ingrid no se ha querido mojar mucho, dime, Emma, ¿me pasé mucho anoche?

— No, cariño, estuviste en tu línea, graciosa y malvada a partes iguales, pero como lo haces sin querer y lo explicamos a quien no lo sabe, pues nadie te lo tiene en cuenta, tú tranquila —contesta Emma.

—Jolín, ¿en serio lo explicáis? ¿Y qué decís de mí? Al final me lo voy a tener que hacer mirar.

—A veces decimos que te estás medicando para algo y que por eso te ha sentado mal la bebida. Pero sí, deberías ir a algún especialista. Lo que no es normal es que no presentes ningún signo de embriaguez. Eso sí que nos da envidia a todas.

—¡Joder, qué cabronas! Pediré hora a mi médico. ¿Vamos a despertar a Lina?

—Sí, vamos —contestamos las dos.

Yo voy con cuidado para no asustarla por si está dormida, pero Emma entra de golpe y grita.

—¡Lina! ¡Los espíritus vienen a por ti! ¡Levanta!

—¡Pero que hija de fruta amarga! ¡Qué susto me has dado! Pues ya que los mencionas, que los espíritus te lo devuelvan con buenas bromas. —Hace un gesto con las manos como enviándole algo al universo.

—No bromees con eso que me cago de miedo y me muero del susto. ¡Retíralo, retíralo, por favor! Que a ti seguro que te hacen caso.

—Chica, que te has puesto blanca, lo retiro. Espíritus que habéis

oído mi petición, olvidadla por compasión. —Pone las manos en forma de rezo y las eleva hacia arriba y hacia abajo.

En ese momento entra Noelia en la habitación.

Es la única que ya está perfectamente vestida, peinada y maquillada.

—¿Qué me he perdido? Mejor no saberlo. ¿Aún estáis así? Os doy media hora para arreglaros.

—Pero si yo aún no me he duchado. *OK*, iré super rápida. Todas fuera de mi cuarto.

—Pues venga, no perdáis tiempo y quedamos en el sofá a las diez y media —nos pide Noelia.

Hay una estampida y cada una se va a su habitación, menos Noelia que se queda en el sofá mirando su móvil.

Así que a toda prisa entro de nuevo en mi habitación y me apresuro a vestirme, el pelo aún está mojado así que un poco de espuma y difusor para mis rizos, flequillo para el lado, un poquito de crema hidratante con color, un toque de colorete, un poquito de rímel y pintalabios y lista. Yo soy rápida cuando quiero, o eso pensaba.

Me voy para el salón y ya están todas allí sentadas, cuchicheando en voz baja.

—¡Hey! ¿Qué habláis tan bajito?

—Bueno, Íngrid, ven, siéntate. Que te vamos a contar más o menos los planes —me pide Marta.

Y se levantan todas, para dejarme a mí sentada y ellas de pie, frente a mí. Están muy serias, no lo entiendo. No quiero pensar, pero ya es tarde, puede que le haya pasado algo a alguno de los míos y por eso están así, por favor, que no sea eso.

—A ver, no sé si te gustará el planteamiento. Estoy un poco nerviosa. La cuestión es que tú siempre te quejas de que estando a treinta kilómetros de Barcelona nunca vienes y no la conoces. «¡Con la de cosas bonitas que tiene!», nos dices siempre. —Menos mal, no ha pasado nada, puedo respirar tranquila—. Y que a ti te gustaría

venir, cosa que no haces ni con tu familia ni con nadie. Pues ya está, ¡*Voilà*! Ya estamos aquí, en Barcelona. Y aquí nos vamos a quedar. Ahora tenemos unos días para conocerla, disfrutarla e ir a un montón de sitios. Igual te esperabas otro destino, pero si no hacemos esto ahora, ¿cuándo? —me explica y pregunta Emma mientras no para de frotarse las manos.

—Claro, porque cuando te vas de vacaciones con tu familia visitas otras ciudades, ya sean de España o del extranjero, pero siempre te quedas con las ganas de ver Barcelona, ¿verdad? —me pregunta temerosa Noelia, dando pasos cortos para no alejarse de mí.

—Además, estaremos aquí de día y de noche para disfrutar y conocer el ambiente que hay en la ciudad Condal, como la llaman. No tendremos que conducir de vuelta a casa, como mucho dos taxis para volver al hotel, «que también tienen que vivir los taxistas», como tú siempre dices —argumenta Lina, mientras se va enredando un mechón de pelo en un dedo.

—Tengo que decir que de primeras me opuse a la idea, pero luego pensé, ¡qué narices! Ella está deseando conocer Barcelona, no lo va a dejar para la jubilación y va a venir a tirarle migas a las palomas. ¡Hagámoslo! —concluye Marta, sin dejar de rascarse la nuca.

Yo las he escuchado atentamente, y mientras procesaba toda esa información, iba poniendo caras raras adrede, y he acabado con cara seria. He de reconocer que me han sorprendido mucho.

—Yo diría que por tu cara no te ha hecho ni pizca de gracia. Ya lo decía yo, que esto no era buena idea, que donde esté Grecia o Londres… Y eso que di el visto bueno —habla Marta otra vez.

—Vale, vale. A ver, chicas, ¿Me estáis contando que nos quedamos en una ciudad que está al lado de la nuestra, a la que no vengo nunca, y qué podríamos ir a dormir cada día a casa para ahorraros este gasto y volver al día siguiente? Aunque eso nunca sería así, todas lo sabemos, ¿y por eso nos vamos a quedar en este hotelazo maravilloso, y vamos a disfrutar de todo lo bueno y bonito de esta ciudad?

—Sí, ese es básicamente el propósito —dice cabizbaja Emma.

Y yo pego un salto del sofá y les grito emocionada:

—¡Me encanta, me encanta, me encanta! —Y sigo saltando y las abrazo y ahora saltamos todas de alegría. Me separo de ellas y canto con el brazo arriba el final de la canción de los juegos Olímpicos del noventa y dos—. ¡Vivaaaa, Barselonaaa! —con ese, porque así sonaba en la canción.

—Joder, Íngrid, que susto nos has dado. Tu cara era un poema y pensaba que no te gustaba —me dice Emma.

—Os estaba tomando el pelo. ¡Perdón, chicas! No sabéis lo que me ha costado estar seria y no reírme con vuestras caras de incertidumbre. ¡Es el viaje de mis sueños! Por fin voy a conocer la ciudad que solo veo en la tele.

—Touché, nos la has colado bien, amiga —me dice Noelia— .Y además os propongo una cosa que no os había dicho a ninguna. La última noche dormiremos todas juntas, y tendremos que contar un secreto, aunque sea algo sin mucha importancia, pero hay obligación de explicar algo y la promesa de todas, de que nunca saldrá de esa habitación lo que escuchemos.

A todas nos ha parecido emocionante la propuesta y hemos aceptado sin pensarlo demasiado.

CAPÍTULO 7

—Bueno, y ahora que sé que nos quedamos aquí, ¿dónde desayunamos? Porque yo no sé vosotras, pero tengo tanta hambre que me comería un brazo.

—Pues hemos organizado y elegido sitios que pensamos que te gustarán, así que, ¡vámonos!

Y salimos de la habitación mientras seguimos hablando.

—No mientas, Noelia, que tú te lo has currado mucho y el mérito es tuyo. Casi todo lo has organizado tú. Las demás vamos un poco a ciegas y hemos ido dando el visto bueno a tus planes —le dice Emma.

—Eso es lo de menos, ella está más curtida en estas cosas y yo confío plenamente en su gusto. Tú tuviste la idea, y ella la desarrolló, qué más da —le contesta Lina.

Y así como quien no quiere la cosa, hemos llegado caminando al sitio elegido, se nota que ha sido Noelia: en la entrada hay una carta con precios a la que Emma no se ha podido resistir a echarles un vistazo.

—Mmm, una cosita chicas, antes de entrar a este sitio tan elegante tengo algo que decir, y lo siento porque estás tú delante, Íngrid. —Está claro que a Emma algo le ha incomodado de la carta y por eso se dirige a mí.

—A ver, ¿qué problema tienes? Tuvimos una reunión antes de iniciar esta aventura y creí que había quedado todo claro —le dice Noelia.

—Ya, pero no pensaba que se te iba a ir tanto la mano. El hotelazo, este restaurante de alta categoría, ¿qué más? —le reprocha ella.

Y a mí me da por pensar que, a lo mejor Noelia, se ha pasado de presupuesto y las demás han aceptado por darme el capricho.

—Noelia, cariño, no sé cómo habéis hecho las cuentas entre vosotras, pero tú sabes la situación económica de todas y creo que no hace falta gastar tanto. Estoy segura de que tú corres por lo menos con el setenta por ciento de los gastos de este viaje. Lo digo a ojo y que nadie se ofenda, por favor, pero no quiero que por mi culpa alguien tenga problemas monetarios —le aclaro y le dejo ver

mi preocupación.

—Antes de que alguien más abra la boca os digo que vamos a desayunar aquí. Tengo hecha la reserva desde hace tiempo, pero, os debo una explicación y una noticia. Las iba a dejar para el último día, pero creo que voy a adelantarlas y así os quedaréis más tranquilas, ¿vale? —nos dice con semblante serio.

—Vale. Respirad hondo y expulsad el aire poco a poco, chicas. Estamos en una fase lunar en la que todo es favorable, así que hagámosle caso a Noelia por esta vez. —Lina y sus dotes apaciguadoras.

—Íngrid, solo te diré que te has quedado muy corta en lo del setenta por ciento, pero no voy a decir nada más, no sea que sin beber ya meta la pata —dice Marta un poco enfurruñada.

Así que entramos todas con el rostro serio. Nos recibe un elegante hombre trajeado, es guapetón y tiene la sonrisa puesta. No sé si va con el cargo, con el contrato o con el sueldo, pero se nota su amabilidad en el tono de sus palabras. Noelia le dice que tiene una reserva a su nombre y le pide una mesa apartada con la excusa de que vamos a hacer negocios. Las demás alucinamos, pero no decimos nada.

Nos acompaña al final del local, que todo hay que decirlo, es muy clásico, un poco oscuro, pero con mucho encanto. Todo es de madera caoba y tanto las sillas como las mesas están ornamentadas con grabados florales. No hay mesas ocupadas a nuestro alrededor y nos sentamos donde nos indica el *maître*. Nos da unos minutos para que decidamos qué vamos a pedir.

La primera en abrir la boca es Emma, su tono nada tiene que ver con el del señor que nos ha acomodado. Ya me extrañaba a mí que no dijera nada, Emma tiene el sentido de la justicia muy arraigado y cuando algo no le gusta, no te preocupes, que ella tampoco tiene pelos en la lengua.

—Chica, me han llamado muchas cosas en mi vida, pero negocio no lo habían hecho nunca, y no sé si me hace gracia o me enfada, mira tú —dice mientras observamos que se está enrojeciendo.

—Jolín, qué quisquillosa, a mí me ha parecido muy divertido —apuntilla Lina para quitar hierro al asunto.

—¿Qué querías que dijera? ¿Que nos diera una mesa alejada porque íbamos a discutir entre amigas o porque nos íbamos a enrollar entre nosotras? ¿Eso te parece mejor? — Y la gesticulación de Noelia y su tono elevado de voz me está empezando a preocupar.

—Ostras, que ocurrente, a mí me hubiera gustado lo segundo para ver qué cara se le quedaba al *maître*. —Lina sigue queriendo poner paz entre nosotras.

—Pues yo espero que esto no sea una discusión, sino una aclaración como tú has dicho. Si no, ¿qué sentido tiene que me hayáis regalado estas estupendas vacaciones y el primer día empiece así? Nunca hemos discutido, ¿y va a tener que ser ahora? ¿En serio?

Mi preocupación se está volviendo enfado, no quiero contagiarme del ambiente que se respira ahora mismo aquí. No quiero que esto acabe mal.

—Es verdad, tienes toda la razón. Que quede claro que hemos venido aquí a hablar, no a discutir. Dejadme que os diga en primer lugar que nunca os podré agradecer lo suficiente vuestra ayuda, amistad y apoyo en todo lo ocurrido con Lucas —nos dice Noelia.

—Ya hace mucho que pasó, y eso es lo que hacen las amigas. Entonces, ¿qué ocurre aquí? Como tienes más dinero, ¿nos lo quieres agradecer pagando cosas que para nosotras serían imposibles? —se queja Marta.

—Pues claro que no, porque eso no tiene precio. ¿Sabéis el dicho de «quién tiene un amigo tiene un tesoro»? Pues yo me siento millonaria con vuestra amistad. Hay algo que no os he contado porque ha ocurrido hace poco.

—Me tienes intrigada y mosqueada a la vez, qué sensación tan rara de verdad, no me gusta nada sentirme así —dice Emma, todavía con la cara colorada.

—Lo siento mucho, Emma. Espero que se te pase en cuanto os explique esto. ¿Cómo puedo hacerlo sin molestar a nadie? —Y da un largo suspiro—. Ya sabéis que mi vida siempre ha sido un poco más

acomodada y ninguna le hemos dado nunca importancia a ese hecho, cosa que me une aún más a vosotras.

—Claro que no. Jamás hiciste alarde de nada, lo intuíamos. Vestías mejor, tenías el pelo más bonito que nadie y nos lo acabó de confirmar el día que nos invitaste a la piscina de tu casa, ahí alucinamos todas —contesto yo, un poco más tranquila.

—Por supuesto, porque mis padres no querían dármelo todo hecho. Fui a una escuela pública, a un *esplai* del barrio, y estuvieron de acuerdo en dejarme ir al instituto donde se acabó de forjar nuestra amistad. Ellos tuvieron éxito con su empresa, pero empezaron desde cero y poco a poco fueron creciendo.

»Total, que ahora mismo tienen mucho, pero que mucho dinero. Ya sabéis que yo soy la gerente del negocio y su gestora particular.

»En fin, que desde que pasó lo mío, bueno lo que ellos piensan que pasó, me tienen cómo lástima, pero sin el cómo.

—Claro, te quedaste viuda con cuarenta y un años, es lógico —le digo.

—Son de la opinión que muchas cosas, pasado el tiempo que ha pasado ya, debería haberlas resuelto de otra manera. No estar sola, por ejemplo.

—Desde hace un tiempo me ingresan cada mes una cantidad indecente de dinero que no necesito ni merezco. Me negué mil veces, pero no puedo luchar siempre contra ellos porque es agotador. Desean que disfrute y que rehaga mi vida y prefieren dármelo estando ellos vivos.

—Son de la *elité-socialité.*

—Para nada, Marta. Ellos conservan a sus amigos de siempre y, lo más importante de todo, es que socorren anónimamente a mucha gente necesitada, sin alardear de ello. Son felices así.

—¡Qué majos tus padres! —le dice Lina.

—A lo que íbamos. ¿Con quién voy a gastar mi dinero mejor que con mis amigas del alma? Yo no tengo hermanos, ni sobrinos ni nadie con quién disfrutarlo. Siempre me habéis valorado por quién soy y no por lo que tengo, igual que yo a vosotras.

»No os lo estoy restregando por la cara, no me las quiero dar de rica, no quiero que os montéis películas americanas en la cabeza. Vosotras no me dais lástima, en absoluto. Valoro vuestros trabajos y vuestra profesionalidad. Tenéis unas familias estupendas, me dais envidia en cierta manera, sobre todo por la cantidad de personas que hay a vuestro alrededor. En mi vida solo estáis vosotras y algunos amigos o conocidos más. Yo os adoro, chicas. Vosotras sois mi familia. Así que dejadme que sea la que financie esta celebración por completo, y les doy el gusto a mis padres, porque yo, amigas mías, cuando más feliz soy es estando con vosotras.

Se ha hecho el silencio durante un momento, todas hemos reflexionado un instante, y yo decido romper el hielo.

—Voy a hablar la primera, ya que soy el motivo de esta celebración. Si de un tiempo acá es mucha más la diferencia económica entre nosotras, no se ha notado en tu actitud, es decir, que no se te ha subido el dinero a la cabeza, pero eso ya lo sabemos porque te conocemos bien. Es más, creo que no nos lo has dicho por pensar que nos ibas a incomodar, cosa que no entiendo. A mí, particularmente, no me ofende tu dinero. Me alegro por ti, Noelia, es fantástico que tengas una vida desahogada y resuelta. Pienso que estás a otro nivel y no lo has evidenciado jamás. Nunca te has buscado otras amigas, que sé que tienes más, pero no te has salido de nuestro grupo, que es el principal de todas.

»Ahora me dirijo a las demás. Pensad, ¿cuándo nos vamos a ver en otra como esta? Nosotras es imposible con nuestros sueldos. Si esperabais que dijera otra cosa va a ser que no. Yo sí acepto que Noelia me haga este regalazo, consiento que se haga cargo de los gastos de todas y que nos lleve a donde quiera. No está bien que tengamos que demostrarnos nada, ya sabemos cómo somos cada una y todas nos aceptamos con nuestras virtudes y defectos.

»Aunque esto suene raro, ¿qué culpa tiene ella de ser rica? Si vosotras lo fuerais, ¿no haríais algo así? Entonces lo que tenemos que hacer es divertirnos y punto. Nos regala unas vacaciones, de cinco días, no un chalet. ¿Qué hay de malo en ello? —Estoy sudando después del discurso que les he dado y dando golpecitos con el pie a la pata de la mesa esperando la respuesta de las demás.

—Creo que tienes toda la razón del mundo —interviene Lina—. Ninguna de nosotras tiene la culpa de la situación económica de nadie. Y si ella se puede dar mil caprichos, bravo por ella —y da un par de aplausos—. Si yo fuera pudiente, también me los daría. Y si los quiere compartir con nosotras pues que suerte la nuestra, ¿no? —hace una pausa para mirarnos una a una antes de seguir hablando —. Tendríamos que estar contentas. Si fuese una tacaña y egoísta, seguramente la estaríamos criticando. Noelia es todo bondad. Demasiado ha pasado en esta vida para que ahora sus amigas la enjuicien o rechacen, ¿no creéis? Estoy segura de que el universo le devolverá con creces sus acciones y no solo en la parte material, seguro que le tiene algo muy bonito preparado. Por cierto, si yo fuera ella, os llevaría a la luna. —Y de Lina me lo creo.

Emma levanta la mano y se señala a ella misma, pidiendo así el turno de palabra.

—Que vuelta a la tortilla más bien dada y argumentada. Me habéis hecho cambiar de opinión, y eso que no iba a transigir, pero después de escucharos y pensarlo bien, ¿quién soy yo para llevaros la contraria? Noelia, siento ser tan quejica, perdóname —le pide Emma cabizbaja.

Y por último va a hablar Marta, que es a la que más temo, porque a veces puede ser un poco brusca, sin maldad, pero el primer zasca te lo llevas.

—Falto yo, ¿no? Me repatea que tengáis razón todas y no os pueda debatir. Estaba equivocada y lo lamento, Noelia. Debo estar agradecida, como dice Lina. Es cierto, yo también lo haría si estuviese en tu situación. Así que, ¡me apunto al despiporre! y te pido disculpas por anticipado, por lo que pueda decir en cuánto me moje la garganta con el vermut que me pienso pedir al mediodía — le dice contenta y satisfecha.

A Noelia le ha cambiado el semblante, se le relajan los músculos de la cara, que hasta hace un momento se le notaban tensos, al igual que los hombros.

—Estáis todas perdonadas. ¡Por fin! Todo aclarado de una vez. ¡Qué contenta estoy! —nos dice una Noelia radiante.

—¿Sabéis lo que es esto? Un L'Oréal grupal. ¡Porque nosotras lo

valemos! —Y Lina nos choca los cinco a todas.

—Una cosita, Noelia, si vas a obedecer a tus padres, ¿lo de rehacer tu vida cómo lo llevas? —le pregunta Emma.

—Mira, no te voy a negar que a mí me gustaría volverme a vestir de blanco…

—¡Coño, pues apúntate a kárate! —la interrumpe Marta y provoca nuestras risas.

—Buena idea, a lo mejor lo hago. Pero tengo otra cosa en mente. Dejo este tema en pausa y voy a llamar al camarero, que a este paso en vez de desayunar vamos a tener que pedir el menú.

Dicho y hecho, enseguida tenemos al camarero trayéndonos las cartas del almuerzo. Noelia no nos ha dejado mirarlas, las ha cogido todas ella y ha propuesto que probemos el jamón ibérico, que aquí es delicioso. Todas hemos dicho que sí.

—A este jamoncito tan bueno que nos van a traer, ¿sabéis lo que le va bien? Pues un buen cava que tienen aquí, suavecito y bien frío.

—¿Así que tú ya has venido aquí? —le pregunta Marta.

—Vengo bastante a Barcelona por mi trabajo, más que nada a reuniones con algún cliente y a veces con mis padres. Me llevan donde a ellos les apetece comer, por eso conozco restaurantes de toda Cataluña. Mi padre es un sibarita y la gastronomía es su pasión. Él busca el sitio, se encarga de hacer las reservas y yo de acompañarlos.

—Me parece estupendo, tú que puedes, disfrútalos —le digo con conocimiento de causa.

Nos traen lo nuestro. No sé las demás, pero yo pensaba que serían bocadillos, no que viniera una persona empujando una mesa de ruedas con el jamón en un soporte, y nos lo fuera cortando al instante a cuchillo. Mientras el experto cortador iba llenando platitos con trocitos tan finos como la seda, un camarero que estaba a su lado lo iba acercando a nuestra mesa.

Teníamos pan de varias clases, pan de cristal —tan típico de aquí—, con semillas, con nueces, integral, de pueblo, tostadas, tomates para untar y aceites de diferentes variedades en botellitas individuales.

Sin pretenderlo, hemos tardado más de una hora y media en desayunar. Entre la charla, el jamón que entraba solo, el cava al que

le ocurría lo mismo, y unos cafés, se nos ha pasado el tiempo volando y son ya las doce y media del mediodía.

—Salimos a caminar un poco para bajar esto y luego ya cogemos los taxis en cualquier sitio, ¿os parece? —nos propone Noelia.

Nos parece a todas perfecto y andamos sin un rumbo determinado.

CAPÍTULO 8

—¿Y qué hay programado? —pregunta Emma.

—Pues verás, siendo la hora que es, nos vamos a ir de compras a un sitio en el que hay un montón de tiendas y restaurantes. Así abriremos el apetito, porque no puedo pensar en comida hasta las tres del mediodía, por lo menos —explica Noelia.

—Eso como poco, estoy llenísima. Suerte que me gustaba el jamón más que el cava y solo he bebido un par de copas, que si no ya estaría soltando burradas. No lo he hecho aún, ¿verdad? —nos pregunta Marta preocupada.

—Puedes estar tranquila, todavía no te has transformado. Lo curioso es que yo tenía mucha sed y he bebido bastante porque estaba buenísimo, pero no noto que se me haya subido a la cabeza. Estoy bien fresca, como si hubiera bebido agua —comenta Emma.

—Pues te voy a resolver el enigma. Ese cava no contiene alcohol. Es el que pide mi padre cuando venimos —nos explica Noelia.

—Pues alcohol no tendrá, pero yo tengo una urgencia provocada por el gas, que de eso sí tenía, y cada vez es más urgente —nos dice Lina sujetándose el estómago.

—¡Mira, aquí hay un bar! —Y casi no me ha dado tiempo a terminar la frase puesto que ha entrado corriendo sin mediar palabra. Las demás la hemos seguido, pero al pasar ya no la vemos. Los lavabos están nada más entrar y ella ya debe estar en uno.

No hay nadie en la barra, ni en las mesas. Es diferente a todos los bares que conocemos. Idílico para Lina, aunque a ella no le ha dado tiempo a ver nada.

Las demás, conforme vamos pasando, nos vamos sorprendiendo. Hay una pintura mural en la pared principal. Es un gran bosque salpicado de hadas, pequeñitas, pero muy visibles. Sus caras son muy dulces y desprenden una luz alrededor que las hace destacar sobre el frondoso verde. Desde luego el pintor ha hecho un trabajo excelente. Nos quedamos embobadas con todos los detalles.

En las mesas hay unos salvamanteles de tela que llaman nuestra atención. Están pintados a mano, o por lo menos eso parece. Elfos y gnomos encima de piedras y árboles que atraviesan un río son el

estampado.

Seguimos todas boquiabiertas, mirando a nuestro alrededor. Es como haber entrado a un mundo de fantasía hecho realidad.

Las lámparas del techo son libélulas en hierro forjado y sus alas de cristal traslúcido tienen pinceladas de un montón de colores diferentes.

Hay otra pintura en la pared de enfrente. Esta tiene el fondo azul marino y un unicornio enorme, espectacular, con pelo largo blanco y rosado en las puntas, un bonito cuerno rizado del mismo color y una mirada que parece atravesarte. Está bajo una luna redonda degradada en bonitos tonos lilas y anaranjados. En el cielo oscuro de la pintura, desde algún lugar que no acertamos a descubrir, se proyectan puntos de luz brillante, son las estrellas, algunas con más intensidad que otras y en diferentes tamaños. Es precioso.

Es todo tan bucólico, que cuando Lina salga del lavabo y descubra dónde nos hemos metido, seguro que se quiere quedar a vivir aquí. Además de fondo se oye música relajante, esa que da gusto oír y ella tanto nos recomienda.

Nosotras hemos estado en silencio como si de la visita a un museo se tratara. No nos hemos dado cuenta, pero ahora sí hay alguien detrás de la barra que nos ha estado contemplando.

—Buenos días, ¿las puedo ayudar en algo? —nos pregunta un hombre.

—Sí, por favor. ¿Quién es el propietario de este bar? —pregunta Noelia.

—Yo mismo. Mi nombre es Lewis, pero aquí todo el mundo me llama Luis. ¿Por qué preguntan por el dueño?

—Porque pueda que quiera comprar este local para regalárselo a mi amiga. Aún no lo ha visto, pero en un momento lo hará y, quizás, no podremos sacarla de aquí, ja, ja, ja —le dice Noelia, bromeando.

—Bueno, en un momento o en un rato, todo depende… —Marta que es experta en meter la pata empieza a hablar, pero Emma la interrumpe enseguida.

—Todo depende de lo que tarde en arreglarse, que es muy presumida.

—Eso mismo iba a decir yo, no sé por qué me has cortado —le

increpa Marta.

—Entonces habrá que esperar a que su amiga regrese y ver qué piensa —contesta él con una sonrisa.

—Que quede claro que estaba bromeando, pero no crea usted que voy muy desencaminada —le aclara Noelia.

—Ella aquí sería la persona más feliz del mundo. Además de servir bebidas, seguro que les vendería piedras energéticas a los clientes, les haría la carta astral, zodiacal, les echaría las cartas del tarot, en fin de todo un poco y muy bien. Si trabajara aquí aumentarías su clientela un mil por ciento, y otro mil por ciento por lo guapa que es, y además está soltera. —Y tal como he dicho esto último me arrepiento al instante, esa información de su situación sentimental no es de la incumbencia de nadie.

Cuando Luis sigue hablando, me percato de que todas lo estamos observando con mucho interés. Me da la sensación de que nos hayamos puesto de acuerdo o leído la mente, para analizarlo. Es un hombre de los que nosotras llamamos «un casi», porque es casi alto, casi guapo y casi fuerte. Tiene ojos azules, nariz redondita, y una sonrisa tímida que transmite bondad. Seguro que de pequeño ha sido el típico niño inglés rubito, pero con los años el pelo se le ha oscurecido un poco. Lleva una media melena un poco desaliñada que le da un toque moderno.

—Vaya, estoy deseando conocer a su amiga. A mi todo ese mundo me fascina. Supongo que se han dado cuenta por la temática del bar. Mientras esperan a la dama misteriosa, ¿quieren tomar algo? —nos pregunta.

—Pues si ese mundo le fascina, está claro que se va a querer casar con usted —le dice Emma con una media sonrisa.

Y eso me ha sonado a broma. Creo que no le debo dar importancia a que antes dijera que está soltera.

—¿Nos podemos sentar en alguna mesa? —pregunta Noelia.

—Como quieran, pero las sillas son más cómodas y adecuadas para tal menester.

—¡Anda! Para ser inglés tiene un sentido del humor muy español —le digo, vaticinando su procedencia.

—¡Porras! Otra mujer que lo ha adivinado. No crea que es sentido

del humor, que también lo tengo. No se quieren sentar encima de la mesa, ¿verdad? —nos pregunta con cara de saber que se ha equivocado.

—Claro que no, es una frase hecha. Le faltan años para entendernos del todo. Aun así, tiene usted mucho vocabulario —le responde Noelia.

—Sí, este idioma me encanta. Pero lo de las frases hechas me vuelve un poco loco y muchas veces me las creo a pies puntillas.

—Que gracioso es usted, se dice a pies juntillas. ¿Dónde aprendió nuestro idioma? —le pregunto.

—Aunque parezca mentira lo aprendí en mi país. Mi profesora de castellano pasó a ser mi novia. Ella era de Sevilla, por eso este acento que les divierte. Me he comprado un diccionario de sinónimos para saber cómo pueden llamar ustedes a una cosa de diferentes maneras. Llevo aquí seis años ya y eso me vuelve tarumba del todo, de verdad.

—¿Y cómo acabó aquí? Es curiosidad, si no quiere contestar no lo haga. Es que soy una enamorada de su país —le pregunta Emma.

—En España son todos muy preguntones, lo sé. No hay problema en contestarle. Vine con ella a pasar unas vacaciones y me enamoré de Barcelona y de este local. Los dos iniciamos el proyecto juntos, y cuando llevábamos aquí tres meses, por casualidad entró su exnovio. Los ojos le hicieron chirivías o chiribitas, como se diga. Me lo presentó, se sentaron a hablar mucho rato y a los dos días se fue con él. Yo me quedé con el negocio, la deuda y el corazón «partío», como dicen ustedes. Y según el refranero, que también lo tengo, compuesto y sin novia.

—Vaya lo siento por usted, perdón por haberle preguntado.

—Tranquila, está más que superado. Yo podía no haber respondido. Pero me han caído bien. No me llamen de usted por favor.

—Ni tú a nosotras. Y por tu bien, no nos llames señoras —le pide Marta.

—*Okey*, entendido, tampoco se me ocurriría. Entonces, decidme vuestros nombres.

— Pues yo soy Íngrid, ella es Marta, la preguntona es Emma, la

que te puede comprar el bar, pero no lo hará, es Noelia y la que lleva un rato en el lavabo y se va a querer casar contigo es Lina. —He vuelto a repetir la broma de Emma sin querer.

Reímos todos, el que más Luis, al que le ha hecho mucha gracia mi comentario, porque ya es la segunda vez que se lo decimos.

—¿Estáis aquí por una despedida de soltera o algo así?

—Ahora el curioso eres tú, se te pega pronto lo nacional. Pues mira, no. Estamos aquí por el cumpleaños de Íngrid —contesta Emma.

—Vale, y déjame seguir siendo chafardero un poco más. ¿Es verdad que Lina está soltera? Si decís que se querrá casar conmigo me crea expectativas y debo saber si tengo posibilidades.

—Yo te lo resumo, Luis. Hace un tiempo estuvimos casi todas casadas. Pero ahora quedan libres Noelia, que es viuda, Lina, que tuvo novio durante un tiempo, pero lo dejaron y hasta hoy no ha salido en serio con nadie más, y yo, que me separé hace unos años y no me han quedado ganas de quedarme con un cerdo entero tan solo por una salchicha. Ya sabes a qué atenerte —le explica Marta.

—Gracias por la información, señorita. Lo tendré todo en cuenta.

Noelia da un suspiro raro para zanjar el tema, que parece que le está empezando a agobiar un poco.

—Hace calor, ¿no? ¿Clarita para todas?

—Para mí un vermut, please, te lo dije antes y además necesito agudeza mental por lo que pueda pasar en un rato —dice Marta.

Luis se va hacia la barra. Al momento nos trae las bebidas y un platillo ovalado de porcelana blanca lleno de almendras saladas. Le damos las gracias y él, ni corto ni perezoso, coge una silla y se sienta con nosotras.

Todas hacemos un giro brusco de cabeza hacia él, mirándolo con gesto de sorpresa y desaprobación.

—A ver, ¿qué queréis? Me habéis creado tanta intriga que voy a esperarla aquí sentado para conocerla. A no ser que la obligación me llame y tenga que atender a alguien.

—Pues como le quieras tomar el pelo o te burles de ella, te corto los *eggs*, ¿entendido? Lina es muy especial y no todo el mundo la

entiende. Para dejártelo más clarito, gorrión, no te tienes que creer a pies puntillas lo que te hemos dicho de ella, estábamos de broma —le aclara Marta con actitud amenazante.

Todo esto me hace retroceder en el tiempo durante unos segundos y acordarme de cuando Marta defendía a Lina, que ya daba muestras de su gusto por lo esotérico, y algunos se metían con ella en el patio del instituto. Luis comienza a hablar y vuelvo al presente.

—Por supuesto, pero por los gustos que me habéis dicho que tiene, yo creo que existe una afinidad. Y eso no lo puedo obviar —nos dice él.

En ese momento llega Lina con la sonrisa de oreja a oreja, como si le hubiese tocado un premio gordo en la tómbola.

—¡Chicas, chicas! ¿Habéis visto bien este sitio? ¡En serio, todo, todo, todo es maravilloso! El destino me ha traído aquí, no hay duda de ello —nos dice emocionada.

—Me voy a callar lo que te ha traído aquí porque tenemos compañía, pero todas sabemos lo que ha sido —le dice Marta.

—Pero mi indisposición ha pasado por algo —y se da cuenta de que no se puede sentar—. ¡Uy, sí! Mi sitio está ocupado. Disculpa, ¿quién eres? ¿Por qué me estás analizando con la mirada?

—Perdona, Lina. Mi nombre es Luis, y de momento soy el propietario de este bar. Ten, te dejo tu sitio, Lina. —Y se levanta para seguir hablando de pie.

—Gracias. Hola, Luis, tu bar desde hoy se convierte en mi preferido de todos los bares del planeta y de las galaxias, si es que allí hay —ella siempre fiel a sus creencias—. Oye, ya lo has dicho dos veces, ¿cómo sabes mi nombre?

—Por tus amigas. Se les ha olvidado decirme que eres guapísima. Pareces un hada salida de mis pinturas.

—Acuérdate de tus *eggs* —le recuerda Marta, tapándose la boca con la mano en vertical delante para que Lina no la escuche.

—Vaya, que halagador. Eres un inglés con acento andaluz, poseído por el espíritu de un italiano. Cuántos países para un solo cuerpo, ¿no? Dime, ¿los dibujos de las paredes los has pintado tú?

—Claro. Todo esto está decorado por mí. Y no te equivocas, uno de mis abuelos es italiano. Además de divina eres adivina. Que perfecta.

—¡Halaaa! Corta ya, guapetón, que se te ve el plumero. Que te la hemos puesto en bandeja —Marta sigue defendiéndola, o eso cree ella.

—¿Perdona? ¿Qué habéis hecho qué? Ya soy mayorcita, no tenéis que venderme a nadie. Si me tengo que defender lo haré cuando lo crea necesario. De momento, déjalo, que me gusta lo que oigo, aunque me hayáis ofertado.

—No creas, tienes buenas amigas, todas han hablado muy bien de ti y una de ellas estaría dispuesta a comprarme el bar para regalártelo. A ver si adivinas quién. Y otra me ha aconsejado que te contrate por el bien de mi negocio.

—Noelia, no puede ser otra —dice señalándola con el dedo, y sabiendo que no es en serio— Y seguramente sea Íngrid la que ha hecho de representante laboral.

—Lo que yo decía, divina y adivina —la elogia él.

—Que majo. ¿Y ya habéis hecho tratos? —le pregunta Lina, siguiendo la guasa.

—No, estábamos esperando a que salieras para darnos tu opinión y decir si quieres quedártelo, o trabajar aquí. —le dice Luis a la vez que le guiña un ojo.

—Me encanta, este sitio es una maravilla, pero ya tengo un trabajo, aunque estoy segura de que vendré más veces por aquí, eso no lo dudes, el que atiende es muy simpático —Y le devuelve el guiño. Conozco muy bien a Lina, y si ha hecho esa afirmación es porque la cumplirá. Empiezo a notarla interesada en él.

—¿De dónde venís chicas? —nos pregunta Luis.

—Somos de Terrassa. Una ciudad que está cerquita de aquí —responde Emma.

—¡Sí! La conozco, voy de vez en cuando. Compro las velas aromáticas en una tienda de allí, mi ex es amiga de la propietaria, y tiene cosas muy originales que no encuentras en otros sitios.

—¡No me digas! A mí también me encantan las velas. Tengo muchísimas, las compro en el Baobag —le cuenta Lina.

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer! ¡Ahí las compro yo! ¿Has visto cuántas cosas tenemos en común? Los planetas han decidido que nos conozcamos —le responde Luis.

—¡Bueno! ¡Lo que faltaba! ¡Qué es de tu gremio, Lina! —le suelta Marta.

—¿Has visto qué bien? Para que veáis que no soy tan rara —le contesta ella.

—Oh, *my God*, Lina, tenemos que quedar un día, cuando te vaya bien. Me encantaría conocerte. En serio. No podemos dejar pasar esta oportunidad. —Luis ignora a Marta, solo tiene ojos para Lina.

—Aquí falta Sobera y las cámaras, por favor, ¡venga ya! —se queja Marta.

—Que graciosa eres, guapi —le responde Lina.

—De nada, monada.

Las demás parece que estemos en un partido de tenis, pero con tres jugadores. Nos callamos adrede, porque no hay otra como Marta para lidiar con ligones no deseados. Aunque no tenemos claro si este es deseado o no.

—Sí, Luis, a mí también me gustaría conocerte. Ahora te apunto mi teléfono. También te informo de que voy a estar aquí durante cinco días, igual coincidimos en algún local nocturno, ¿no crees? ¿A dónde iremos luego, Noelia? Esta noche, quiero decir. Por favor, dinos que tienes pensado.

Lina está hablando deprisa, se ha recolocado los collares varias veces y le está empezando a sudar la frente.

—Pues, había pensado en llevaros a una discoteca muy chic, pero como no todo va a ser a gusto mío, si vosotras conocéis algún sitio al que queráis ir no hay problema en cambiar los planes. O podemos pedir consejo a alguien del hotel, como por ejemplo a Ezequiel —nos propone Noelia.

—O también se lo podemos pedir a Luis, ya que estamos aquí —dice Lina.

—Cuándo dices chic, quieres decir pijo, ¿verdad? —pregunta Emma.

—Umm, básicamente. Que decida Íngrid, que es la protagonista del

viaje.

—Pero si sabéis que yo no conozco Barcelona, que por eso me habéis traído aquí.

—Quiero hacer un inciso en este preciso momento. Os aseguro que yo no conozco Nueva York. Para que lo tengáis en cuenta para mi cumple —añade Emma.

Y todas soltamos una carcajada a la par. Qué salidas tiene esta mujer tan inesperadas.

—Vaya listón más alto. Pero tampoco conoces Rubí, y eso que tu marido es conductor de autobuses allí —le suelta Marta.

—Ya, pero desde hace poco, umm —y le saca la lengua.

—A ver, centrémonos. ¿Dónde podemos ir *this night*? —pregunta Lina mirando a Luis con ojos de corderito.

—Si queréis, hoy os hago de guía nocturno —Luis ha pillado la indirecta y sus ojos se han vuelto brillantes al devolver la mirada a Lina —. Me apunto a la fiesta con vosotras y si me dejáis, os sorprenderé con algún garito que seguramente no conoceríais por vosotras mismas.

—¡Oh, sí! Eso sería estupendo. ¿Qué decís chicas? Íngrid, sobre todo tú, ¿qué opinas?

—Por mí, vale —contesto, no seré yo quien la desilusione.

—¡Fantástico! No se hable más. Seré vuestro guía trasnochador —y Luis se muerde los labios y hace un gesto con el puño cerrado y el brazo flexionado, tirándolo hacia abajo, mostrando así su victoria—. No os arrepentiréis, os lo aseguro, chicas.

Quedamos en que nos veremos en Plaza Cataluña a las doce de la noche, y como esa plaza es muy grande hay que buscar un sitio concreto, y mira por donde, Luis propone que sea frente a la escultura de La diosa y esto hace que Lina dé un grito que nos asusta a todas.

—¡Sí!¡Ya sé cuál es! —La ilusión se ve en su cara.

—¡Joder, Lina! ¿Te has tragado un altavoz? —le dice Emma.

Ella se ríe y vuelve a hablar con los decibelios normales y nos explica que es una estatua de una mujer de mármol blanco, desnuda, con pose pensativa y que es una copia porque la auténtica

se la llevaron a otro sitio para evitar su deterioro por estar al aire libre.

Luis parece que haya comido algodón de azúcar y alaba la cultura de mi amiga y le dice lo fascinante que la encuentra.

Lina se ruboriza como si fuese un gusiluz encendido bajo las sábanas de un niño. Su silencio y su mirada, con los ojos brillantes hacia él, también la delatan.

—Ejem, ejem. Pues nada, dicho esto y visto lo visto, vámonos con la música a otra parte, ¿no os parece? —propone Marta.

—Sí, vamos chicas. Ya es hora de cambiar de rumbo. Cóbrame, Luis —añade Noelia.

—Por ser la primera vez os invito yo. Esta noche me invitáis vosotras a una copa. ¡Ahora somos amigos! —nos dice Luis con cara de felicidad.

—¡Gracias! No lo dudes, te invitaremos —le responde ella.

Luis se despide de nosotras con dos besos, cosa que nos ha descolocado porque no nos lo esperábamos, pero al llegar a Lina los dos se miran y se ríen avergonzados, como si esos dos besos entre ellos fuesen más especiales que con nosotras. Al salir hemos tenido que cogerla de la mano y tirar de ella, estaba embobada mirándolo, y él tampoco dejaba de mirarla y sonreír desde la puerta de su bar.

A todas nos ha sorprendido, porque Lina es una persona a la que le cuesta iniciar una relación, o más bien, encontrar a alguien que entienda su mundo. La última pareja que tuvo le rompió un poquito el corazón. Él era su profesor de reiki y le salió la oportunidad de trabajar en Reino Unido. Allí es una técnica que se usa en bastantes hospitales y contactaron con él para ofrecerle empleo en uno de ellos. Pues él no le propuso en ningún momento que lo acompañara, y además, al cabo de unos días le dijo que necesitaba cambiar de todo, incluso de relación. Lina lo pasó mal durante un tiempo y nos decía que casi renunciaba a encontrar a alguien afín a su personalidad, aunque nunca tiraría la toalla porque el destino siempre será impredecible.

Y desde luego que lo es.

CAPÍTULO 9

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? ¿Llevabas las antenas levantadas buscando novio? —le increpa Marta.

Nos paramos en medio de la calle. Ignoramos a la gente que camina a nuestro lado con prisa. Marta nos ha sorprendido a todas con esa salida suya. Lina, antes de responder, junta sus manos delante de su barbilla y le dedica una sonrisa.

—Perdona, yo no busco, me lo encuentro. ¿Te molesta, Marta? Pues te aguantas. Porque te diré una cosa, lo que menos esperaba en este viaje era encontrar a una persona tan arrolladora y que me gustara tanto desde el primer momento y lo siento, amiga. Si no te gusta lo que estoy experimentando en estos momentos, no pasa nada, a mí me encanta. Algún día te pasará a ti, y cuando llegue esa persona, te darás cuenta enseguida. Solo te puedo decir que Luis tiene una luz especial.

—Sí, una que proyecta estrellas en la pared, ya la hemos visto. Seguro que hasta en los chinos la venden. Estás muy loca, perdona que te lo diga.

Otra vez parece que estemos en un partido de tenis, y de momento, ninguna más se ha atrevido a intervenir.

—Marta, me parece mentira el enfado que te has agenciado sin ninguna necesidad, al final va a ser que eres borde por naturaleza y que la bebida no tiene nada que ver con tu actitud. —le recrimina Lina.

—¡Dejadlo ya! Qué barato es ofender, vaya mañanita llevamos —les digo yo enfadada.

—Perdón, es verdad. Pero tengo que decir, y reconoceréis, que ha sido muy raro. Lina, nosotras le hemos hablado de ti explicándole que te encantaría el local. Ingrid le he dicho que estabas soltera y Emma con un poco de coña le ha sugerido que te querrías casar con él al conocerlo —replica Marta.

—Pues quién sabe si no habréis acertado —contesta ella.

Ahora sí que nos ha dejado muertas. Esta mujer es una sorpresa andante.

—No, si al final vamos a ser todas adivinas —dice Emma en tono

burlón.

—Lo que no era predecible es que yo le pudiera gustar de verdad, ¿no? Porque Lina es la rara, la estrambótica, la lunática. ¿Quién se va a fijar en ella?

—El Luisma, de *Aida*, ha dejado demasiada influencia en ti —le digo.

—Nadie piensa eso, Lina. Tú eres un pastelito y si lo puedo evitar no permitiré que te hagan daño en mis narices. Le he amenazado si se pasaba contigo, y no he bebido lo suficiente, así que soy coherente y te defiendo porque te quiero —le dice Marta.

—No pasa nada, de verdad. Yo no estaba allí, pero chicas, tengo derecho a decidir si me gusta una persona o no. Esto ha sido un flechazo, os lo aseguro. Sabéis que yo no he tenido muchos novios, será por mi forma de ser y porque no me hace falta un hombre para ser feliz. Yo y mi mundo me basta, pero he percibido una conexión enseguida. Si os parece mal, lo siento por vosotras. Os ruego que por esta noche me dejéis ser feliz, y pensar que él también ha sentido ese flechazo al verme.Y Marta, yo también te quiero, a ti y a todas.

Menos mal que esto parece que ya está tomando otra dirección, porque me siento un poco culpable por todo lo ocurrido en el bar. No porque Lina no pueda ligar con quien quiera, más bien por el hecho de haberle hablado a Luis de la forma que lo he hecho sobre Lina, quizás sin quererlo, le he dado una impresión sobre ella que no debía.

—De acuerdo, Lina. Tienes razón, tienes derecho a equivocarte. Nosotras ya te hemos explicado lo sucedido. Ojalá aciertes, así siempre recordarás que te enamoraste en mi cumpleaños.

—¡Sí, qué bonita coincidencia para un futuro! Así las dos tendremos algo que celebrar en esta fecha. Por cierto, yo diría que no soy la única y que a lo mejor seremos tres para festejar en esta época. ¿Tú qué opinas, Noelia? Se te ha olvidado contarnos tu historia con Ezequiel.

—Os la cuento en un momento. Entremos a pasear a este parque, el Parque de Cervantes, ya que nos lo hemos encontrado a nuestro

paso, podemos aprovechar que tiene bancos y sentarnos para este menester.

Antes de entrar, nos ha contado Noelia que hacen concurso de rosas, y que por eso hay tantos rosales y están tan bien cuidados. Resulta que el evento es en dos semanas y ya hay gente por allí oliéndolas y admirándolas.

Le voy a decir a Jaime, que vengamos a pasar ese día a Barcelona y enseñarle algunas de las cosas que he visto y veré. Por lo menos por hacer algo diferente, que estoy harta de pasar todos los domingos en casa porque a él no le apetece salir ni hacer nada. A mí se me está empezando a hacer muy monótono ese día de la semana. Del trabajo a casa y de casa al trabajo de lunes a sábado, para luego el último día también pasarlo en casa, no es mi plan favorito.

Marta chasquea los dedos delante de mi cara, y eso me hace ver que hemos andado un buen trozo sin percatarme, porque estaba en mi mundo, y que las demás ya se están sentando en un par de bancos que están juntos. Entonces recupero el interés y le insisto a Noelia para que nos cuente de una vez la historia.

—Ay, chicas, qué queréis que os diga. Me gusta mucho y creo que yo también a él, pero es tan correcto, tan educado, tan…

—Se os nota mucho que hay una tensión sexual no resuelta, eso salta a la vista —le dice Emma.

—Pues ojalá se resuelva, porque yo estoy deseándolo.

—No, si al final mi cumpleaños se va a convertir en el crucero del amor, pero sin barco. Nos tienes que explicar con detalles desde cuándo lo conoces y si ha pasado ya algo entre vosotros.

—Vale, en vista de lo tarde que se ha hecho ya, no podemos ir de compras. Mejor vamos al restaurante que tenía reservado, y mientras comemos, os lo termino de explicar.

Hemos ido en metro esta vez. Me ha hecho mucha ilusión. Lo hacía con mi madre después de la muerte de mi padre, cuando íbamos a visitar a mi tía Rosa a Hospitlalet. Me ha encantado volver a bajar en las escaleras mecánicas, sentir esa duda de si dar el paso a subir a ese escalón que se está acercando a tus pies o al siguiente. Notar ese calor que solo hace en esos pasillos largos y abovedados, y que

se incrementa cuando llegas al andén donde tienes que esperar. Ver las paredes enlosadas en blanco, pintadas con grafitis e insultos hechos con rotulador, algunos medio borrados ya por el paso del tiempo, o por el personal de limpieza que, aburridos ya, los dejan perennes. Ha sido una gozada para mi memoria el subirnos al vagón y quedarme de pie, cogida a la barra circular, para observar a la gente tan diferente que va subiendo y bajando.

Enseguida hemos llegado. Nos sentamos y mientras esperamos a que llegue la comida, empezamos la conversación.

—Pues veréis, cuando orquestamos toda la movida para el cumpleaños de Íngrid, yo empecé a buscar hoteles. No tenía una idea muy clara de lo que buscaba, pero sí tenía muy claro lo que no quería —y Noelia se retira el pelo de la cara y se lo pone detrás de las orejas—. Cuando llegué al Luxcomfort ya había visitado un par más. Ezequiel estaba en la recepción, levantó la mirada, sonrió y le dijo a la chica que ya se ocupaba él. Se presentó y me estrechó la mano suavemente —ahora se acaricia la cara, cierra los ojos y se le dibuja una sonrisa—. Le expliqué lo que buscaba y se ofreció a enseñarme todo el complejo, incluidas las habitaciones y los extras del hotel.

Total, que yo no podía dejar de escucharlo y mirarlo embelesada. Os juro que intenté disimularlo, pero esos ojos que tiene me atraparon. Y su voz, —ummm, se relame— su voz, es serena y segura, da la sensación de que amanse a las fieras. Finalizó la visita y le dije que ya le contestaría, pero él no sé rindió, insistió en invitarme a comer en el hotel para aclarar las posibles dudas que me pudieran quedar.

—Está claro que le has gustado desde el primer momento —le digo.

—Eso quiero pensar. Cómo era mediodía y tenía que comer en algún sitio, acepté. No tenía nada que perder. En la comida, la conversación giró en torno a nosotros más que nada. Al cabo de media hora era como si nos conociéramos de mucho tiempo atrás. Había una química especial entre los dos.

—Parece una película de esas que dan los sábados por la tarde en la tele, pero, Noelia, no lo digo con malicia, te lo juro, te lo digo porque parece muy romántica —la interrumpe Emma.

—Te lo acepto y sigo contando. Así que le dije que me había convencido, que ya no miraba más opciones. Se alegró tanto que su cara habló más que sus palabras. Para despedirnos me acompañó hasta el parking donde había dejado el coche, me dio su tarjeta personal, con su nombre y teléfono, y yo hice lo mismo.

—Qué profesionales los dos, je,je —le digo.

—Calla, Íngrid, que viene lo mejor. Le tendí la mano y mientras me la estrechaba me dijo textualmente: Noelia, me has alegrado el día. Ha sido un placer conocerte y estoy deseando que vuelvas con tus amigas para volverte a ver.

Hace tiempo que no veíamos los ojos tan brillantes a nuestra amiga.

—¿Y tú qué le dijiste? —pregunta Emma.

—Que el placer había sido mío. Y que también estaba deseando volver.

—¡Toma ya! —exclama Lina.

—No nos hemos vuelto a ver, hasta anoche, cuando llegamos. Pero, desde el día siguiente a nuestro primer encuentro empezó a desearme buenas noches y preguntarme cómo me había ido el día. Como de esto hace ya tres meses, cada vez hemos ido hablando más, hasta tener conversaciones larguísimas. Esta mañana me dijo que estaría en una reunión, pero que esperaba poder verme en algún momento para saber qué tal iba todo y disfrutar de mi compañía, aunque fuera un ratito.

—Está claro que aquí hay temita. Tienes que invitarle esta noche al garito al que nos va a llevar Luis —le propongo.

—Pero esto no es lo que yo tenía pensado para ti, Íngrid. Es la celebración de tu cumpleaños y no un concurso de «En busca del amor perdido».

—Ya, cariño, pero a veces los planes nos cambian la vida, o la vida nos cambia los planes, tú lo sabes mejor que nadie. Así que, si de esta aventura vuelves con novio, amante o una noche loca, pues eso que te llevas y que no sea por mí que dejes pasar esta ocasión.

—Gracias, Íngrid. De todas formas, os diré que esto, sí pasa, solo será esta noche. Mañana tengo todo el día montado para nosotras —aclara ella.

—A mí me parece perfecto. Total, yo solo necesito treinta minutos más para saber si Luis solo va a ser un simple ligue o algo más. Entonces, ahora que ya hemos comido, ¿qué hacemos? —pregunta Lina.

Y teniendo en cuenta el sueño y los restos de resaca que algunas tienen, hemos llegado por consenso a la conclusión de que lo que más falta nos hace es echarnos una siesta.

Cogimos dos taxis hasta el hotel y dormimos más de dos horas, que nos supieron a gloria.

Noelia no subió a la habitación con nosotras, tardó un rato más, tenía que intentar localizar a Ezequiel y proponerle si se quería unir al programa nocturno que se había improvisado en el bar de Luis.

Yo caí redonda en la cama. Aunque antes de dormir dediqué unos minutos a recordar todo lo que habíamos vivido hasta el momento. Mi cumpleaños estaba siendo un regalazo, rodeada de amigas, cariño y risas. Y de alguna bronca, para que hubiera de todo.

CAPÍTULO 10

Nos hemos ido despertando y vamos en silencio hacia el sofá de las reuniones, así lo hemos bautizado. En poco tiempo estábamos todas allí, y Marta con la cantinela de que dos horas más de siesta no nos hubieran hecho daño. Yo le he regañado, diciéndole que somos jóvenes y que la cabeza le duele por la resaca que arrastra de ayer y que aún tiene alcohol corriendo por sus venas. Parece que se ha ofendido un poco, y nos ha jurado a todas que esta noche alternará bebidas alcohólicas con otras sin, para así emborracharse la mitad y ser la mitad de cabrona. Nos hemos reído un buen rato, a la par que ella.

Noelia nos ha contado que Ezequiel también vendrá y que ella va a ser comedida en todo.

—Salir de fiesta no es dar un espectáculo de cincuentonas cachondas, como pensaba Beltrán —nos dice.

Y Marta, como no se puede callar, le ha soltado: «Tú lo que quieres es pasar más desapercibida que un peo en un jacuzzi, reina».

Ahora las risas son carcajadas con lágrimas incluidas. Estos momentos, sean por una burrada de Marta o por algún otro motivo, son los que no se olvidan. Los nuevos recuerdos que quiero crear en mi mente espero que sean así.

—Bueno, chicas, que se nos echa el tiempo encima. Quién se quiera dar una duchita rápida tiene diez minutos. No os lavéis el pelo, que tengo hora pedida en la peluquería del hotel. Nos peinarán y maquillarán. Vamos a ver qué tal quedamos —nos informa Noelia.

Después de casi dos horas en el salón de belleza, nos vemos las unas a las otras y comprobamos que nos han dejado fantásticas. Cómo se nota cuando lo hacen profesionales. En cuanto al maquillaje, no vamos como puertas, como diría Mireia. Se nos ve un cutis luminoso, pero sin brillos. Nos han disimulado imperfecciones y han usado pigmentos acordes al tono de nuestra piel, además, han tenido en cuenta los colores de la ropa que llevaremos después, ya que nos lo han preguntado. Les estamos muy agradecidas a todo el equipo y así se lo hemos hecho saber.

Hemos esperado a estar todas listas para volver a la habitación a

vestirnos.

Marta está eufórica y nos hace que le hagamos fotos con su móvil para cambiarse la que tiene de perfil, y yo, viéndolas a todas tan contentas, les propongo que a la vuelta hagamos un curso de automaquillaje en la tienda de mi amiga Eva. Pienso que puede ser interesante y muy divertido, y todas han dicho que sí.

Me estoy imaginando a Marta llena de chorreones y riéndose de ella misma, como aquella vez con diecisiete años, que fui a su casa a maquillarla para ir a la discoteca y no le gustó. Se frotó muchísimo con una toalla que era tan áspera como una piedra pómez, y acabó con la cara rojísima, como si hubiera cogido una insolación. Le dio por reír, menos mal. Sonrío solo de acordarme y de pensar en lo que puede convertirse ese curso.

Mi sorpresa es que, creo que me ha leído el pensamiento.

—Íngrid, ¿A que te estás acordando del día de la dichosa toalla y mi cara de guiri achicharrao?

—Lo has adivinado. Tú fuiste la inventora de los peelings y encima sin patentarlo— le contesto sonriendo.

Aquel día todas se sorprendieron al ver a Marta con la cara así, pero no le dimos mucha importancia porque ella misma no lo hacía. Pero nos la jugó bien. Ella se quedó en los asientos y le decía a cualquiera que le pedía ir a bailar o tomar algo, que estaba con unas amigas, que la habían sacado del hospital mientras esperaba el resultado de unas pruebas para saber si tenía una enfermedad contagiosa, y que por eso tenía así la cara. No sabemos si la creyeron o no, o si en realidad les decía cosas peores porque nos quedamos casi solas en la pista y ella se reía como una posesa. Nos lo contó cuando salimos de la discoteca y las risas inundaron la acera por donde caminábamos.

Después de cenar iniciamos la marcha hacia el lugar de encuentro acordado esta mañana.

—¿Qué tal vas, Lina? ¿Preparada para el reencuentro? —le pregunto para comprobar su estado de nervios.

—Sí, por supuesto, preparadísima. Llevo el colgante de rubí rojo que es la piedra del amor y la pasión. Este siempre funciona — contesta agarrándolo y dándole un beso a la piedra.

—Llevarás también unas bragas bonitas por si acaso, ¿no? Que las tuyas suelen ser de cuello alto —le dice la guasona de Marta.

—Son así porque son las más cómodas. Y de algodón, que es lo más natural y beneficioso para esa zona, que lo sepáis todas.

—Ya, pero donde esté un chichi con un precioso envoltorio, no me lo irás a comparar a cómo queda con unas bragas de color carne de las tuyas, que esas provocan un gatillazo, seguro —le dice bromeando Emma.

—Pues hoy, y sin que sirva de precedente, el envoltorio es muy bonito. Llevo un conjunto muy sexy. Pero me lo he puesto para mí, para disfrutarlo yo, porque aún es muy pronto y no es Navidad para que él desenvuelva regalitos —nos dice ella.

—Pues no sé el tiempo que hace que nadie te abre un regalito, que puede que sea nada y menos, pero, de todas formas, disfruta el momento —le digo.

—Di que sí y pégate una buena corri…

—Vale, vale, no sigas, Marta, que me estáis poniendo muy nerviosa. Lo que tenga que pasar pasará, el destino será el culpable de mi felicidad o de mi «despicha» —se ríe sola, por lo que acaba de decirnos—. Pero tengo claro que no va a ser hoy.

Llegamos a la famosa escultura de *La diosa*, y allí está él, esperándonos a todas, pero sobre todo a Lina.

—¡Pero chicas! ¡Qué guapas estáis! —nos dice al acercarse.

Nos da dos besos a todas y a Lina además le da un abrazo y le susurra al oído: La diosa de esta plaza eres tú y no la escultura.

Hay que decir que ha sido un susurro alto, o puede ser, que todas hayamos puesto la oreja en fase radar.

—¡Qué bonito! Y lo que me has dicho también.

Todas sonreímos, pero él pone cara de analizar la frase.

—Luego te lo explico, Luis —le contesta ella.

—*OK*, os voy a llevar a un sitio que no está muy lejos de aquí. Andando son unos quince minutos o si preferís buscamos transporte.

—Vamos caminando, que a mí me han traído aquí para ver Barcelona y es lo que me apetece, callejear.

—De acuerdo, entonces yo iré de avanzadilla con Lina y nos seguís, ¿vale? —nos dice él, emocionado. Y la coge de la mano para empezar la marcha. Ella se sorprende y se le escapa un ¡UY!, pero se deja llevar y no se suelta.

—¡Lina! ¿Dónde dices que venden esos colgantes? ¡Es para comprarme tres o cuatro! —le grita Marta.

Y todas reímos durante un momento.

Vamos tras ellos, pero dejando una cierta distancia. No queremos incomodarlos ni que parezca que queremos escuchar su conversación.

Barcelona tiene un encanto especial a todas horas. Voy observando detalles que me gustan mucho. Las farolas son de hierro forjado y ornamentadas, con esa luz que alumbra poco, pero lo suficiente para sentir calidez en el camino. Me recuerda a películas antiguas y contrasta con la gente que veo caminar, que puede ser de cualquier parte del mundo, y me encanta fijarme en como visten. Te encuentras gente elegante, extravagante, moderna, hippie, bohemios, algunos que mezclan un poco de todo a la vez, es increíble ver tanta variedad.

—Veo que estás muy observadora, Íngrid —me dice Emma—. Seguro que ahora que conocerás un poco esta ciudad, convencerás a Jaime y a Mireia para venir algún domingo y enseñarles lo que más te haya gustado.

—A ver si es verdad, porque en ese aspecto es un soso —le contesto.

—Menos mal que en otros no, ¿eh, pillina? —me replica ella, con cara traviesa y guiñándome un ojo.

—Pues no, en otros te aseguro que no lo es. No siempre todo es idílico, claro está, que también tenemos nuestros rifirrafes, pero de momento nos complementamos muy bien. Para mí, os digo, que es el amor de mi vida. A ver, ¿quién puede decir eso tras veintidós años de matrimonio y ocho de novios? —le digo orgullosa.

—¡Anda ya, cursi! Pero si eso no existe. El hombre ideal, bah… Eso es solo durante un tiempo, luego cambia y se va todo al garete —interviene Marta.

—Ya sé que suena ñoño, pero es que es así —le aseguro.

—¿Entiendes ahora por qué os dije antes que os envidio? El dinero no da la felicidad, eso está clarísimo —dice Noelia.

—Bueno, en cierto modo sí la da. Si no fuese por ti no estaríamos aquí estos días. Y seguramente tú, en otros momentos, gozas de cosas que las demás no nos podemos permitir, ahí tienes la diferencia —le debate Marta.

—¿Y de qué me sirve? Puede que vaya a restaurantes estupendos, que tenga ropa de marcas, que pueda hacer unas vacaciones de lujo, ¿pero sabéis qué? Que prefiero mil veces colarme unos días en las vuestras, como siempre hago. Ocultando cada día el pensamiento que me machaca por las noches, de que os he obligado a acogerme por compasión.

—¡Ehh, para! —le grito yo, me ha enfadado eso que ha dicho.

—¡Déjame acabar! —me grita más fuerte ella, y me quedo blanca —. Cuando llego a casa, ¿quién me espera? Nadie. Marta por lo menos tiene sobrinos y mucha familia —y la señala— además le espera su perro, pero yo tengo tan mala suerte que soy alérgica a casi todos los animales de compañía. Lina —y alarga el brazo para señalarla tambien— tiene sus gatos y además tiene sobrinos y una hermana. Emma y tú, casadas, con hijos, familia. En fin, que la soledad y el pasado son muy mala combinación, no os lo podéis imaginar. Cambiaría mi vida por cualquiera de las vuestras, os lo juro. —En esto último que ha dicho, las palabras parecían tener peso. Estamos todas compungidas.

—Ostras, Noelia, lo siento mucho. Primero de todo, quiero decirte que ni en sueños tú molestas en nuestras vacaciones. Estamos deseando que vengas, creía que lo sabías y que así te lo demostrábamos. Me sabe muy mal que pienses eso. A partir de ahora mismo te ordeno que te lo quites de la cabeza —le digo.

—No es tan fácil, Íngrid.

—Mireia solo hace que preguntar, ¿cuándo viene la tata Noe? Porque te llama así y te quiere igual o más que a sus tías, se lo pasa genial contigo y nosotros también. Eres una más de la familia entre nosotros. ¿Cómo puedes dudarlo?

—Gracias por lo que me acabas de decir. Como no la voy a sentir como una sobrina, para mí todas sois la familia que por desgracia no

tengo.

Y Marta y Emma le han echado la bronca igualmente y convencido de que está muy equivocada en sus pensamientos.

—Madre mía, y tú como las almorranas, sufriendo en silencio —le dice Marta para quitar un poco de seriedad a lo que acaba de pasar.

Lina y Luis de repente se paran, se dan la vuelta hacia nosotras y Lina se acerca.

—Chicas, que, aunque esté por delante y vaya de la mano hablando con Luis, os he oído, ya que le he pedido silencio para hacerlo. Solo tengo que añadir a lo que han dicho, que en realidad eres más rica en amor que en dinero, por mucho que tengas, y ni siquiera lo sabías. Y ya es hora de que lo aumentes, no el dinero, sino el amor. Y no con más amigas, si no con una persona que haga que no te sientas sola nunca más. Para eso tienes que estar predispuesta y dejar fluir tus sentimientos, sin miedos ni reparos, ¿estamos?

—De acuerdo, Lina —le responde ella.

Ahora es Luis el que se nos acerca.

—Ojalá este año yo esté con Lina en verano y pueda disfrutar de unos días juntos —nos dice.

—Pues es muy probable. No quiero decir nada más. —Y se pone roja de vergüenza por la declaración de intenciones que acaba de admitir.

Luis se ha sorprendido a la vez que alegrado, y entonces, la ha cogido del brazo, se la ha puesto de cara a él, y le ha dado un suave beso en los labios. Luego se han separado y sonreído, mirando hacia nosotras para ver nuestra reacción.

—¡Quítate ese colgante ahora mismo y pónmelo a mí, o te corto el cuello! —le ordena Marta a grito pelao. Y las demás lo único que hacemos es reírnos por lo que acaba de pedirle Marta, y mirarlos con ternura.

— Estoy un poco mareada, debe ser la subida de adrenalina —dice Lina al separarse un poco de Luis.

—¡El colgante o la vida he dicho! —reclama otra vez Marta haciendo con los dedos como si la apuntara con una pistola.

—Cariño, pero si siempre os digo que las piedras son personales e

intransferibles. No es bueno ni que otras personas las toquen —le aclara Lina.

—¡Mierda! No me acordaba —se queja Marta y se tira de los pelos, sabiendo que eso nos va a hacer reír más.

CAPÍTULO 11

A lo tonto a lo tonto, hemos llegado al sitio. Está en la calle Consell de Cent. Tiene varias puertas oscuras, pero lo compensa con un letrero azul muy bien iluminado. Nos ha gustado mucho por lo que pone en un cartel en la puerta de entrada: «Cervezas, cócteles y licores. Aquí cada copa es una historia. ¡Entra y diviértete!».

Noelia le ha enviado a Ezequiel la ubicación de la coctelería donde estamos. Está nerviosa e ilusionada. Y a mí me encanta verla así. Se merece que le pasen cosas buenas, porque malas ya le pasaron bastantes. Todavía pienso en su difunto marido y en el día en que me tiró los trastos. El muy cabrito, después, ante mi cara de sorpresa y rechazo, me dijo que todo era una broma, pero que había notado que yo lo miraba demasiado, y me estaba poniendo a prueba para ver si le sería infiel a Jaime. Le dije que era un cerdo y estuve mucho tiempo sin hablarle, disimulando, sin que nadie lo notara. También le dije que prefería no contar su proposición a nadie, porque estas cosas siempre acaban mal y hubiéramos salido perdiendo su mujer y yo. Estoy segura que nuestra amistad hubiera quedado tocada. Con el tiempo me di cuenta de que no era una broma, quedó claro que él era un mujeriego.

—¿Nos sentamos? —pregunta Lina, devolviéndome al lugar donde estamos.

Decidimos descansar un rato después de la caminata, que al final ha sido de veinticinco minutos.

El lugar tiene su encanto, las sillas, mesas, incluso la barra, son de madera blanca decapada y todos los asientos están forrados en terciopelo negro. Al fondo hay una pista de baile, no muy grande, donde la claridad es un poco más tenue y hay gente bailando. La música no está muy alta y suenan canciones reconocibles de todos los tiempos. Hay otras personas que están de pie en la barra, hablando mientras beben. Y otras, como nosotros, sentadas, con sus bebidas y conversaciones. Todas estas risas, charlas, y tarareos de canciones, forman un barullo agradable que echaba de menos sin saberlo.

Luis nos pasa la carta de cócteles y se ofrece a traernos la primera

copa y Lina lo acompaña porque duda de que pueda con todo. Al traer las bebidas, Lina viene emocionada.

—Chicas, Luis conoce a la camarera. Se llama Pepa y es simpatiquísima. Me la ha presentado y nos ha invitado a todos los cócteles. Le he dicho que si hace un descanso, venga un rato aquí para sentarse con nosotros y presentarle a mis amigas.

—Muy bien, Lina, así me gusta. Hay que hacer amigos siempre que se pueda y donde sea. Esa es mi filosofía de vida. No siempre serán amistades para toda la vida, aunque nunca se sabe, pero es mejor tener más amigos que enemigos, ¿no? —le digo.

—Por supuesto, querida Íngrid, te doy toda la razón —contesta ella.

De repente, veo que a Noelia le cambia la cara de golpe. No nos hemos dado cuenta y ya tenemos aquí al lado a Ezequiel.

Nos saluda a todas con dos besos y le estrecha la mano a Luis, presentándose. No me extraña que le guste a Noelia, está imponente. Viste con una camisa de manga larga en color caqui, a juego con sus ojos, y un pantalón de color beige con un cinturon de piel marrón trenzado, a juego con los zapatos, que son del mismo color.

—Esta noche olvidaos de que soy el gerente serio del hotel donde os alojáis, por favor. Tratadme como a un amigo al que estáis conociendo. Vengo a pasarlo bien con vosotros y disfrutar de vuestra compañía. Voy a por una bebida, ¿alguien quiere otra?

—Sí, yo quiero otro Margarita, y te acompaño —le dice Noelia— cosa que le va bien, como antes a Luis, porque todos hemos pedido una segunda bebida.

Cuando regresan, traen los dos una sonrisa de oreja a oreja. A saber qué habrá pasado mientras esperaban en la barra.

Les hablamos de nosotras, contándoles cómo nos conocimos, nuestras movidas en el instituto, nuestras anécdotas más divertidas, incluso la que no, la más fuerte, que fue cuando el instituto organizó una excursión de fin de semana para celebrar su treinta aniversario. Lina y yo nos ensuciamos de barro, participando en una carrera de sacos, y nos caímos en el único charco que había en la trayectoria, así que fuimos al aseo de nuestra habitación para bañarnos. Antes, eran más comunes las bañeras que los platos de ducha, y suerte que

era una habitación compartida por todas nosotras, en las que había literas, porque nadie se dio cuenta de nuestra ausencia al estar celebrando juegos al aire libre. No fue hasta que Marta vino a buscar una compresa para cambiarse al dichoso lavabo que nos encontró desmayadas en el suelo, con espuma en la boca, Lina con el albornoz puesto y yo sin el pantalón, porque me estaba desvistiendo para ser la siguiente en bañarme. Según nos contó, se pensó que le estábamos gastando una broma usando pasta de dientes. Nos tiró un vaso de agua en la cara y al ver que no reaccionábamos nos movió, sin resultado. Le faltaron piernas para ir a pedir auxilio. Resultó ser una mala combustión de la caldera, y si Marta no nos llega a encontrar hubiéramos tenido lo que se conoce como «la muerte dulce». Nos cogieron en volandas y nos llevaron al hospital que estaba a unos cinco minutos en coche. Estuvimos en máquinas despresurizadoras durante unos días… Nosotras no tenemos recuerdos de todo, pero nuestros padres y amigos sí, y sufrieron mucho.

Después hemos pasado a temas más divertidos, hablando de noches locas donde bailábamos hasta el cierre de la discoteca. En fin, una mirada atrás hasta situarnos en el presente.

—¡Ay, madre mía! Historias de juventud. ¡Qué tiempos aquellos! —me sale del alma.

Y tal como he dicho la frase, me he quedado callada. Yo misma la he repetido en silencio, «historias de juventud, historias de juventud». He entrado en un bucle mental, mientras sigo con la frase en mi cabeza, a la vez que pienso en otras cosas. No sabía que esto se podía hacer. ¿Habré desarrollado un superpoder a los cincuenta? Acabo de distorsionar el tiempo sin saber en qué realidad vivo. Asumo toda mi vida en unos minutos. Estoy paralizada.

Un chasquido de dedos delante de la cara me devuelve a la realidad.

—¡Íngrid! ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —Es Emma la que se ha dado cuenta.

—Eh, sí, sí, estoy bien. Es que se me ha ido la pinza un momento. No sé, estaba… como en otra dimensión —les digo temerosa.

—¡Ostras! Eso nos lo tienes que explicar. No te preocupes, que yo

te ayudo a desengranar la psique. ¿En qué pensabas? —me pregunta Lina.

—A ver si me puedo explicar, me ha pasado algo rarísimo.

Al estar hablando de tantas cosas que hemos hecho juntas, mi mente se ha dado cuenta de que he vivido demasiado, quizás más de lo que me toca por años. Como si mi pasado quedase mucho más lejano de lo que lo está en verdad. Al mismo tiempo he pensado que hace nada tenía veinte años, como si el tiempo hubiese volado. Es decir, totalmente contradictoria mi primera reflexión con la segunda. Han venido a mi cabeza un montón de imágenes antiguas, de muchos años atrás y acto seguido me he quedado en blanco, creo que he cortocircuitado.

Es que me ha dado hasta miedo, porque esto pasa en un cierto momento de la vida, justo antes de perderla, ¿no?

—No mujer, tú has tenido un brote de nostalgia y ha sido tan fuerte que por eso han acudido a tu mente las imágenes. Te ha dado miedo porque ahora sí eres consciente de la edad que tienes y eso no te ha gustado tanto. Puede que tu cerebro no esté de acuerdo con ello y por eso te has quedado en blanco. Tu infancia fue intensa, por eso te parece más lejana. Por otro lado, es verdad que parece que fue ayer que éramos todas unas adolescentes, así que es lógico que te sientas más joven. Tu conducta es lo que cuenta y es más joven que lo que pone en tu carnet de identidad. Así que, amiga mía, acepta tu edad, tu experiencia, pero no cambies tu actitud, jamás, porque esa te define y además nos encanta.

Luis mira a Lina embobado, y todos los demás estamos asintiendo con la cabeza dándole la razón a la interlocutora.

—Gracias, Lina. Tu veredicto ha sido muy coherente, pero ¿será esto lo que llaman la crisis de los cincuenta?

—¡Qué va! Tú no has tenido una crisis, solo ha sido un lapsus. Y no le des más vueltas —me dice Noelia.

—Pues mira, a la porra con las crisis y los lapsus. Mi actitud y yo proponemos un brindis.

—¿Ves, como vas por buen camino? ¡Esa es mi Ígrid! —dice Emma.

—¿Te das cuenta, Ezequiel? Hemos conocido a unas mujeres

fantásticas —le dice Luis.

—Por supuesto, Luis. Nos están dando una lección de vida y amistad. Esto no se ve todos los días.

—Vale, vale, antes de que nos sigáis adorando la píldora. Íngrid, ¿cuál es tu brindis? —pregunta Marta.

Levanto mi copa y grito:

—¡POR LOS CINCUENTA Y TAN CONTENTA!

Los demás brindan conmigo y repiten la frase, chocamos las copas y vasos, bebemos y aplaudimos.

El caso es que todo el mundo ha escuchado el brindis porque sonaba una canción que estaba finalizando y en ese momento bajaba el volumen.

Los clientes que estaban sentados en grupos como nosotros se han girado y han brindado al momento con el mismo grito de guerra, o parecido, mirando hacia aquí. Estamos perplejos. Sí que era cierto lo de buen ambiente que ponía el cartel de la entrada, pero no pensaba que tanto. Ha parecido que estuviéramos en una película musical, donde sí que pasan estas cosas.

Después de los dos cócteles y animados por el buen rollo que se respira, hemos salido a bailar. Cantamos las canciones que sabemos, tarareamos las que conocemos y nos inventamos las que ignoramos. Lo estamos pasando muy bien.

Un rock and roll empieza a oírse y nuestras amigas y sus parejitas lo bailan cogidos de la mano y a buen ritmo. Nos sorprende Ezequiel, porque no es tan serio ni tímido como pensaba Noelia. Bailan y se acercan el uno al otro, se miran como seguramente hace tiempo que no les mira nadie. Se les nota mucho que tienen ganas de algo que no van a hacer en público; su primer beso. Sus miradas lo dicen todo, pero Noelia no se atrevería y creo que él tampoco, o ya se lo hubiese dado. Ella siempre nos ha dicho que el primero es el más especial y por lo tanto requiere de intimidad absoluta.

Mientras bailan, ha habido un momento en que ella nos ha buscado con la mirada. Le hemos sonreído y levantado el pulgar hacia arriba, para que sepa que nos alegramos de verla tan feliz.

Sin embargo, en ese mismo rock, no ocurre lo mismo con Lina, porque Luis ha aprovechado un giro del baile para atraerla hacia él,

sostenerla por la cintura y darle un beso de película, al cual ella ha colaborado encantada. Después se han abrazado y acto seguido Lina ha venido hacia nosotras, una a una, para decirnos que sus treinta minutos han sido los más eficaces de su vida, y que tiene claro que Luis va a ser mucho más que un ligue.

El cansancio nos ha ido llegando de forma gradual y hemos vuelto a los asientos de la misma forma, dejando a las dos nuevas parejas en la pista. Están más entusiasmados que nosotras, así que tienen más adrenalina en sus cuerpos, y por lo tanto, más aguante.

—No es por nada, pero son casi las cuatro de la madrugada, tengo algo de sueño —nos dice Emma.

—Son las tres y cuarto, exagerada, pero admito que yo también estoy reventada —contesta Marta.

—Pues será cuestión de irnos. ¿Les decimos algo a las bailarinas o las dejamos disfrutar un rato más? Supongo que se vendrán para el hotel, con o sin compañía —les digo.

—Quién sabe. Además de besarse, cuchichean y se dicen cosas al oído mientras bailan. Me han recordado a mí, cuando no era una amargada y estaba en mi buena época con mi ex.

—Marta, pero tú no eres una amargada. Lo que tienes es mucha personalidad. ¿A veces tienes un carácter especial? Pues sí, pero de ahí a ser una amargada hay mucho trecho —le digo.

—Sí, ya, ya... eso parece. Aunque en el fondo me pasa como a Noelia, pero a lo pobre. Cuando llego a casa el único que me espera es mi perro. Que lo quiero con todo el alma y me da mucha compañía y lo que tú quieras, pero yo quisiera estar estresada por tener que hacer comidas y cenas para niños, por tener que llevarlos al cole a regañadientes porque tienen sueño, por discutir cuando son adolescentes y sobre todo por tener a alguien con quien compartir todo eso. ¡Ah! Se me olvidaba, y por las noches tenerlo en mi cama, para dormir y follar. ¡Ale, ya lo he dicho! Sí, para follar. Hecho mucho de menos el sexo. Y sobre todo los besos, los abrazos, las caricias, el piel a piel. Sé que no necesito a un hombre para ser feliz en mi vida, como dice Lina, pero eso no quita que quiera todo lo otro, porque yo lo otro no lo he experimentado jamás.

—Nunca nos habías dicho nada de esto y hoy te has abierto como

un libro.

—Sí, Íngrid. Hace mucho tiempo que lo quería compartir con vosotras y no sabía cómo hacerlo. Y mira sin pensarlo, va y me sale ahora. Me tenía que haber callado.

—De eso nada, has hecho bien, más vale tarde que nunca. Recuerda lo que le ha dicho Lina a Íngrid. Tienes que estar predispuesta a que te ocurran cosas y dejarte fluir.

—Emma, yo ya soy un caso perdido. Me he vuelto arisca. Me rompieron el corazón una vez, y aunque siempre he aparentado fortaleza, solo ha sido una coraza. Mi divorcio me destrozó y me lo tragué, nunca se lo había contado a nadie, hasta hoy. Y lo de ser madre… uff —resopla—. Para qué vamos a hablar del arroz.

—¡Jolín, Marta! Qué fuerte me parece ¿Pero para qué están las amigas? ¿Por qué te lo has callado todo este tiempo?

—Pues no sé, Íngrid. Hacía poco que había pasado lo de Noelia y comparado conmigo, lo mío era una nimiedad, como una mota de polvo en un ojo. Estábamos todas apoyándola y centradas en ella, como para tener que preocuparos por mí también. Además, cuando me preguntabais cómo estaba, os mentía, y cuando llegaba a casa me derrumbaba. Al día siguiente, lavado de cara y vuelta a actuar.

—Pues que te den un Óscar, chica, porque nadie se dio cuenta —le dice Emma sin poder creérselo.

—Y que lo digas. Lo siento muchísimo y te pido perdón por la parte que nos toca, porque veo que Emma está tan sorprendida como yo.

—Emma, Íngrid, tranquilas. No hay nada que perdonar. Fui yo la que se calló y no lo soltó, ahora me arrepiento. Creo que teníais capacidad para ayudar a dos amigas en vez de a una sola.

—Marta, cariño, acabas de dar un gran paso al contarlo. Ya hace unos cuantos años de tu divorcio, ¿no crees que ya has pasado bastante duelo? Si no lo has conseguido tendrías que buscar la ayuda de un profesional —le dice Emma.

—Tienes que olvidar el pasado. Él ha rehecho su vida, tú tienes que hacer lo mismo. Y siempre nos tendrás a nosotras. Por favor, no vuelvas a callarte algo así. La mochila cuantas menos piedras mejor, y si es posible, hay que vaciarla entera.

—Por lo menos he sacado una roca de esa mochila. Gracias, amigas

mías.

Y nos fundimos en un abrazo.

—Y os tengo que pedir una cosa. Por favor, no les contéis nada de esto a ellas. Dejadlas disfrutar del principio de sus romances. Yo se lo contaré más adelante, os lo prometo.

—Como quieras. Es tu decisión y nosotras la aceptamos, ¿verdad, Íngrid?

—Por supuesto. Si es lo que tú quieres, así será.

—Sí, ya está siendo todo muy intenso como para añadir más tensión. No vamos a dejar que se te olvide tu cumpleaños, Íngrid, unas por una cosa y otras por otra, como para no acordarte. No sé si nos estamos portando bien contigo. Te pido perdón, esto no tendría que haberlo contado esta semana, no era el momento adecuado.

—¡Marta! Eso no lo digas ni en broma. Por suerte ya has dado un primer paso y mejor hoy que mañana. Por supuesto que os estáis portando bien conmigo. Todas estas circunstancias harán que sea memorable y especial. ¿Si no qué, sin alicientes, ni historias para la posteridad? Y a saber qué más ocurrirá, esto no ha acabado aún.

En ese momento llegan los cuatro de golpe, riendo y charlando entre ellos.

Nosotras tres estamos un poco de capa caída, el cansancio está haciendo mella en nosotras. Lina nos lo ha notado y ha propuesto irnos ya al hotel, y Emma un poco confusa ha preguntado cómo lo vamos a hacer, a lo que Noelia le ha respondido que tiene que llamar a una furgo-taxi para nosotras, porque así cabemos todas, y que ha sido una idea de Ezequiel, y a otro para ellos dos, que compartirán el mismo.

Hemos estado diez minutos sentados esperando dentro del local, y Ezequiel y Luis se han pronunciado.

—Chicas, ha sido un placer pasar esta noche con vosotras. Bueno, he pasado mucho más rato con Lina, por motivos obvios, pero quiero que sepáis que me lo he pasado genial con todas y que por supuesto no será la última vez que nos veamos, eso tenedlo claro. Pero sí de esta semana, así me lo ha pedido Lina. Me caéis genial y espero veros muy pronto.

—A mí me pasa igual, aunque nosotros sí que nos veremos por el

hotel, claro está. Pero os dejo tranquilas a todas, bueno a todas no, porque aquí hay alguien que tiene la culpa de que quiera conocer vuestra ciudad. La próxima semana seguro que nos vemos por allí.

A Noelia se le ha iluminado la cara, la mirada y hasta el corazón. Está callada y feliz mientras lo oye hablar.

—Me ha dicho, literalmente, que a partir de ahora y hasta que os marchéis del hotel, nuestra relación seguirá siendo por WhatsApp, no quiere que nadie del hotel se entere, por si esto me acarrea problemas. Ya le he asegurado que no, pero bueno, le haré caso. Lo más importante es que quiere pasar estos días con vosotras como estaba programado.

—Si, igual que Lina. No sé si se habrán puesto de acuerdo. Ni tú ni yo entrábamos en sus planes. Qué le vamos a hacer —añade con resignación Luis.

—¡Ay, pobrecitos! —Lina le da un beso a Luis—. A partir de la semana que viene ya haremos actividades juntos, tú no te preocupes.

—Me está avisando el taxista que está llegando, chicas —nos advierte Emma.

Salimos todos a la calle y nos despedimos antes de subir a los vehículos. Ha sido una noche muy especial para todas, pero por diferentes circunstancias.

En el camino apenas hablamos. Noelia y Lina están seguramente recreando en sus cabecitas conversaciones y momentos mágicos de esta noche.

CAPÍTULO 12

—Esta noche duermo yo con Íngrid, ¿vale, chicas? —propone Emma.

Nadie pone ninguna objeción, así que entramos a nuestra habitación y vamos directas al lavabo. Nos empezamos a desmaquillar y Emma se para de golpe.

—Íngrid, me suelo dar cuenta siempre de las cosas, me tengo por una persona que ve venir los problemas propios o de los demás, soy muy intuitiva en ese aspecto, pero nunca imaginé que mi radar pudiera fallar tanto, estoy muy sorprendida. Primero con Noelia, cuando íbamos andando y nos ha explicado su historia, pero mucho más con Marta, cuando nos ha contado la suya. Me da mucha rabia no haberme percatado.

—Verás, Emma, a mí me pasa igual, pero he llegado a la conclusión de que no es culpa nuestra. Ellas optaron por ocultarlo, nosotras no somos adivinas y quizás el hecho de conocernos tanto, esta vez ha jugado en nuestra contra, porque sabían perfectamente cómo ocultar las señales para que no nos diéramos cuenta. No te hagas mala sangre. A partir de ahora solo tenemos que estar un poco más pendientes de Marta, creo que será la que más nos necesite. A Noelia hay que dejarla disfrutar de lo que le venga a partir de ahora.

—Sí, tienes razón, es mejor no darle más vueltas. Ya veremos cómo avanza Marta. Vamos a descansar. Mañana será otro día.

Nos metemos en la cama, nos damos las buenas noches y nos quedamos mirando hacia el techo. Como si de un matrimonio se tratara, nos hemos girado la una para la otra de golpe.

—Seguimos dándole vueltas, ¿verdad? —le pregunto.

—Sí, eso veo. Es difícil quitárselo de la cabeza. Venga, vamos a darnos la vuelta y a dormir.

—Vale, buenas noches otra vez. —Y le doy un beso en la mejilla. Ella hace lo mismo conmigo.

La noche ha pasado rápida. Nos hemos levantado a las diez, como acordamos ayer, pero entre duchas, risas y chismorreos en el sofá, se nos ha ido más tiempo del que teníamos previsto, por lo tanto, hemos decidido bajar a desayunar al bufet del hotel. Suerte tenemos que no cierran en todo el día, aunque he de decir en contra nuestra,

que no es muy normal ir a desayunar a las once de la mañana. En esto se nota, y mucho, que no somos extranjeras. Estábamos acabando el desayuno y ya había «guiris» empezando a comer. En fin… para gustos colores que se suele decir.

Hoy toca turismo. Y al primer sitio que vamos es el más imprescindible para visitar esta ciudad. Si te vas sin ver esto es como si no hubieras venido: La Sagrada Familia.

Según nos ha explicado Noelia, es un templo expiatorio, que se construye a base de donaciones y por eso es la mayor basílica inacabada del mundo. Hay tantas cosas que ver por fuera, que empezamos a tener tortícolis de mirar hacia arriba. Una vez dentro nos faltan ojos para observar todos los detalles. Nos ha preparado una visita guiada, que ha sido lo mejor, porque además de ahorrarte algo de colas, te explican cosas súper interesantes. Oímos comentarios de alabanza en muchos idiomas y nos sentimos orgullosas, todo el mundo está maravillado. Y es que Gaudí fue único e irrepetible. Han sido dos horas bien amortizadas. Solo puedo, al salir, darle las gracias a este genio por todo su legado.

—Son las tres, ¿qué hacemos ahora? —pregunto.

—Pues he pensado llevaros al Barrio Gótico. Comer allí, dar una vuelta y enseñaros un poco esa zona —nos dice Noelia.

—¡Qué bien! Me encanta la idea, he oído hablar de ese barrio y tenía muchas ganas de visitarlo.

—Pues hacemos una cosa, voy a llamar a una furgo-taxi y así no tardaremos tanto en llegar.

Y Noelia ha tenido razón, porque enseguida ha llegado y emprendemos el rumbo.

—Qué casualidad, os llevé anoche —nos dice la taxista.

—Pues es verdad, será el destino que es así de caprichoso —le contesta Lina.

—Sí, y de aventurero también —añade Emma.

—Desde luego, esto se parece al viaje de fin de curso que nos montamos al acabar el instituto. ¿Os acordáis? Comiendo a deshoras, sin horario, durmiendo poco…

—Sí, Lina, salvo que tenemos treinta años encima, más kilos, menos ganas de caminar, poco aguante y solo van a ligar dos del

grupo. Por aquel entonces ligábamos todas.

—Marta, que negativa eres, chica. Todo eso es la vida que nos ha acompañado y oye, no nos ha tratado tan mal —le contesta Emma.

—Además, ¿quién sabe si tú no ligas antes de irnos? Por sorpresa, la tuya y la nuestra claro. Si estás abierta a ello puede pasar. Y a las demás también. Si le hacemos caso a la cuñada de Íngrid, lo que pasa en Barcelona se queda en Barcelona. Yo no me chivaría chicas. —Lina hace el gesto de cremallera en boca mientras nos mira a Emma y a mí.

Nos reímos todas, menos Marta, que tiene el ceño un poco fruncido.

—Estoy pensando qué contestarte por eso de «para sorpresa mía y vuestra», pero ¿sabes qué? Que no te puedo replicar, porque tienes toda la razón. Para mí sería una gran sorpresa, pero creo que para vosotras también. Imagino la cara de incredulidad que pondríais y me da la risa.

—Hombre, no sé por qué nos iba a extrañar tanto. Tienes muchas posibilidades, aunque tú no lo creas. Nosotras nos alegraríamos mucho por ti. Ahora, la otra parte que dice Lina, no la veo, por lo menos por la mía, no le voy a hacer caso a mi cuñada.

—Mira, pues si todas guardáis el secreto y se me pone a tiro un guiri tipo Thor, no le haría ascos, que últimamente estoy abandonada en ese aspecto.

—Pues no pides tú nada, Emma. Aunque yo hace mucho más que tú que no cato varón, tanto que no le haría ascos ni a alguien con el aspecto de Torrente, fíjate lo que te digo.

—Marta, por favor, que ahora tenemos que comer y esa imagen me quita el hombre.

—Será el hambre, Emma.

—No, no, ya te lo he dicho bien, me quita el hombre, porque me quita las ganas de ellos —y se ríe de su propio comentario—. Me quita el hambre de hombres, ahora sí lo he dicho bien.

—Hay que ver, que fina te has vuelto. Como que tú te crees que Thor se iba a fijar en ti, ¡ja!

—Yo he dicho con ese aspecto, que conste. Pero luego sé que no sería capaz ni aunque fuese con el mismísimo ac-Thor —y ha

separado las sílabas adrede y hecho comillas con los dedos, para que entendiéramos su gracia, y por supuesto así ha sido—. Él, tan perfecto y yo con mi celulitis, mi poquito de barriga, en fin, que esa gente solo se fija en cuerpos a su nivel.

—Lo que yo te diga, igual te pega más uno parecido al que te he dicho yo, así te aseguras el tiro ya que estás tú mejor que él.

—Que no, que no, que me quedo con lo que tengo en casa, aunque ahora estemos con la dieta de la ola.

—¿Qué dieta es esa, Emma? —pregunto yo.

—Pues mira, por desgracia no es la del cucurucho, que es la que quisiera yo, y mucho. Es la de la ola, que si te apetece te lo haces tú sola.

Y han estallado nuestras carcajadas, incluso las de la conductora, que una vez ha podido parar de reír se dirige a nosotras.

—Chicas, que rabia me da, pero ya hemos llegado. Me lo estaba pasando pipa con vuestra conversación. Perdonad que la haya escuchado, pero es que casi gritáis más que hablar.

—Yo no grito, hablo fuerte porque tengo las cosas claras, solo es eso —apuntilla Marta.

—Pues os pasa a todas. O será por este habitáculo de chapa, que aquí reverbera todo más. Yo solo os digo una cosa, cuando el hombre no quiere agua, a lo mejor está bebiendo en otro sitio. Lo sé porque a mí me pasó hace tiempo —nos dice ella.

—Qué me vas a contar —responde Noelia.

—Bueno, es que el tuyo tenía mucha sed y le valía cualquier agua, hasta la del grifo. Perdona que te lo diga así, amiga mía —le dice Marta.

La taxista se ha reído un montón, nos ha cobrado y nos ha dicho que ojalá tuviera ella un grupo de amigas así de divertido. Nos ha dado su tarjeta porque dice que si volvemos a necesitar una furgo-taxi, por favor la llamemos a ella, que para una vez que sus clientes no son cuentapenas, como para no disfrutar un rato de su trabajo.

Le hemos dicho que por supuesto, que a partir de ahora, Neus, que así se llama, es nuestra taxista oficial, y la llamaremos en cuanto la necesitemos. Se ha puesto muy contenta.

Nos adentramos en el famoso barrio gótico. Vamos admirando su

arquitectura y sus callejuelas, parece que estamos en un cuento medieval. Me encanta imaginarlo como escenario de una gran película, con actores de gran nivel y un éxito de taquilla apabullante.

—Íngrid, hoy eliges tú. Cuando veas un sitio que te llame la atención para comer, te paras y ahí será —me dice Noelia.

—Pues mira, este me encanta. Bodega la Palma. No sé cómo estará la comida, pero la estética que se ve desde fuera me recuerda mucho a la bodega que tuvieron mi suegro y mi marido. Mirad los barriles de vino ahí en alto, son enormes, es lo que más ha llamado mi atención.

—Nada más que por eso tenemos que entrar. Tiene una pinta singular. A ver si solo se bebe o además nos ponen de comer. Pasemos a mirar —propone Emma.

—Que bonitos los toneles tan oscuros. La imagen de todo es un poco antigua. Perdón, me autocorrijo, diremos vintage que queda más bien —añade Noelia.

—Por lo que veo al fondo, la gente sí que está comiendo, se ve muy acogedor. Y mirad, ahí arriba esa especie de balcón tan original, creo que es otra sala para comer —comenta la observadora Lina.

Se ha acercado un camarero a ofrecernos mesa, y hemos decidido aceptar la invitación.

—Hoy tenemos que beber vino del que nos aconsejen, pero que no sea muy fuerte, aunque sea solo por la añoranza del pasado y en honor a la bodega La Extremeña —les propongo sin mucha esperanza de que acepten.

—Me gusta este sitio. A mí también me ha transportado al pasado, cuando iba con mi abuela a comprar el vino a la bodega. Bueno, vino para ellos, chuches para mí y la compra de la semana, como aquel quien dice —recuerda Marta.

—¿Sí, verdad? quien no crea que el mundo es un pañuelo, aquí tenemos un ejemplo. Marta y sus abuelos conocían a mi suegro y a Jaime desde que era un niño, por ser clientes de la Bodega.

—Así es, aún me acuerdo cuando empezasteis a salir y me explicaste quién era.

—Sí, te dio un ataque de risa y no podías parar. Y entre carcajadas ibas intentando decir ¡yo lo conozco, yo lo conozco!

—¡Claro! Porque no me lo podía creer, era mi amigo de infancia, y ahora se convertía en el novio de mi amiga de adolescencia, y yo sin saberlo.

—Y no eras la única que conocía a Jaime, esa bodega era muy famosa en toda Terrassa. Me acuerdo de cuando hacían pollos al'ast. Pues no había ido yo veces con mi padre a comprarlos para no tener que cocinar nada en casa el domingo. Además, no había un sitio en toda la ciudad donde los hicieran más buenos, y grandes. Y para el vino a granel, me acuerdo que llevábamos nuestra garrafa vacía. Pepe, nos la llenaba y siempre nos gastaba alguna broma. Y si era verano y había suerte de convencer a mi padre, nos llevábamos una barra de helado y así hacíamos el menú completo. Para nosotros aquello era un banquete —dice Emma.

—Sí, es verdad. Qué discrepancia conmigo misma. Me da pena recordar todo aquello y alegría por haberlo vivido.

—¿Otra vez? Eso, querida Íngrid, se vuelve a llamar melancolía. Y no es mala, pero tampoco abuses, que eres muy añorativa, tú. El pasado, pasado está —me dice Lina.

—Quizás tengas razón. —Pero no sabe que no lo puedo evitar.

Han venido a tomarnos nota. Pediremos el menú, que tiene muy buena pinta y también unas patatas bravas, que es la tapa que más nos gusta a todas. Sitio que vamos, sitio en que las pedimos.

Ha sido un acierto entrar aquí, todo está riquísimo. Los segundos nos lo trae otra persona. Se nos ha presentado como Judith, la propietaria del bar, y hemos estado hablando un rato porque ha escuchado parte de la conversación donde hablábamos de la Extremeña.

Cuando hemos salido de allí, seguimos paseando por esas calles tan bonitas de la ciudad. Noelia nos ha llevado a ver la entrada del museo de cera, y nos ha gustado tanto por fuera, que hemos sacado entradas para más tarde. Mientras, hemos ido a tomar café a un bar precioso, allí mismo, enfrente del museo, llamado *El bosc de les fades.* El decorado es un bosque artificial lleno de hojarasca,

riachuelos con peces, paredes de roca y figuras de hadas escondidas entre todos los escenarios. Quizás Luis se inspiró aquí para montar su bar.

Noelia nos comenta mientras caminamos que los negocios de allí han cambiado mucho, y empezamos una conversación donde defendemos al pequeño comercio, sobre todo yo, que es en lo que he trabajado toda mi vida. He vendido juguetes, cortinas, lámparas, y ahora ropa, y abogo a que una coexistencia sería lo idóneo para todos. El trato con el público no debería desaparecer nunca. Lo que te explica una dependienta, te muestra y te aconseja, para mí tiene un valor añadido, incomparable a las ventas en línea.

Después, nos encaminamos hacia el museo, porque se nos está haciendo la hora de entrar.

CAPÍTULO 13

¡Qué locura el museo de cera! Nos lo hemos pasado en grande. Hay que reconocer que están casi todos muy bien hechos, pero los que no, son los que provocan nuestras carcajadas.

Me han impactado mucho Picasso, Gandhi y Copito de Nieve. Nada que ver entre ellos por supuesto, pero el vestuario, el maquillaje y el parecido físico es asombroso. El gorila blanco, al que conocí de niña, me ha despertado mucha ternura. Lo vi con nueve años, en una excursión al zoo con el colegio.

A Lina le ha flipado todo lo relacionado con la guerra de las galaxias. Hay un trabajo de escenografía y decoración espectacular. Es fan de esta saga y están la mayoría de los personajes. Chewbacca es idéntico al de las películas, además te puedes sentar en una silla que hay a su lado, junto a R2D2, ya que están los dos integrados en una simulación de nave muy bien lograda.

Marta, que es muy cinéfila, se ha quedado boquiabierta al ver a King Kong y a algunos actores a los que adora, como Jack Nicholson, DiCaprio o Brad Pitt.

Sin embargo, a Noelia le van más los cantantes. Michael Jackson parece salido de su propio videoclip. La postura que tiene inclinada hacia adelante, y la boca abierta como un buzón simulando cantar una de sus canciones, hace que todo el mundo se quiera fotografiar a su lado, imitándolo. Nosotras no hemos sido menos. Vemos a Freddy Mercury, Adele y la que más éxito tiene entre los más jóvenes que hay por allí, Taylor Swift.

Emma se ha fijado más en los deportistas, como Gasol o Alonso, aunque le ha hecho mucha gracia una parte donde hay cocineros famosos, como los hermanos Roca o Ratatouille, que se lleva la palma con los más pequeños. Hay para todos los gustos.

Lo que nos vamos a reír cuando miremos las fotos que nos hemos hecho.

Al salir hemos llamado a Neus, nuestra taxista particular, y nos ha llevado de vuelta al hotel. Le hemos contado nuestro día y ella nos ha explicado la decisión que ha tomado influenciada por nosotras.

Su grupo de amigas, cuatro en total, hace mucho tiempo que ha

dejado de estar tan unido como antes. Los quehaceres y sobre todo la pandemia han influido mucho. Aparte, los niños han dejado de serlo para convertirse en adolescentes y universitarios y ya no quedan para ir al parque, o pasear los domingos por alguna avenida. Total, que las quedadas y las llamadas se han distanciado bastante. Ella se siente un poco el nexo entre las cuatro, pero siente que no ha hecho bien su trabajo en el grupo.

Ha decidido que no importa quien llame a quién, el tiempo que hace ni cualquier otro inconveniente o excusa, piensa ponerle solución. Va a proponer en el grupo de WhatsApp verse una tarde para ponerse al día y decirles que no puede pasar un año entero sin que se vean.

—Y eso chicas, es gracias a vosotras, porque he visto la amistad que tenéis y me ha hecho pensar mucho en ellas y en los viejos tiempos que tanto echo de menos. Alguna tiene que dar el paso y no me importa ser yo.

—Claro que sí, es muy buena idea, Neus. Aunque pase el tiempo la amistad verdadera perdura. Ya verás que contentas os ponéis todas cuando os encontréis —le dice Emma.

Nos despedimos de ella en la puerta del hotel y subimos a asearnos un poco.

Saldremos a cenar, pero hoy va a ser algo tranquilo. Hemos andado tanto, que Emma dice que nos convalidan parte del camino de Santiago.

Llevamos dos días muy intensos en todos los aspectos, así que con un par de pizzas lo solucionaremos. Esos son los planes para esta noche.

Ha sido un paseo corto, puesto que hemos elegido una pizzería cercana. Hablamos de cómo ha ido el día y repasamos las fotos que nos hemos hecho en el museo de cera. Algunas son para borrar, pero Lina no nos lo permite y nos pide que le mandemos a ella las que queríamos descartar.

—Vosotras no sabéis lo divertido que es hacer un álbum, precisamente con ese tipo de fotos. Son como las tomas falsas de una película, ojalá todas tuvieran, eso es lo mejor.

—¡Oh, sí! Eso sería buenísimo. La de veces que he dicho esa frase

en casa con los míos. Hay que ver cómo se aguantan las carcajadas los actores, yo no podría desde luego. Después, cuando los ves con esos ataques de risa al equivocarse en algo, te das cuenta de que son humanos y normales como tú —comento mientras recuerdo alguna vez en la que eso ha ocurrido.

—Lina, ese álbum tienes que prometer que será solo y exclusivamente para uso personal o visionarlo juntas en alguna ocasión para que nos echemos unas risas, pero prohibido enseñárselo a nadie más. ¡Promételo, eh! —le dice Noelia, cruzando los dedos índices en modo de súplica para que cumpla la promesa.

—Sí, Noelia, tranquila, te lo prometo. No voy a dejar que nadie te vea con esa cara de extraterrestre sin careta con la que has salido en la foto de esta tarde.

—¡Pero oye! Por eso mismo te lo digo. Y tú, en una pareces Fiona. Solo te faltaba estar verde.

—Pues estoy segura de que si la dejamos un rato más sin poder ir al lavabo, la hubiésemos visto de ese color. Yo creo que se estaba aguantando de todo. Si hasta tenía los mofletes más inflados, ja,ja,ja— bromea Emma.

—¡Calla, calla, qué tienes razón! —le contesta Lina— Y yo creí que nadie se había dado cuenta.

Es uno de esos momentos en que nos da la risa tonta, esa que no puedes parar de reír aunque sabes que tampoco ha sido tan bueno el motivo. Después se te queda el cuerpo lacio y relajado, es la mejor terapia que conozco para aliviar el estrés.

Al llegar a nuestra habitación, antes de que Marta abra la boca, Lina dicta sentencia:

—Esta noche duermo yo contigo —me dice.

Marta asiente y se encierra en su habitación, dándonos un buenas noches casi imperceptible. Las demás también vamos a las nuestras con el mismo deseo, pero con el tono de voz un poco más alto.

Lina entra en ¿la mía?, creo que no debo llamarla así porque esta es de todas, así que diré que entra en la nuestra. Viene de quitarse la ropa en la suya.

—Qué camisón más bonito, Lina.

—¿Sí? ¿Te gusta?

Y se da unas cuantas vueltas sobre sí misma, con la prenda cogida por las puntas para que pueda verla. Parece una ninfa salida de un cuento, o como dijo Luis, de sus pinturas. Es tan especial y diferente esta mujer.

—Me lo regaló mi hermana cuando se rompió el brazo y me fui a su casa unos días para ayudarla. No se lo había puesto porque no le gustaba cómo le quedaba.

—Yo solo los uso cuando hace muchísimo calor, el resto del año donde esté un pijama…

—Yo soy más de dormir desnuda, tanto en invierno como en verano. La naturaleza nos trajo así al mundo, y así nos quiere, ¿quién soy yo para negárselo? Me traje este para darle una oportunidad de estrenarse y cumplir su función. Tampoco quiero estar en bolas ante cualquier situación inesperada.

—Bien hecho. Oye, que por mí puedes dormir como viniste al mundo, me da igual, esta cama es muy grande —le digo mientras me voy metiendo bajo las sábanas.

—No, no pasa nada, quiero ver que tal duermo así, y acompañada, que hace cien años que no lo hago. —Y también entra en la cama.

—¡Anda que no exageras!

—Es que necesito saber si seré capaz de sorprender a Luis el día que lo hagamos por primera vez, lo de dormir juntos me refiero. Si es que llega claro, si puedo o si quiero, o él, porque igual no quiere, o igual es lo único que quiere, o igual ese día, si llega, voy sin nada, o a lo mejor solo salgo en bragas, o …

—¡Lina, para! —la corto en seco—. Menuda retahíla, qué nerviosa estás, ¿no? Tranquila, mujer. No te preocupes, que cuando ocurra, si tiene que ocurrir, todo saldrá rodado.

—Verás, Íngrid, es que hace mucho tiempo que no estoy con un hombre y aunque sé que es como lo de montar en bici, que no se olvida, a saber si ahora está bien engrasada la cadena, si los frenos funcionan y si el sillín se acopla bien.

—¡No me lo creo! —le digo echándome las manos a la cabeza— La cadena ya la engrasará él, no hace falta frenar a la vez, que lo sepas, y el sillín puede ser de diferentes tamaños y formas, pero tranquila, que se acoplará. Lo importante es saber si estás

preparada o quieres ir poco a poco. Tampoco hace falta que te precipites.

—El cuerpo me pide practicar ciclismo, la verdad.

Y a mí me da un ataque de risa, que le contagio al momento. Que bien sienta, y cómo agota…

—Y dime, ¿habéis hablado desde ayer? ¿Estás así porque él ya te ha insinuado o propuesto algo?

—Verás, él es muy romántico, pero a la vez es muy pícaro. Me encanta. Me dice que desea verme, besarme, tenerme entre sus brazos y hacer muchas cosas bonitas conmigo, que quiere averiguar mis gustos y conocerme mucho mejor.

—Tienes razón, tiene las dos vertientes.

—Me ha dicho que él es el cincuenta por ciento de la persona que quiere ser, y que a mi lado es el cien por cien. ¿Cómo no voy a estar enamorada? Si su cincuenta por ciento ya me gusta. Es un cielo. Ha habido tanto feeling y química entre nosotros desde el principio, que no puedo creer que habiéndonos visto solo dos veces, tenga la necesidad de estar con él cuanto antes.

—Estás en el inicio de la relación, que es cuando hay más efervescencia. Ahora queda descubrir si sois afines y estáis hechos el uno para el otro.

Y entonces me confiesa que cuando tarda en el baño, es porque está hablando por teléfono con él, y que se le pasa el tiempo volando, hasta que se acuerda de que la estamos esperando fuera de donde quiera que estemos en ese momento. Le he dicho que le guardaré el secreto, pero que si tarda mucho, le mandaré un mensaje para avisarla

—Gracias. Lo que es hablar, solo hablamos anoche cuando me fui a dormir. Un par de horas nada menos, estuvimos contándonos cosas. Hoy le he avisado que dormía contigo, ¿y sabes qué me ha dicho?

—¿Qué? ¡Dime!

—Que qué suerte la tuya.

—¡Oh, sí que es pícaro, sí! Me cae bien.

—Yo me he echado a reír y le he dicho que busque una herradura y se la guarde en un bolsillo para que el próximo sea él.

Las dos hemos sonreído y nos hemos quedado calladas durante

unos minutos mirando el techo. Parece que el sueño nos empieza a vencer, así que le propongo dormir.

—Por supuesto. Ya es hora. Buenas noches, preciosa Íngrid. Que sueñes con hermosos paisajes y tu Familia Celestial y que todo ello te reconforte para que nunca más te angustie su pérdida, porque ellos están contigo, velando por ti.

Me da un beso muy suave en la frente y me sonríe dulcemente. Me ha dejado muda durante un momento. No quiero llorar, aunque ganas no me faltan. La abrazo y la beso en la mejilla.

—Gracias por ser como eres. Buenas noches, dulce Lina. Hermosa en espíritu, que sueñes con la vida y la felicidad que te espera y que sea un sueño premonitorio.

CAPÍTULO 14

Ha tenido que venir Emma a despertarnos. Se nota que Lina y yo fuimos las últimas en dormirnos. Nos ha metido prisa y nos hemos duchado y arreglado en un santiamén. Todas nos estaban esperando en la sala de reuniones.

—Buenos días, dormilonas, a ver qué os parecen los planes para hoy. Vamos a visitar las Ramblas, el puerto, veremos la estatua de Colón desde las golondrinas y hay una pequeña sorpresita antes de ir a comer. Así que, venga, no perdamos tiempo que tenemos muchas cosas que hacer —nos dice Noelia.

—¡Señor, sí, señor! —contesta Lina, mientras se cuadra ante ella como una soldado.

—¡Descansa, cadete! —le ordena Noelia, siguiéndole la broma.

Hemos decidido, para ir más rápido, desayunar en el hotel, no sin antes escuchar los consejos de Noelia de que no comamos mucho, que mejor zumo que leche, que no nos hinchemos de agua… Y, como es tan previsora, nos ha dado a todas una pastilla antimareos, de las que a veces nos daban nuestros padres para las excursiones con el colegio en autocar.

—Noelia, por Dios, que vamos a ir en barca, que las famosas golondrinas de Barcelona no son una montaña rusa —argumento yo.

—Bueno, nunca se sabe. Creo que es mejor llevar el cuerpo hecho a las consecuencias a que las consecuencias echen del cuerpo el desayuno. No todos los estómagos admiten los vaivenes —replica ella.

—Sí, de la vida. ¡No te digo! A veces hay que tener estómago para comerte según qué cosas, y entiendo lo que dices, eso provoca un vaivén en las tripas…Y arcadas, profundas arcadas también puede provocar —contesta Marta, saliéndose de contexto como es habitual en ella.

—¡Ay, calla! Que voy a necesitar primperan nada más de oírte. Aunque tampoco pasa nada porque seguro que Noelia lleva en el bolso ese que trae de Doraemon —le contesta Emma.

Eso provoca nuestras risas, pero como siempre, a mí me da por pensar y elucubrar…

A lo mejor sí que nos lleva a una montaña rusa. Como sabe de mi pasado con mis tíos en la feria y lo que me gustaba, igual le da por llevarnos al Tibidabo, por eso toda esta historia de tener cuidado con las comidas, la pastillita y demás. Aunque a mí ahora según qué atracciones me dan miedo, y me causan vértigo. Espero que no sea eso. Sí que lo va a ser, sí. Si no, ¿qué sentido tiene poner el remedio antes de la enfermedad?

Aunque también pensé que tenía unos *Boys* en mi cumpleaños y resultó ser una fiesta sorpresa, y estaba segura casi al cien por cien. No me fiaré mucho de mi intuición, porque no se puede llamar así. Soy de montarme películas en la cabeza e imaginar el principio y el final de situaciones, personales o familiares, que siempre acaban en tragedia. Por suerte, nunca suceden, y reconozco que podría haberme ahorrado todo ese sufrimiento. A veces pienso que me contradigo en cómo pienso y en cómo actúo, porque soy una persona a la que le encanta el humor y las cosas divertidas, y las disfruto a tope cuando ocurren, soy de carcajada rápida y llorar de la risa si el momento lo ha merecido.

Una vez desayunadas, Noelia nos ha llevado a Las Ramblas. Hemos decidido comenzar directamente por la mitad e ir bajando en dirección al Puerto. Sabemos que hay 1’2 kilómetros y la verdad, no somos famosas por rápidas, ni por ninguna otra cosa, pero por rápidas menos aún, así que es mejor tener como objetivo andar seiscientos metros. Cuando vamos las cinco juntas nos dispersamos. A una le gusta pararse en un sitio y llamarnos para que veamos lo que ha descubierto, a otra en otro y lo mismo, y al final parecemos pollo sin cabeza yendo de un lado a otro.

—¡Chicas, chicas, mirad, estatuas humanas! Me encantan. ¡Qué ángel tan bien logrado! —y nos paramos a admirarla—. No sé cómo pueden estar así tanto tiempo con todo lo que llevan de maquillaje y el peso de la ropa que soportan. Oye, y que haga frío o calor no se mueven ni un ápice. Es que me emocionan, de verdad, no están

valoradas como se merecen —les digo.

—Íngrid, tú siempre tan empática. Es su trabajo y viven de ello —me dice Marta.

—Eso no te lo discuto, pero tú en tu trabajo puedes moverte, beber agua cuando te da la gana, ir al baño en cualquier momento y si tienes frío o calor, te pones la calefacción o el aire acondicionado. Su esfuerzo es digno merecedor de alabanza, nosotras no seríamos capaces de trabajar en esas condiciones ni siquiera diez minutos —insisto.

—Por supuesto, pero no te pongas a la defensiva, que no te estaba atacando a ti ni a ellas —me replica.

—Ya, Marta, tranquila. Que no es que me enfade, es que las defiendo a capa y espada, es arte puro. Y, pensad todas, ¿cuando tengan la regla, qué? Con lo que a mí se me descomponía el cuerpo, que los primeros días no dejaba de tener retortijones y necesitaba cambiarme de compresa cada dos horas o menos —digo.

—¿Estás hablando en pasado? —me pregunta Noelia, sorprendida.

—Pues sí, ya hace meses que no me visita. No os imagináis los cambios que estoy notando. Los peores, los sofocos y el insomnio.

—Bienvenida al club. No estarás embarazada, ¿verdad? Que tú y tu Jaime estáis a pleno rendimiento, que yo sepa —bromea Emma.

— ¡Anda ya! ¡qué va! Es que ha llegado mi hora de entrar en la fase de la menopausia —le digo.

Por un momento me lo he imaginado y un escalofrío ha recorrido mi cuerpo. Me encantan los niños y no me hubiera importado darle un hermanito o hermanita a mi hija, pero las circunstancias no fueron propicias y no pudo ser. Ahora no sería la edad adecuada, aunque conozco algún caso donde la mujer pensó que tenía la famosa retirada de la menstruación y resultó ser un embarazo.

—Y el dolor de cuerpo que deben tener de estar estáticas tanto tiempo. Si yo no me muevo en un rato me duelen hasta las pestañas. ¿Cómo lo conseguirán? —pregunta Noelia, sacándome del pensamiento que me rondaba.

—Buena pregunta, pero no creo que nos conteste. Yo también pienso que es una mujer increíble. Se merece una buena recompensa. —Y Lina saca su monedero del bolso y le pone veinte

euros en la cajita dorada que tiene en el suelo delante suyo.

—Lina, que generosidad la tuya. Te copiaré con otra estatua y así les arreglamos un poco la mañana a estas personas —le dice Emma.

El ángel, que es de lo que va caracterizada la estatua, nos estaba escuchando y de repente ha pegado un salto y ha bajado de su pedestal, quedando entre medias de Marta y Emma. Como no nos lo esperábamos, hemos dado un grito que se ha convertido en recíproco, ya que la estatua también ha gritado y casi se cae para atrás.

—Perdón, chicas, no era mi intención asustaros, pero quería agradeceros el cariño que he sentido en vuestras palabras, y los veinte euritos que me ha dado la rubia, que eso no suele pasar. —Y le guiña un ojo a Lina.

Hemos estado un rato hablando con ella y nos ha explicado que a veces sí lo pasa mal, ya sea por las inclemencias del tiempo o las necesidades fisiológicas de las que hablábamos. Pero también nos ha contado que disfruta mucho de su trabajo.

Una vez terminada la charla, Noelia nos apremia y nos pide que no paremos en ningún sitio más, no vaya a ser que lleguemos tarde a nuestro paseo marítimo.

Y le hacemos caso, claro está. Se ha tomado muchas molestias como para que ahora se tuerza todo. Vamos andando y hablando casi al trote.

Los colores de las flores alegran nuestra caminata y los bonitos quioscos nos hacen recordar y mencionar el pasado. Cuando éramos pequeñas, íbamos siempre que podíamos a comprarnos chuches o material escolar, después, con unos añitos más, la revista que nos gustase —que por aquel entonces estaban muy de moda las revistas juveniles—. ¡La de pósters que habremos sacado de esas páginas! Tanto para las paredes de las habitaciones como para forrar nuestras carpetas. ¿Quién no tiene un agradable recuerdo del quiosco de su barrio? …

Al final, hemos cumplido con lo previsto y hemos subido a las golondrinas a la hora estipulada. Marta ha exigido un par de pastillas más para el mareo, y como es tan insistente y puede resultar agotadora, Noelia, que es más lista que el hambre, le ha dado dos

gominolas pequeñas y la ha engañado diciéndole que es otro formato del medicamento. Todas hemos entendido que Noelia ha usado el método del placebo, y Marta, que puede ser muy inocente a veces, se lo ha creído.

Todas hemos guardado silencio durante un instante, y es entonces cuando el olor a mar me envuelve. Respiro profundamente para sentir ese aire salado y cierro los ojos para concentrar mis sentidos. Me encanta el olor a salitre.

«Me evoca recuerdos familiares. De los creados con mi marido e hija siendo pequeña. De cómo entraba al agua cogida al cuello de Jaime y de los pelos de la barba que le arrancó una vez porque le daba miedo que la soltara. De los castillos de arena que hacíamos y de las piedras que buscábamos en la orilla para comprobar colores y tamaños, y sobre todo de las ahogadillas que me dejaba hacer por ella y lo victoriosa que ella se sentía. Que rápidos pasan los años, ahora es una mujer, además de preciosa, con principios y valores de los que me siento muy orgullosa».

Qué bonito se ve todo desde aquí, Colón, el puerto, el mar, la playa, los edificios. No me canso de mirar. Hay algún inconveniente, como el viento que nos despeina, pero no somos las únicas, claro. Si queremos hablar, hemos de subir el tono de voz porque hay un murmullo de fondo que nos impide oír bien. Alguna de nosotras tiene que esforzarse más, por la distancia a la que tiene a las demás, ya que estamos sentadas una al lado de otra. Marta tiene en la otra punta a Noelia, y cuando estamos volviendo, cerca del puerto, le grita a pleno pulmón:

—¡Noelia! ¡Tengo que reconocer que me han sentado muy bien las viagras que me diste antes! Me encuentro fenomenal. —Eso hace que se gire en bloque más de la mitad del barco, algunos incluso se ríen. La otra mitad puede ser que no entiendan nuestro idioma.

—¡Qué bien, Marta! Ahora todo el mundo sabe que en realidad te llamas Ramón y que tienes algo entre las piernas pidiendo guerra. —contesta Emma, vociferando.

Todo castellanoparlante, girado o no, está riendo de alguna forma, excepto Marta, que sin pensárselo dos veces se ha levantado del asiento y ha hecho un calvo de pechos rapidísimo, con giro incluido,

para que todos la vieran.—¡Ale, para que no haya dudas! Y tú, Emma, eres una cabrita. Yo nací mujer, me refería a las pastillas para el mareo. Pero si fuera como tú dices, estaría orgullosa de mi cambio, y ¡punto en boca! —Y se lleva nuestros aplausos y los de algunas personas de alrededor.

—¡Bien dicho! Estoy de acuerdo contigo y encima me has callado la boca de la mejor forma posible, esa es mi Marta —le contesta Emma.

Al bajar del barco iniciamos la marcha sin rumbo aparente, pero está claro que la que hace el papel de mamá pata nos está guiando por donde quiere, y el resto, que somos las patitas, vamos siguiéndola. Sin salir del puerto nos ha llevado hasta el helipuerto. Allí hay un helicóptero esperándonos con el piloto dentro.

CAPÍTULO 15

—¡Ja! Estás loca tú, si piensas que me voy a subir ahí. Poca viagra me has dado para una cosa así —le grita Marta a Noelia.

—Uff, yo también tengo mis dudas. Tengo dos hijas a las que quiero ver crecer —se escuda Emma.

—¡Callaos ya, que os explico! Esto es una experiencia única, no sabéis lo bonita que se ve Barcelona desde arriba. Hay que vivirlo juntas, además no tardaremos más de doce minutos, ya veréis, se pasa volando —intenta calmarnos Noelia.

—Claro que se pasa volando, te recuerdo que es un helicóptero, reina —le replico con ironía.

—¡Qué sí, Ingrid! Pero que no pasa nada, de verdad. Venga, id subiendo, por favor —insiste.

—¡Qué no, qué no! Que yo tardo doce minutos en cocer un huevo y se me hace eterno. Cómo para ir subida ahí todo ese rato —nos dice Marta.

—Va, no seáis caguetas, que aunque a mí también me da un poco de miedo, me muero de ganas por hacerlo. El cosmos y el universo no quieren que nos pase nada, os lo aseguro, estad tranquilas —nos pide Lina.

El piloto del helicóptero al vernos discutir se baja. Viene andando hacia nosotras y al llegar a nuestra altura se quita el casco y las típicas gafas de sol, efecto espejo, que le quedan que ni pintadas.

Es guapo, muy guapo. Tiene la piel bronceada, el pelo bastante corto, castaño claro, y unos ojos verdes que enamoran. No es delgado, ni alto, se ve un hombre fuerte, robusto.

—Buenos días, señoritas. ¿Tienen ustedes algún problema? Les aseguro que van a estar en buenas manos y en un aparato estupendo, no les quepa duda. —Se dirige a todas y al hablarnos se vuelve para señalar y admirar su helicóptero.

—¡Noelia, dame dos viagras más! Que a mí me gustaría saber si la duda me cabe o no y si su aparato es tan bueno como dice.

Suerte que lo ha dicho en voz baja, aunque no tanto como ella piensa. El piloto estaba de espaldas, pero cerca, no tengo muy claro si la ha escuchado o no…

—Que bruta eres, Marta. No te puedo dar más biodraminas porque no sería bueno, y aunque quisiera tampoco, porque no me quedan —le susurra Noelia.

—Si usted tiene claro que no nos va a pasar nada, al igual que yo, subiremos. Supongo que tiene mucha experiencia en esto, señor piloto —le dice Lina.

—Por supuesto, señorita, por lo menos he volado ya tres veces —le contesta él.

Al ver cómo nos cambia la cara a casi todas, se ha apresurado a seguir hablando. Aunque a Marta le ha hecho mucha gracia lo que ha dicho y le ha dado un ataque de risa, hasta que se ha avergonzado por reírse tanto y se ha parado de golpe.

—Era una broma, perdón. No saben la cantidad de veces que me preguntan si tengo experiencia y es lógico que sí. Para sacarnos la licencia nos exigen un mínimo de horas de vuelo y llevo diecinueve años trabajando en esto, que es mi pasión desde niño. Por cierto, me llamo David.

—Si no lo dudamos, es el miedo que nos hace preguntar tonterías —le digo.

Al final, con alguna explicación más, nos ha convencido. Subimos todas después de estar un momento asimilando donde nos vamos a montar.

Al entrar, David nos ha dado unos auriculares bastante grandes para los oídos. Nos ha explicado que es una medida de protección auditiva, ya que se va a formar mucho ruido, y que estos son un modelo avanzado que dan muy buen resultado.

Se inicia el despegue y es ruidoso aun llevando los cascos, por muy tecnológicos que sean.

Entran las mismas cosquillas en el estómago que cuando bajas en la montaña rusa.

Marta ha chillado un poco y Emma le ha tapado la boca. Las otras nos hemos dado la mano o cogido del brazo, pero al momento hemos hecho caso a David, que nos ha dicho que abriéramos bien los ojos y disfrutáramos de las vistas. Ha habido un momento en el que se ha hecho un silencio cómodo, cosa inusual, porque hasta ahora solo conocía la acepción de esta frase en negativo, y me ha

gustado disfrutarla en positivo.

Mi mente se ha quedado en blanco, solo puedo mirar y gozar. Ha desaparecido mi miedo porque las ganas de disfrutar el momento le ha vencido. Desde el cielo la Sagrada Familia es espectacular, la torre Agbar impresiona, al igual que el Word Trade Center, el Camp Nou, las torres Mapfre y todo en general. Al final, se nos ha hecho hasta corto, hubiéramos querido seguir volando y ver mucho más.

Cuando hemos bajado, David también lo ha hecho. Nos hemos despedido, y Marta, que aunque parezca mentira, ha estado muy comedida, le ha dicho que ha sido un placer tenerlo como piloto. Pero lo más sorprendente ha sido la respuesta de él.

—El placer ha sido mío. Te doy una tarjeta por si algún día quieres repetir. Aunque te puedo dar dos y un bolígrafo y en la segunda me apuntas tu teléfono y me la devuelves, por si te apetece quedar algún día a comer o cenar conmigo. Si estás libre claro, que lo dudo.

—Pues no des cosas por hecho. Claro que te lo apunto, siempre y cuando tú también lo estés.

—Por supuesto, hace tres años que lo estoy. Toma. —Y le da lo que ha dicho.

—Yo algo más —escribe deprisa en la tarjeta—. Aquí lo tienes. —Y se la devuelve.

—Estaremos en contacto. Ha sido un placer, señoritas.

Se ha puesto rojo como un tomate durante el momento de esta inesperada conversación, se apreciaba el nerviosismo en su voz. A Emma se le ha escapado un «¡Ostras!», cuando él ha empezado a hablar con Marta.

Después nos hemos ido calladitas y observando a Marta, que se ha girado un par de veces para ver cómo David se dirigía hacia el helicóptero. Él también se ha dado la vuelta para sonreírle antes de subirse a su aparato.

Creo que hablo por todas al decir que estábamos deseando desaparecer del alcance de su vista, y en cuanto esto ha ocurrido, hemos zarandeado a Marta.

—Oye, oye, ¿ahora qué tienes que decir, eh? La que nunca liga, y mírala. Ahora sí le puedes replicar a Lina. Y como tú querías, nos has visto las caras de sorpresa a todas. La única que no has visto ha sido

la tuya —le digo.

—¿Quién me iba a decir a mí esto? Estoy alucinada —contesta ella.

—Jamás sabes lo que el destino te depara y ya os dije que este viaje iba a tener consecuencias para todas. ¡Si es que no fallo ni una! —presume Lina, mientras se besa con sus dedos las mejillas.

—Pues si te llega a ver hace un rato en el barco no sé yo sí habría abierto la boca —jajaja— le dice Emma riendo.

—Menos mal que no. Aunque una cosa os tengo que decir, a mí esto me extraña mucho. Así que sin tapujos voy a lanzar una pregunta y que nadie se ofenda. Allá voy. Supongo que tú, Noelia, no habrás tenido nada que ver, ¿no? Me refiero a que sea algo preparado por ti. Este interés repentino de un hombre hacia mí, me vuela la cabeza.

—«Que nadie se ofenda»—le dice con retintín Noelia—. Pero me cuestionas a mí. Pues claro que me ofendo. Mejor no te lo tendré en cuenta y haré como que no he oído la pregunta.

—Perdona, Noelia, pero es que yo soy el patito feo de las cinco y que se haya fijado en mí, estando él como un queso, me cuesta creerlo, la verdad. De todas formas, no creo que me llame. Y si lo hiciera, no sé si iría. Yo soy muy rara. Soy borde y payasa por naturaleza, si me conoce seguro que se asusta, así que mejor ahorrarnos berrinches los dos.

—¡Marta! Te voy a decir, en primer lugar, que tú no eres un patito feo. Quien te quiera, te tiene que aceptar como eres, y él ha visto algo en ti que le ha gustado. Tú tampoco sabes cómo es él. Dale una oportunidad y lo averiguas —le digo.

—Claro, Marta, y si solo te llevas una comida, pues que te lo coma bien, tú relájate y disfruta —le dice Emma. Todas reímos, incluso Marta.

—Quiero pedirte perdón y darte las gracias, Noelia —Marta necesita disculparse.

—¿A mí? ¿Por qué? —le contesta.

—Gracias por el paseo por los aires, ha sido una experiencia que nunca olvidaré, ¡y encima, me ha salido un pretendiente! Mi acusación ha sido errónea. Perdóname por haber dudado de ti, lo siento mucho. —Marta está cabizbaja en estas últimas palabras.

—¿Sabes qué, Marta? Que ese perdón te lo tienes que pedir a ti misma, porque en realidad no has dudado de mí, has dudado de ti. No te infravalores nunca más, por favor.

—Joder, Noelia, ven que te dé un abrazo amiga. —Marta tiene los ojos llorosos.

Después de comer y salir del puerto a recorrer alguna calle, necesitamos un poco de descanso, tanto físico como emocional. Noelia, que parece que nos lee la mente, o ella debe de estar igual, nos tiene la sorpresa de tener a *taxiwoman* —Lina ya le ha puesto apodo— esperándonos en una esquina a dónde la muy pillina nos ha dirigido.

—¡Qué alegría de verte, Neus! A ti y a la furgo-taxi más todavía —le dice Lina.

—Vaya, eso es que estáis cansadas. Aunque también os veo contentas. ¿Algo que podáis contarme?

—No llevarás una grabadora, ¿no? Más que nada para que luego no vendas exclusivas —le digo bromeando.

—No, Ingrid. Llevo la emisora, pero tranquila que no le voy a dar al botón para que todos lo escuchen. Aunque me tienta hacer eso, para que disfruten mis compis.

—De eso nada, si no hay pago por derecho de oyente nanay de la China —le digo.

Y Emma se encarga de hacerle un resumen de la mañana que hemos pasado, y de todas las sorpresas que nos hemos llevado.

—¡Ala! Que envidia me dais, sana, por eso, pero envidia, al fin y al cabo. ¿Qué me dices, Marta? ¡Un piloto nada menos! Entonces, ¡es de mi gremio! Porque yo piloto este taxi. Los dos llevamos pasajeros, aunque él por aire y yo por tierra.

—Pues sí, Neus, tienes razón. Compartís profesión. Pero no sé si llegaremos a algún sitio.

—Hombre, en helicóptero puedes llegar a muchos y muy lejos —le contesta ella.

Y en ese momento suena el móvil de Marta. Le ha entrado un WhatsApp.

—¡Es él! ¡Es él! ¡Qué nervios!

—Léelo en voz alta, no nos vayas a dejar en ascuas, por lo menos este primero —le dice Lina.

—¡Voy! «HOLA, MARTA. SOY DAVID. HE PENSADO ESCRIBIRTE YA, PARA QUE ASÍ»…

—¡Pero no grites tanto, que no estamos sordas! —le digo.

—¡Pero si me has dicho que lo lea en voz alta!

—Mujer, que no lo leas solo para ti, eso no quiere decir que te pongas a chillar –le dice Emma.

—No chillo, Emma, es que tú tienes el oído muy cerca. —Y a Emma le da un ataque de risa.

—Eres de lo que no hay. Venga sigue —le contesta ella.

—Sigo. «Para que así tengas mi número. Perdona si fui atrevido antes, pero he sentido la necesidad de volver a verte y he pensado que si no hacía algo eso no pasaría. Soy tímido, pero me armé de valor porque valía la pena. A mi edad, ya no estoy para tonterías. Si piensas como algunos, que soy un llavero, o David el gnomo, te pido que no contestes y me elimines de tus contactos».

—Es directo, eso me gusta. Sigo, chicas. «Soy buena persona. Amigo de mis amigos y muy familiar. Tengo un gran sentido del humor y eso es una de las cosas que me ha llamado la atención de ti. No me viste reír con un comentario que hiciste, pero yo a ti sí, y tu risa es maravillosa. Me gustaría conocerte, ¿te apetece? Espero tu respuesta y espero un sí».

—¡Pero que monada de hombre, por favor! —le dice Lina.

—Demasiado bueno para ser verdad. ¡No sé qué hacer! ¿Qué le contesto?

Y Neus nos avisa que hemos llegado al hotel. Estábamos tan metidas en la conversación con el piloto, que no hemos prestado atención a nada más. Neus nos pide que la próxima vez que nos lleve a algún sitio, le contemos cómo sigue la historia.

Una vez en la habitación, nos sentamos y entre todas creamos la respuesta. Marta escribe, borra, y todas gritamos un rato hasta llegar a la versión definitiva.

«Hola, David. Me has sorprendido para bien. Suelo ser atrevida, pero no en estas situaciones. A veces, se me va la mano con la

sinceridad, pero sin maldad alguna. Tenemos cosas en común por lo que he leído, así que, esta vez, voy a hacer caso a mi valentía aceptando tu invitación. No he oído tu risa, pero si he visto tu sonrisa. Hasta pronto».

Y la dejamos en paz, y nos vamos cada una a nuestro cuarto. Ahora ya es asunto suyo, de los dos. Es mejor dejarla tranquila y que asimile todo lo que ha pasado hoy. Seguro que estará un buen rato pensando en ello.

CAPÍTULO 16

Nos ha dicho Noelia que en una hora tenemos que estar con los bañadores puestos. Vamos a ir a la piscina climatizada y después tenemos una sesión de masaje relajante.

Qué fácil es acostumbrarse a estas comodidades, después volveremos a nuestra rutina, trabajos, estrés y echaremos todo esto de menos. Pasado un tiempo, ni nos acordaremos. También es cierto que añoro a mi familia, pero no tanto como para volver antes de tiempo, jeje.

Media horita de piscina y otra media hora en la sauna nos han dejado la piel, los músculos y el cuerpo preparado para el masaje. Vamos con nuestras toallas liadas al cuerpo como nos ha dicho Noelia.

Entramos a un salón enorme donde nos han puesto las camillas alineadas con suficiente espacio entre ellas, para que quepa la masajista y se mueva libremente. Nos sorprende la decisión de hacerlo de esta manera, pero supongo que es así para que podamos hablar entre nosotras. Hay una profesional de pie esperándonos, al lado de cada una de las camillas. Nos saludan y nos ayudan a acomodarnos. Una vez tumbadas, con la cara metida en ese hueco donde solo ves el armazón de donde estás tumbada, los zapatos de la chica y las zapatillas que te acabas de quitar, oímos pasos.

Y entonces, la que suponemos que es la jefa de todas, nos dice:

—Bienvenidas al masaje terapéutico a cuatro manos del hotel Luxconfort. Esta experiencia en masoterapia les cambiará la vida durante cuarenta y cinco minutos.

—¡Dios! ¡Vamos a tener a dos personas para cada una! ¡Es fantástico! —nos dice Lina.

Empiezan a ponernos aceites por el cuerpo y a tocarnos suavemente, para ir subiendo la fuerza y el ímpetu con quien más lo necesita. La verdad es que ni ganas de hablar. Pero sí de escuchar, porque no tienen desperdicio los quejidos que salen de nuestras bocas, eso ha causado más de una carcajada.

Voy sintiendo como se hunden veinte dedos en la espalda, cintura, piernas y en la parte de mi cuerpo que más requiere que le presten

atención, mis cervicales. Parece mentira, porque, aunque te hagan daño, es un dolor que esperas consciente, y que parece que cuanto más te duele, más te va a aliviar.

—¡Chicas! —nos grita Emma— ¡Esto es gloria! Ni novios, ni maridos, ni amantes, ¡masajistas! Es lo que necesitamos poner en nuestras vidas.

—A no ser que te busques un ligue que lo sea, y entonces ya tienes el pleno —contesta Lina.

—Sí, eso sería lo más. ¡Porque, además, acabaría siendo un masaje con final feliz! ¡Uy, uy, uy! Me voy a callar, porque con tanto suspiro, tanto sobeteo y pensando en el final feliz y el tiempo que hace que no lo tengo, me voy a poner tontorrona —ja,ja,ja— le replica Emma, y hasta las masajistas se ríen.

Les hemos dado las gracias al acabar y hemos alabado su trabajo. Cuando las cosas se hacen bien y te gustan, hay que hacérselo saber a la persona que te ha atendido. Sienta tan bien como trabajadora que alguien te felicite por tu labor y tan poca gente lo hace. Sube la moral y las endorfinas, esas que proporcionan felicidad y bienestar al cerebro.

Después Noelia nos tenía otra sorpresa. Hemos vuelto a ir a la peluquería y nos han vuelto a dejar estupendas. Ya puestas también nos han maquillado, esta vez han combinado los colores con el tono de ojos y piel.

Nos hemos hecho fotos en la habitación con poses y muecas diferentes, hay risas y cuernos con la mano y la lengua mordida por fuera, como si fuésemos heavies.

Las miro a todas y me traslado a muchos años atrás y pienso que lo que pone en nuestro carnet de identidad no se corresponde con la realidad, ni con nuestra actitud. ¿Cuándo nos hemos hecho «tan» adultas? Nos veo, pero no lo creo, es una sensación rara, otra vez… En este viaje me están pasando cosas que no esperaba, hacía mucho tiempo que no recordaba cosas, tanto familiares como de mi infancia y pubertad, y me está gustando hacerlo.

Taxiwoman nos está esperando abajo y nos saluda con la mano.

—¡Qué bellas, mis damas! ¡Cuánta hermosura suelta! —nos dice.

Le damos las gracias y entramos en el vehículo.

No sé a dónde vamos, porque Noelia se encarga de decirle por WhatsApp el sitio al que nos tiene que llevar, así es sorpresa para mí, y para el resto de las chicas puede que también, no estoy segura, prefiero no preguntar.

—Oye, Marta, ¿cómo va lo de mi «compi», el piloto? ¿Le has contestado? ¿Ya hay algo en marcha o qué? —le pregunta nuestra taxista.

—Pues sí, ya hay algo, Neus. Le respondí y seguimos hablando. Hemos quedado para comer de aquí a dos semanas. Ahora se lo iba a decir a todas.

Al oírlo hemos armado un poco de alboroto y Marta se muestra cabizbaja, tímida, para lo que es ella. Creo que eso es señal de que le gusta mucho.

Ha sido un trayecto corto y ameno en el que le hemos ido haciendo bromas, y ella al final, ha reaccionado y nos ha ido insultando, pero con cariño.

Al bajarnos e ir al sitio en cuestión, me causa una gran alegría.

—¡No me lo puedo creer! —jajaaja—. No lo sabía nadie, pero yo tenía muchísimas ganas de venir aquí. Llevaba tiempo pensándolo y os lo quería proponer para venir juntas, incluso con nuestras parejas.

—¿En serio, Íngrid? ¿O lo dices para quedar bien? —me pregunta Noelia.

—¡Qué va! Te lo juro. Si los sigo por Instagram. Te lo puedo enseñar. Sala Pangolín, mira. Cenarte. Hay diferentes espectáculos según el día. Dime que has escogido comedia o monólogo, por favor, y aciertas del todo —le digo con mi móvil en la mano para que vea que es verdad.

—Mierda, he cogido ópera.

—¿Ópera? Si no hay.

—¡Es broma, tonta! Pues claro que he escogido comedia. —Se ríe de mí.

—¡Bien! Es que el humor me puede, ya lo sabéis. Ya veréis qué bien lo vamos a pasar, estoy segura.

—Ese es el propósito. Yo también tengo muchas ganas —dice

Emma.

No es un sitio muy grande, ya lo sabía. Pero es mejor así, porque la función, al tener un aforo pequeño, consigue que todo el mundo esté cerca del escenario. Como consecuencia, visual y auditivamente se disfruta mucho más. La cena es bastante correcta, no se trata de un restaurante de categoría, sino más bien de un picoteo y unos bocatas muy buenos que hay en la carta.

Los actores son buenísimos, no son muchos, el escenario tampoco es muy grande. El diálogo entre ellos está muy bien elaborado e hilado y la sala se ha llenado de carcajadas. Y más cuando a mí me ha dado hipo, pero no cualquier hipo, sino «el especial», que es mucho más escandaloso que el normal. Me pasa de vez en cuando y sobre todo si me río mucho o estoy nerviosa. No puedo evitar el ruido que hago y lo alargado de la última letra «ueeeeep» ni el aspaviento de dolor en el esternón, el cual aprieto para sentir alivio. Algún día me lo tendré que hacer mirar. Pero de momento esto es causa de risa de todo el allí presente.

Como estábamos en primera fila, los actores se han percatado de lo que me sucedía. En un momento dado se han mirado, han asentido con la cabeza como si fuese una señal entre ellos y han parado la obra. Uno de ellos se ha bajado del escenario, ha venido hasta mí con el foco de luz alumbrándonos y me ha dado golpecitos en la espalda.

—Bebe agua, que te va a matar ese hipo. Si quieres hacemos un descanso para que salgas y te dé el aire —me dice.

—No, gracias —le contesto.

Me ha hecho levantarme para darme un abrazo y ha hecho una mueca como si le hubiese traspasado mi hipo. Ha vuelto al escenario imitándome. Creo que me ha dado tanta vergüenza que viniese hacia mí, que ha sido como cuando te dan un susto y se te corta de golpe. A todo esto, he bebido el agua y se ha hecho evidente que el hipo ha cesado. Mi cara de satisfacción y el fin de mi escandaloso ruido ha hecho que me aplaudieran los actores y entonces todo el público ha aplaudido. Me he puesto en pie, he hecho una reverencia y me he vuelto a sentar. A mí esta clase de vergüenza, en realidad, me da vidilla. Todo ha seguido donde lo habían dejado. Ellos han

vuelto a actuar y todo el público a reír, pero nosotras tendremos otra anécdota más para contar y recordar. Además, Lina ha sacado el móvil y ha estado haciendo fotos de todo este contratiempo. Que rápida es, no se le escapa ni una.

Después hemos ido a tomar algo a un bar musical, ahí he sido protagonista de bromas por lo ocurrido y nos hemos reído durante un buen rato.

CAPÍTULO 17

Esta noche es Marta quien viene a dormir conmigo. No sé cómo me irá con ella porque esta mujer es impredecible.

De momento, ya me ha sorprendido porque viene con un pijama de raso estampado. La parte de arriba tiene el fondo granate y hay flores difuminadas en tonos azules y lilas. Es abotonado y con el cuello camisero adornado por un ribete en blanco. El pantalón es liso, del mismo color grana que el fondo de la camisa, y en los bajos también lleva el ribete blanco. La sorpresa es que, como poco, es dos tallas más pequeño de lo que debería de llevar. Los pijamas a mi parecer, mejor siempre holgados, para dormir bien. Temo que me salte un ojo con algún botón en cualquier momento. Hoy doy fé que es una noche de riesgo.

—No te rías de mí y de cómo me queda, por favor.

—No mujer, no pasa nada.

Me cuenta que hace como unos diez años que se lo regaló su madre y que entonces le quedaba perfecto, y su preocupación por haber engordado casi quince kilos en estos años. Al notar su inseguridad con su cuerpo, intervengo.

—Tampoco pasa nada, Marta. Nuestros cuerpos cambian con la edad. Yo te veo estupenda. Pero a lo mejor vas a estar incómoda.

—Ya. No sé si podré moverme en la cama.

Y al final decide dormir solo con la parte de arriba.

—Bueno, hazme sitio, que Moby Dick va a entrar a la piltra.

—Ay Marta, no seas exagerada, además, tienes sitio de sobras. Venga, pasa para dentro.

Y destapo la cama para que vea todo el espacio libre que hay. Entra, pero no se tapa.

Nos apoyamos con un codo en el colchón y la cabeza en la mano, una frente a la otra para seguir hablando.

Me confiesa que come mal y a deshoras y al final llegamos a un acuerdo, dejar de comer guarradas, porque yo también lo hago a veces. Y ella profundiza algo más, necesita soltar y aquí estoy yo para escucharla, sin prisa.

—Desde hace un tiempo me autoanalizo y saco mis propias

conclusiones. Me viene muy bien, de hecho decidí compartir con vosotras algo que llevaba años conmigo y la verdad, fue liberador.

—Me alegro de que te desahogaras. Nos dejaste preocupadas. —Le acaricio el brazo con cariño y ella sonríe.

—No era mi intención. Estoy cambiando y tomando decisiones importantes para mejorar mi vida. Seréis testigos de ello, ya lo veréis.

—Me alegra mucho oír eso. Y te creo, porque la Marta de antes no hubiera aceptado la cita con el piloto. Eso nos ha dejado locas —intento quitarle algo de seriedad a la conversación.

—¿A qué sí? A mí también. Me gustó su WhatsApp, fue directo y sin florituras, en mi línea. Me gusta ese hombre, cuando pienso en él parece que me haya comido un bocadillo de mariposas.

—Pues además de pensar hay que actuar.

—Que lástima tener que actuar con este cuerpo, en vez de con el que tenía hace diez años. —Y se coge la barriga con las dos manos y la mueve.

Se ríe y me contagia, porque Marta tiene una risa, que una vez que la escuchas, es imposible no reír con ella.

—¿Te acuerdas qué dije que tengo ganas de tener sexo? Pues eso sí que me preocupa y mucho. ¿Qué hago si llega el momento?

Respiro hondo antes de contestarle. Debo pensar bien mi respuesta, pero tal como es ella, decido llevármela al terreno del humor, que me parece lo mejor para suavizar el momento.

—No me digas que te tengo que explicar lo que tienes que hacer, Marta. Esto parece Lina, parte dos.

—No entiendo.

Y le explico por encima lo nerviosa que está Lina en ese aspecto también.

—¡Vaya dos! Dígamos entonces, que yo no he ido al mercado desde hace mucho y me da reparo.

—Gracias por esta oportunidad de descubrirme una nueva profesión, la de sexóloga. No te asustará ver a un hombre desnudo, ¿no?

—Puede ser. No recuerdo la última vez que vi una butifarra.

—Se llama pene, que manía de no hablar claro y equipararlo con

otras cosas.

—Ya sabes que yo soy muy bruta y te hubiera dicho una polla, pero por intentar ser más fina, te he dicho lo primero que se me ha venido a la cabeza.

—Vale, como quieras, seguiremos con el lenguaje charcutero que te has inventado. Que no te dé miedo ir al mercado a por salchichas, butifarras, frankfurts o lo que te dé la gana. Y si necesitas kétchup o mayonesa para que esté más bueno, que no te dé vergüenza comprarlos. Y para entrenarte te vas a una frutería y te compras un pepino.

—¿Tú me estás mandando a una juguetería a comprar juguetitos? No, no, déjate de tonterías.

—No, yo te estoy mandando a un *sex shop*. Y lo más importante que tienes que comprar allí, además de la fruta, son dos cosas: lubricante y preservativos.

—¡Oye! ¡Que yo no necesito gomina pal chichi! El mío está bien hidratado, te lo aseguro.

—Jajaja, sí que eres bruta, sí, y antigua.

La conversación ya está girando de manera incontrolada, pero reír es muy sano, y ahora mismo desbordamos salud.

—Lo de los condones sí que es prioritario, pero supongo que él llevará en la cartera.

—No seas anticuada y tú ten preparados por si acaso. Incluso los hay con texturas y sabores.

—Calla, calla, para que me haga alergia y me deje el mondongo como un higo chumbo, lleno de espinas.

—¡Joooo! ¡Tengo que quitar esa imagen de mi cabeza, por favor!

—¿Pero para qué te lo imaginas? Yo seré bruta, pero tú eres una cochinota.

—Ya te veo como la del chiste, rascándote la cabeza con un tenedor para disimular el picor del chichi, como tú dices. —jajajaja, me río sin parar.

Y Marta se ríe todavía más. Tanto, que ha pasado lo que tenía que pasar… Le ha estallado un botón del pecho y me ha dado en un diente.

—¡AH! ¡Qué daño! ¡Joder! ¡Joder!

Me ha dado en una paleta. Menos mal que ha rebotado para fuera y no se me ha ido hacia la garganta. Esta situación ha hecho que nos tronchemos aún más. Aún a carcajada limpia, me he asustado y enseguida me he llevado la mano a la boca para comprobar si me había partido la pieza. Acto seguido he salido pitando al espejo del baño a mirarme. Ella ha hecho lo mismo sin parar de reír y gritar:

—¡Que me meo, que me meo!

Y yo:

—¡Que me duele, que me duele!

Por suerte todo está bien y se va a quedar en unas risotadas y un dolor molesto, que espero se pase pronto.

Hemos vuelto a la cama. Le he dado una camiseta mía para dormir y que así se quite el pijama asesino. También le queda estrecha, pero no entraña ningún peligro.

Estamos sin fuerzas, pero cada vez que nos miramos y ella ve que me estoy tocando el diente, nos da por reír otra vez. Así que hemos decidido darnos la espalda la una a la otra o esto no va a tener fin.

—Buenas noches, amiga mía, te quiero mucho. Si te hubiera partido el diente te hubiera pagado una funda.

—Buenas noches, preciosa, yo también te quiero. Menos mal que no me lo has roto porque te la hubiera pedido de oro.

—¡Qué hortera!

—¡Uy sí! Me lo he imaginado y horrorizado a la vez.

—Ese es tu problema, que tienes mucha imaginación. Úsala y escribe un libro, seguro que se te da bien. Yo sé que te gusta escribir.

—Sí, mucho. Es una idea que siempre me ha rondado la cabeza. Le daré una vuelta. Buenas noches, ahora definitivas, eh.

CAPÍTULO 18

Mientras me arreglaba, he oído gritos y risas que provenían del comedor, y he salido a ver qué pasaba.

En cuanto me han visto, han ido a por mí. Por lo que veo, Marta, que salió hace un rato ya de la habitación, les ha contado lo de anoche.

—A ver, abre la boca que veamos cómo está ese diente y si hay que llamar al ratoncito Pérez —se mofa Emma.

—Que cabrita eres —jajaja—. Y tú, Marta, eres una chivata. —La señalo con el dedo.

—¿Pero cómo se iba a callar algo así? Tendremos que saber si hoy vamos al dentista o a visitar Barcelona —dice Noelia

—¿Tú también? Vámonos de paseo, por supuesto. Y si el diente se rompe me pongo una mascarilla.

Me doy media vuelta con un respingo haciéndome la ofendida, y al girar les guiño un ojo.

—Íngrid, no te preocupes, cariño, que podemos pedirte papilla de frutas, si es necesario —me dice Lina.

—Ostras, de ti no me lo esperaba, Acuérdate del karma, cariño. —Y le tiro un beso con la mano.

Regreso a mi habitación a vestirme con el objetivo principal de confirmar ante el espejo, otra vez, si tiene algún daño mi paleta, que anoche con tanto cachondeo no me fijé bien.

Menos mal, no hay desperfecto, pero me sigue doliendo un poco, supongo que del impacto del botón, que salió despedido con mucha fuerza para una trayectoria tan corta.

Un rato después estamos todas listas y le preguntamos a mamá pata por los planes para hoy.

—Primero iremos a desayunar, y estoy segura de que os va a encantar a donde os voy a llevar.

Y Noelia tiene razón. Neus nos ha dejado delante del mercado de la Boquería. Un sitio que también tenía muchas ganas de conocer.

Al entrar, me inundan los sentidos, los olores y colores de todo lo que mi vista alcanza. Es una pasada, los puestos y paradas con frutas de todas partes del mundo, que además, están colocadas para

crear un deleite visual extraordinario.

Hay muchísima gente, incluso hacen tours para extranjeros con visitas y degustación en algunos sitios. Este mercado tiene vida propia. Mirando a tu alrededor encuentras pescaderías, carnicerías, panaderías, floristerías, restaurantes, de todo. Me ha enamorado este lugar. Huele bien por donde quiera que vayas y hay gente de todas las edades y culturas.

Al salir de allí, ya dentro del taxi de Neus, Noelia se pronuncia.

—Hoy sí nos vamos de shopping, chicas —nos dice con una sonrisa de oreja a oreja.

—Perdona, Noelia, pero ¿es que no te cansas nunca de gastar dinero? —le pregunto.

—Tú tranquila, relájate y disfruta —me contesta.

—Eso díselo más bien a Lina y a Marta, pero en otro contexto —le cambio el sentido a la frase, mirando a ambas.

—Oye, no te vayas de la lengua o te doy otro botonazo en la boca —me amenaza Marta.

—Pues te faltarán botones, porque ahora las demás queremos saber —le dice Emma.

—No, mejor no saquéis el tema sexual ahora, y así esta noche tenemos de qué hablar. Sacaré mi bici a pasear —nos dice Lina, con una risa y mirada tan malévola como infantil.

—Me pierdo un poco en vuestra conversación, pero eso del botonazo y la bici me lo tenéis que contar, parece muy divertido —dice Neus.

—Solo te digo, Neus, que anoche creo que me reí más que nunca —le contesto.

—¡Ay, qué pena! No quiero ni pensar lo que va a ser de mi vida sin vosotras. ¿Por qué no os venís todas a vivir a Barcelona? —nos propone *taxiwoman*.

—Mira, Neus, aunque me está encantando tu ciudad, me quedo con la mía. Ven a vernos algún día allí y te la enseñamos —le propongo.

—De todas formas, tú no te preocupes, que si alguna de nosotras viene aquí por algo, te llamará a ti para que la lleves a donde sea —

le dice Lina.

—Por supuesto, de eso que no te quepa duda —añade Noelia.

—Yo con vosotras, al fin del mundo si hace falta. Vuestras anécdotas y lo que yo he vivido en el taxi estos días, son para alegrar a cualquiera. Alguna tendría que recopilarlas y publicar un libro —propone Neus.

—¿A qué sí, Neus? Yo se lo dije anoche a Íngrid. Ella es la ideal, si hasta escribe en un diario, que yo lo sé —dice Marta.

—Pues recojo el guante de ambas y quizás lo haga. Así, Neus, te enterarás de todo lo que te ha faltado escuchar aquí —contesto.

—¿Lo veis? Quién iba a pensar en eso de recoger el guante. Es que además tiene vocabulario, la puñetera, de película antigua, pero se lo perdonamos —añade Marta.

—Pues seré la primera en comprarlo, y más de uno, para regalárselo a mis amigas —dice Neus.

—¡Oh, qué bien! Ya tengo lectoras esperando. Eso es motivación y lo demás son tonterías —jajaja—me río y me pongo nerviosa al pensarlo, no sé si sería capaz, pero intentarlo lo voy a intentar.

—De momento, resérvame seis —insiste Neus.

—Te los dedicaré todos, y además tú también saldrás, porque has formado parte de este viaje tan especial.

Y Neus pega un frenazo en seco. Es verdad que había un semáforo en rojo, pero todas nos hemos ido hacia adelante bruscamente.

—¡NEUS, COÑO! Que casi nos salta el *airbag* —le grita Marta.

—¡Perdón, perdón! Pero es que me he emocionado. ¿Sabéis lo que significa eso para mí? ¡Si yo salgo en un libro! ¡Madre mía! Lo que voy a fardar con mis amigas y con la clientela aquí dentro. No va a haber otro tema de conversación en el taxi, ni fuera de él. Que me quieren contar que sus hijos no los visitan, pues yo les hablo de mi libro para que se entretengan y no lo piensen, que están tristes porque les ha dejado la novia o el marido, pues yo les enseño mi libro para que se lo compren y se alegren. Y así todo el día con toda la gente. Íngrid, ¡te quiero!

Y me río imaginando las situaciones que nos acaba de contar, y por esas dos últimas palabras, dichas con un gallo hecho a posta, que le

ha dado un matiz cómico a toda su emoción.

—Neus, te contrato como publicista —le digo.

—Ah, no te preocupes, eso lo haré gratis encantada de la vida.

Llegamos a nuestro destino: Paseo de Gracia. Allí están las tiendas más exclusivas de ropa y complementos que podamos imaginar.

Noelia nos obliga a entrar en una de ellas, de una marca «famosisísima» y «carisisísima». Estamos un poco mosqueadas porque adivinamos las intenciones que tiene.

—Esto no es para nosotras, si quieres ir de tiendas vamos a otro sitio, o bueno esperaremos aquí a que tú te compres lo que quieras y ya está —le dice Emma.

Noelia le pide a la dependienta que ha venido a ayudarnos que le dé un momento. Esto me hace tener un *déjà vu*, porque es la segunda vez que nos ocurre, aunque aquí no nos darán jamón, quizás sí una copa de champán, como en las películas.

Nos reúne a su alrededor, como un equipo de rugby, y ella por supuesto es la entrenadora que nos va a hablar y dar instrucciones.

—¡Otra vez! Creía que ya lo habíamos aclarado. A ver, que sepáis que no nos vamos de aquí sin que cada una se lleve un conjunto —nos dice en voz baja.

—Pero ¿tú estás loca o qué coño te pasa? Que aquí un modelito vale dos o tres meses de mi sueldo —le dice Marta también con voz suave, en cuanto a volumen se refiere, no a enfado.

—¡Vale! ¿Y qué? Tengo en mi cuenta corriente más de dos millones y medio de euros —nos dice casi susurrando para que nadie más se entere—. Puedo permitírmelo, ¿no?

Nuestra sorpresa ha sido mayúscula, y esta vez el silencio que se ha hecho sí que ha sido incómodo.

—Perdona, pero muy corriente no es, la cuenta digo. ¡Qué barbaridad! —le dice Lina.

—No se trata de eso y no sabíamos que era tanto —argumenta Emma.

—Por eso mismo, chicas. ¿Y si mañana me da un jamacuco y me muero? ¿De qué me sirve el dinero entonces? No quiero ser la más

rica del cementerio.

—Y cuando pase esta semana, ¿qué? ¿Volvemos a ser tus amigas «las pobres»? —haciendo gestos con la cara y comillas con las manos sobre las pobres, le dice Marta enfada.

—Eso no es justo —le replica Noelia.

—Ya, déjame que te explique una cosa, Noelia. Quizás tú no lo entiendes, pero creo que nos arrepentiremos de haber gastado en un trapo, lo que podríamos necesitar para pagar otras cosas mucho más importantes. Y eso que no lo habremos pagado nosotras, pero ese pensamiento siempre estará ahí, martilleándonos —le digo intentando razonar con ella.

—De eso ya hablaremos después —me contesta, y luego se dirige a Marta con una actitud muy seria.

—Y Marta, por supuesto que no os considero mis amigas las pobres. Eso me ha dolido mucho. Por suerte ni vosotras ni yo hemos pasado penurias nunca. Quizás algún bache, pero gracias a Dios nunca nos ha faltado de nada a ninguna, que yo sepa. ¿Que ahora las cosas están más difíciles? Pues no os lo niego, pero todas tenemos un techo para cobijarnos y comida que llevarnos a la boca, ¿verdad? Pues entonces no banalices con algo que no te ha ocurrido —le contesta enfadada.

—Mira, Noelia, una cosa es un regalo y todo el gasto que estás sufragando, que al final lo aceptamos, pero otra cosa es que con lo que te gastes aquí en los cinco conjuntos, pagamos nosotras la hipoteca durante un año. A mí me parece desorbitado. No queremos sentirnos culpables de saquear tu fortuna —le dice Emma.

—Pero que vosotras no saqueáis nada, soy yo quien os lo ofrece. ¡Parece mentira que no lo queráis comprender! —Noelia se está poniendo nerviosa, está subiendo el tono de voz y le suda la frente.

—¡Alto, *stop*! ¿Tú serás más feliz si nos quedamos en esta tienda y cada una elegimos un modelito? —le pregunta Lina.

—Sí, porque os haré feliz a vosotras también —responde ella.

—Te equivocas. Nosotras somos igual de felices o más, con cosas más económicas. Nos gustan las marcas, pero las asequibles, las que nos podemos permitir —le digo yo.

—O sin marcas, eso no es imprescindible, incluso sabes que a mí me gustan los mercadillos, el reciclaje y la ropa de segunda mano. Pero ya que estamos en esta situación, regálanos un *Pretty woman* a la española, ya verás como nos lo pasaremos mucho mejor las cinco.

—Estoy segura de que a Lina ya se le ha ocurrido una de sus ideas locas a las que acabamos claudicando siempre.

—¡Por Dios, explícate, Lina! Ya no sé qué decir para que esto no acabe mal. ¡Qué difícil es ser rica, córcholis! Nunca imaginé que esto causaría mal rollo entre nosotras. Yo, ¡os quiero mucho! —nos dice emocionada.

—Nosotras a ti también. Por eso se me ha ocurrido lo del *Pretty woman* a la española. Verás, nos vamos de aquí, y con la quinta parte de lo que te querías gastar, nos compras muchas más prendas en otras tiendas. Renovamos armario, accesorios, lo que necesitemos y hasta donde tú quieras llegar o nosotras permitir, y todas contentas. Salvo porque tú no eres Richard y ninguna somos Julia.

—A mí me parece bien. ¿Y a las demás? —nos pregunta Noelia.

Todas estamos de acuerdo y aceptamos la propuesta de Lina.

Noelia le dice a la dependienta que volverá en otra ocasión y salimos de allí con las manos vacías y la cabeza bien alta. En este instante me imagino como la cabecera de una serie de televisión de los ochenta, hasta parece que vamos en cámara lenta, agitando nuestras melenas. Somos «Los ángeles de Noelia». Que buen momento para inmortalizar en las retinas, y en las cámaras de la tienda también, seguro que hoy daremos de qué hablar a los empleados.

Les pido que nos sentemos un momento en un banco para atarme bien los cordones de las bambas. En realidad, nos viene bien a todas para descansar de la tensión de hace un momento.

—Bueno, pues que elija Ingrid, a ver dónde quiere ir primero —propone Emma.

—A ver, yo de Barcelona no conozco nada, pero podemos ir a un centro comercial y mirar los comercios que haya. Aunque eso me da rabia, porque al final las tiendas de toda la vida, las que quedan claro, salen perdiendo. Por eso se me está ocurriendo una cosa. ¿Y si compramos todo en Terrassa? Hay que hacer ciudad, chicas. Comercio local lo llaman. Y tenemos de todo por el centro y en nuestros barrios. Además, sabéis todo lo que este sector sufre por culpa de la venta *online*.

—Me parece una idea estupenda, pero ahora no vamos a irnos allí, para volver luego aquí —dice Noelia.

—No, claro. El viernes y el sábado aún tengo fiesta y como ya estaremos en casa, podemos ir cualquiera de esos dos días. Aunque prefiero el sábado.

Todas dan el visto bueno y comentan algunos sitios donde podemos ir. Terrassa es una buena ciudad para comprar todo lo que se nos ocurra.

—Y dime otra cosa, ¿cómo tenías planeado volver a casa, Noelia? Porque se me acaba de ocurrir algo que os va a encantar, o eso espero.

—Con Alexa. ¿Por qué?

—Porque me hace muchísima ilusión regresar en otro tipo de transporte. Uno que usa las vías para llegar a su destino. Y aunque ya hemos ido en metro, no es lo mismo. ¡Quiero ir en tren! Hace años que no subo a uno. Los primeros viajes que recuerdo los hacía con mi madre, íbamos a casa de mi tía Rosa, en Hospitalet. Entonces teníamos que coger también el metro para llegar justo a la puerta de la heladería que tenía. Quiero recordar sensaciones, y aquellos vagones.

—Pues ahora ya son en color, bonita —dice Emma.

—Jajaja— reímos todas.

—Me acuerdo que muchas veces el traqueteo del tren me daba sueño, entonces apoyaba la cabeza en el hombro de mi madre y me dormía. Cuando llegábamos al destino, ella me despertaba con

cariño, y tenía que ir de su mano un rato, porque iba medio zombie —les cuento.

—Que recuerdo tan bonito, Ingrid —me dice Noelia.

—Y yo que pensaba que la que más me sorprende de todas es Lina y a veces tú te llevas la palma, Íngrid. ¡Yo también quiero volver en tren! —dice Marta.

—Pues a mí también me hace mucha ilusión volver así. Nosotras también hacíamos nuestros viajecitos en locomotora a la playa, acordaos —nos dice Lina.

—Uy, que fina «lo co mo to ra», esa sí que era en blanco y negro —le dice Emma riendo.

—Puede, pero me encanta esa palabra, sobre todo el principio porque me recuerda a mí — le contesta Lina.

—Que yo recuerde, no hemos vuelto a ir en tren todas juntas desde hace al menos veinte años. Luego ya nos fuimos sacando los carnets de conducir y esos viajes se perdieron para siempre —nos refresca la memoria Noelia.

—Pues es verdad. ¡Qué tiempos aquellos! Disfrutábamos del recorrido y después del día de playa. Madre mía, allí surgieron ideas estupendas, y la mejor, la tuya, Lina, de celebrar los cumpleaños decenales —le digo sonriendo.

—¡Gracias! Entonces, adjudicado, Íngrid. Tu deseo se hará realidad. ¡Somos las mejores! —se aplaude Lina.

CAPÍTULO 19

Hemos estado pensando en qué nos queda por ver de Barcelona y nos hemos dado cuenta que no hemos ido al Parque Güell. Nos falta también hacer una visita guiada a la casa Batlló y esta noche iremos a verla iluminada por fuera. Seguramente nos faltarán muchas cosas por visitar, porque Barcelona es grande.

Neus ha tardado diez minutos en venir a recogernos. Nos ha llevado hasta la entrada del parque y nos ha dicho que nos va a encantar y estoy segura de que así será.

Me faltan palabras para describirlo. Desde que entras por la escalinata, hasta que acabas la visita, es un placer estar allí. Además, por lo menos a mí, me hace imaginar muchas cosas.

En mi mente he visto a Alicia y al conejo corriendo por allí. Fantaseo en que por la madrugada hay gnomos, elfos y hadas que conviven en armonía y secreto. Que el lagarto de la entrada cobra vida, y juega con mariposas y libélulas que dan luz y belleza a la noche. Que se rompe el silencio por la mezcla de las risas y los juegos de todos ellos. Tiene que ser así, para que las noches de este lugar tengan tanta magia como por el día.

Les he contado a las chicas mi invención y Lina se ha emocionado, Marta se ha reído y Noelia y Emma insisten en que tengo mucha creatividad, yo creo que estoy influenciada por todo lo que he visto estos días.

Damos por finalizada nuestra visita, no sin antes prometerme que volveré con más calma. Quiero pasear y observar los detalles de este bonito lugar.

Noelia ha propuesto ir al museo de Pablo Picasso, que está en el barrio del Born, donde también podremos pasear y contemplar algo que según ella nos gustará. A todas nos ha parecido bien.

El museo nos ha gustado mucho. Y aunque es bien sabido que allí se guarda silencio, nos ha sido imposible al ver una obra que se titula «La espera (Margot)». Nos hemos mirado todas y empezado a reír intentando que no se nos oyera, tapándonos la boca. Suerte que no había mucha gente a esa hora. Nos ha recordado a una profesora del instituto, a la cual no le teníamos mucho cariño por su mal

carácter y porque siempre iba muy despeinada.

—Por fecha no puede ser, pero os digo yo, que esta si no era ella, será la madre de la «pelos». ¿No veis que son un calco? —nos dice Emma.

Y eso que no es un retrato definido sino más bien algo borroso, pero a todas se nos ha ido la memoria al instituto donde estudiamos y a esa singular profesora. Se cabreaba tanto con nosotros, que nos tiraba tizas, borradores o lo que pillaba más a mano para que le prestáramos atención.

Para acabar de rematar, al llegar al cuadro «La nana», Marta se asombra de nuevo.

—¡Mirad! Es la «pelos» de niña, tiene la misma cara de mala leche que tenía la profe y es como la imagen de Margot, pero con menos edad —nos dice.

Una vez analizado con detenimiento el lienzo en cuestión y llegadas a la conclusión de que incluso podrían ser abuela y nieta, seguimos contemplando las demás obras.

Cubismo, modernismo y otros estilos nos dan de qué hablar durante un buen rato. No es que seamos entendidas, pero o bien admiramos las obras o le sacamos parecidos razonables.

Una vez que abandonamos el museo, Noelia nos lleva al sitio enigmático que cree que nos iba a gustar. Y no es otro que la bonita Basílica de Santa María del Mar. Por supuesto no se equivocaba.

Es preciosa por fuera e imponente por dentro. Me asombra su gran altura interior, eso es parte de su encanto, al igual que sus rosetones.

El tipo de arquitectura gótica hace que vuele mi imaginación durante unos segundos.

Cierro los ojos y veo a los monjes en silencio y en fila, con una vela encendida cada uno. Veo a los señores feudales con sus armaduras, y perilla clásica, arrodillados tras un banco, encomendándose a la virgen del Mar para conseguir algún logro. Y veo a los plebeyos, vestidos con harapos, la cara sucia y el pelo trasquilado, suplicando alguna moneda o un trozo de pan.

—¿Te gusta, Íngrid? —me pregunta Noelia.

—Me encanta. Ahora que estoy aquí, me han entrado muchas

ganas de leer el libro escrito por el gran Idelfonso Falcones, en cuanto volvamos usaré uno de los vales que me han regalado para tenerlo. Por cierto, ¿sabéis que nuestra Llibreria Atenea ha cumplido cien años? No sé si será el comercio más antiguo de la ciudad, pero no me extrañaría. Tiene mucho mérito que aguante con la que está cayendo.

—¡Pues no lo sabía! Cuando vayas a por tus libros, avísame. A mí también me gusta leer y hay que contribuir para que siga cumpliendo años —me dice Noelia.

—Yo también me apunto. Siempre leo antes de irme a dormir y hay que preservar un negocio tan antiguo. —nos dice Emma.

Al salir, Noelia nos lleva a ver más lugares con encanto de este bonito barrio. El Palacio de la Música, el Centro Cultural y de Memoria, y por último el Mercado de Santa Caterina, del que cabe destacar que es un antiguo convento remodelado que tiene un techo ondulado y colorista muy original, del cual nos hizo hincapié David para que viéramos desde el helicóptero.

Regresamos al hotel contentas por todo lo que hemos visto.

La cena hoy ha sido en el restaurante de un afamado Chef, con degustación de platos, y nos ha encantado.

Lo que no esperábamos, era que acabaríamos la noche en una discoteca. La culpable ha sido Neus, que nos ha preguntado si nos íbamos a ir de Barcelona sin pisar ninguna.

—Si queréis un poco de marcha yo las conozco todas, no por ir, sino por llevar o recoger gente. Nuestro servicio es esencial cuando la persona entiende que no debe conducir, por su propio bien y por el de los demás, y nos llama para que la llevemos a su casa.

—Ojalá todo el mundo hiciera lo mismo —le contesta Emma.

—¿Sabes qué, Neus? Llévanos a la mejor discoteca que conozcas para gente de nuestra edad —le pide Noelia

Y las demás aplaudimos y gritamos ¡fiesta, fiesta! super contentas.

No sé cómo se baila ahora, aunque espero que si todos tenemos una edad parecida, bailaremos por el mismo estilo. En nuestra época, si estábamos cuatro horas en la discoteca, tres y media las pasábamos bailando. Si una iba al lavabo, siempre le acompañaba otra, o incluso nuestro grupito. Era como una norma no impuesta,

pero conocida por todas. Los chicos no, ellos iban solos y siempre nos gastaban la bromita de «¿las demás que vais, a aplaudir»?...

Neus nos ha llevado a la puerta de la entrada de la disco que ella considera más adecuada para nosotras, y nos pregunta si no la conocíamos de venir de jovencitas. Le hemos contado que en nuestra ciudad había muy buenas, como el «*Number one*» o el mítico «*Pont aeri*». Nuestra sorpresa ha sido que esta última la conocía, y no me extraña porque hubo una época en la que venía gente de todas partes.

Al hablar sobre esto, me ha venido un precioso recuerdo. En el «Number one» me di el primer beso con Jaime. Fue una noche de sábado un poco rara. Íbamos los dos solos en su coche, de momento solo éramos amigos. Aparcó bastante lejos porque no había apenas sitios libres. Al salir del coche, no sé por qué, me pidió que le enseñara mis anillos, me cogió la mano para verlos, y al soltarla quedaron juntas y él la entrelazó con la suya. Yo no la solté en ningún momento, pero estábamos los dos tan cortados que no dijimos ni una palabra hasta entrar al local. Luego, ya dentro, bailamos salsa, y en un movimiento del baile, me atrajo hacia su cuerpo y me besó.

—¡Ingrid! ¿Dónde estás? —me pregunta Lina, que se ha dado cuenta de que me he abstraído.

—Si te digo donde estaba…recordando mi primer beso en la discoteca con Jaime —le contesto.

—Pues aquí se os acaba el billete, guapas. ¡Bajaos ya, y bailad por mí! Y si alguna quiere ligar por mí, que lo haga también, si encarta, claro —nos dice Neus sonriendo.

—¡No por favor, que no encarte más! Que las dos qué quedamos estamos felizmente casadas —ja, ja, ja— contesto riendo.

—Habla por ti, guapa —me contesta Emma.

—¿Cómo dices? —le pregunto asombrada.

—Nada, nada, ha sido una broma. No me hagáis caso —contesta ella.

Pero yo he notado algo en su mirada cuando me ha dicho esa frase. Tendré que investigar en algún momento si lo ha dicho en serio.

Hemos quedado con Neus que venga a recogernos a las tres de la madrugada, y que si la necesitamos antes, la llamaremos.

El sitio está muy bien. Es grande, tiene un escenario al fondo, dos pistas de baile bien delimitadas a los lados y una central, enorme, delante del escenario. Podríamos decir que las paredes, que son negras, están decoradas con distintos sofás. Todos diferentes, tanto en formas como en colores. Los hay con patas y respaldos rococós, y modernos con asientos cuadrados. Alternan uno liso con uno estampado y los estampados no tienen desperdicio. Uno es de cebra, otro es de margaritas y el otro de grandes ojos con pestañas muy exageradas. Y los lisos son en colores fluorescentes, naranja, verde y amarillo. Esa pared es una obra de arte en sí misma.

Hay tres barras donde venden bebidas, con bastante distancia entre ellas. La iluminación es brillante en estos momentos, y enfoca a los variopintos sofás.

Nos fijamos también en la poca gente que hay y en los excesos de maquillaje de alguna que otra persona, que con dos copas de más o cuando mengüe la luz no se les notará.

La música que suena no está muy alta, como cabría esperar, puede que sea una estrategia del local para que la gente interactúe. Me acuerdo de los «¿cómo te llamas?», y gritar hasta quedar afónica para decir tu nombre, y que te lo repitieran tres o cuatro veces hasta entenderlo, algunas, incluso seguían preguntando adrede. De los quince a los veinte años teníamos el pavo muy subido.

Empieza a entrar más gente y gradualmente la luz ha dejado de ser intensa para convertirse en tenue. Las canciones tienen ya un volumen más potente y el ritmo es más movido. Eso hace que las pistas se vayan llenando y cada vez haya más personas bailando.

Nosotras nos hemos sentado en el sofá de las margaritas a petición de Lina, ha dicho que le recuerda a Van Gogh, su pintor favorito.

Cada vez nos gusta más lo que oímos. El disc-jockey sabe lo que hace, ya que así saca a bailar a los ochenteros que reconocen las canciones famosas de aquella época.

—¿Pero no oís? ¿Es que estáis sordas? Dejad la cháchara para otro día, que hoy es nuestra última noche en Barcelona, ¡JUNTAS! ¡Tenemos que darlo todo! ¡Yujuuu! ¡A bailar! —nos grita emocionada y haciendo un bailecito Emma, encaminándose hacia la pista.

Todas la seguimos, moviendo el esqueleto como si el tiempo de repente hubiera retrocedido treinta años. Y bailamos como si no hubiera un mañana, porque no hay edad para bailar, porque esta noche es la que más importa, la que no se volverá a repetir, el primer cincuenta aniversario, el mío, y mis amigas, la familia que uno escoge, yo las escogí a ellas igual que ellas a mí, estamos todas, aquí y ahora. Es maravilloso, las quiero muchísimo.

Más de uno se ha hecho hueco entre nosotras y nos ha mirado de arriba abajo con cara de satisfacción. Marta se ha encargado de apartarlos poniéndose a bailar delante de ellos haciendo el mono. Esta mujer se arriesga mucho, pero ha sido efectiva. Lo más bueno es que el DJ se ha percatado y mientras Marta gorileaba a un tipo, él ha puesto la canción de Melody del baile del gorila. La risa ha sido descomunal, un montón de mujeres cantando el estribillo y haciendo el baile a algún ligón que estaba ahí para pescar, que al final han acabado retirándose, mientras muchas mujeres nos íbamos chocando la mano. Que épico, esto quedará para la posteridad.

Una hora y media después *The Communards* con su *Don't leave me this way* nos deja exhaustas. Decidimos sentarnos un rato y beber algo para reponernos. Esta vez en un sofá liso, en el naranja, porque todos los demás están ocupados. El techo está rodeado por una luz violeta que hace que nuestras partes blancas se vean luminiscentes. Los dientes, los ojos y la ropa, cambian de una manera brutal. Esto ya pasaba hace años, pero ahora es otra calidad y es mucho más acentuado.

Al cabo de un momento se nos acerca un hombre con aspecto muy moderno.

—Hola, soy Joan, el DJ de la sala. Os he visto bailar y enseguida he sabido que me ibais a alegrar la noche. Y cuándo te he visto a ti,

hacerle al tío garrapata ese, el baile del gorila, no lo he dudado ni un momento, os he puesto la canción.

—Has sido listo y te ha salido bien la jugada, hemos contagiado a las demás —le responde Marta.

—Sí, ha sido genial. Todo el mundo ha disfrutado, por eso vengo a agradecéroslo e invitaros. Tenéis pagada una ronda de lo que bebáis en cualquier barra. Tomad estos vales, uno para cada una. Lo podéis usar hoy o cualquier otro día. Un placer conoceros, chicas, espero que vengáis a menudo por aquí. Os dejo, que el espectáculo debe continuar.

—Gracias, Joan, en nombre de todas —le digo.

Como tenemos sed y calor por todo lo que nos hemos movido, aprovechamos los vales y Emma y Marta van a buscar las bebidas.

Al momento vienen cargadas con lo que les hemos pedido y no hemos tardado nada en bebérnoslo. Charlamos un rato sobre la música y grupos que nos gustaban en nuestra época y recordamos a algunas personas que no hemos vuelto a ver.

Se está acercando la hora de marcharnos, no queremos hacer esperar a Neus, así que empezamos a ponernos en pie. Joan no nos conoce de nada, pero se da cuenta de que nos vamos y creo que nos dedica una canción, empieza a sonar *A quién le importa* de Alaska.

Aparte de ser una de nuestras favoritas, tenemos que cumplir el trato que hicimos con Lina —cómo no—. «Siempre que suene esa canción hay que bailarla, estés donde estés. Dejas lo que estás haciendo, porque esa letra no se puede desperdiciar y hay que cantarla a gritos y saltar en el estribillo».

Esa fue su propuesta hace unos treinta años, y nosotras, como siempre, la aceptamos.

Nuestra sorpresa es que Joan se ha bajado de la cúspide donde tiene todo su equipamiento, y se ha venido a bailarla con nosotras. La gente le aplaude y nos ha hecho un corro, por lo que intuimos que esto no pasa con frecuencia. Poco antes de acabar la canción nos ha dado un abrazo a cada una y nos ha dicho que somos

geniales, que vengamos cuando queramos, que él se alegrará mucho y nos volverá a invitar. Nos hemos ido de allí con muy buen sabor de boca.

Cuando se lo contamos a Neus, se maldice por no haberse quedado con nosotras.

CAPÍTULO 20

Una vez que llegamos al hotel, cada una va a su habitación a ponerse el pijama para luego venirse a la mía.

No sé cómo lo han hecho los del hotel, pero han puesto dos camas juntas, igual de grandes a la que ya tenía, con cinco almohadas. En el centro de las dos hay una gran caja de bombones, con un lazo rojo y un sobre.

No quiero tocar nada para que las chicas lo vean así de bonito cuando lleguen. Ni siquiera voy a abrir el sobre.

Se abre mi puerta y entran todas en tropel. Se han quedado paradas, como me ha pasado a mí, sorprendidas al ver lo que han montado para nosotras. Sospecho que Noelia lo ha organizado todo, pero me lo niega y se ha sorprendido tanto como las otras al entrar en mi cuarto.

Antes de leer la nota nos acomodamos sobre las camas, con las piernas cruzadas como los indios alrededor de una hoguera, que en este caso es la caja con el lazo. Le he pedido a Emma que lea la nota, yo estoy un poquito nerviosa.

«Querida Íngrid, deseo felicitarte por tu cumpleaños y agradecer la estancia de todas vosotras en este hotel. Os dejo unos bombones para endulzar vuestra última noche aquí.

Como regalo personal por tu aniversario, estás invitada junto a otra persona, a pasar un fin de semana en la mejor suite nupcial que tenemos. En la fecha que elijas.

Gracias por ser la culpable de hacer que pasen cosas bonitas en mi vida.

Atentamente: Ezequiel».

—¿Noelia, estás llorando? ¿Y tú también, Íngrid? Venga ya, ni que esto fuera un campo de cebollas —nos dice Marta.

—Es que estoy emocionada —le contesto con un nudo en la garganta.

—A mí me pasa igual, es precioso lo que ha hecho y dicho Ezequiel —dice Noelia frotándose los ojos.

—Y ahora estará durmiendo, ¿verdad? No le puedo dar las gracias —digo apenada, dejando caer mi cara sobre el puño de mi mano.

—No, si te parece está viendo la reposición de Verano Azul, esperando para que tú le digas cuánto te ha gustado su regalo —me dice Emma con ironía.

—¿Y yo, qué voy a responder a eso? ¿Qué le digo mañana cuando lo vea? —nos pregunta Noelia preocupada, sin dejar de darle vueltas a un mechón de su pelo con un dedo.

—Le dices que tú vuelves a la noche para comprobar la suite de los coitos con él. Y resolvéis ya de una vez —le contesta Martona con guasa.

—Me río yo, Martona, de cuando te toque a ti resolver —le replica Noelia.

—O si resuelvo —contesta ella.

—Otra que está como yo, nerviosa por ese tema —confiesa Lina.

—¡Pero, chicas! Os lo digo a las dos, eso es como montar en bici, no se olvida —les dice Emma.

—¡Calla! No hables de bicis, por favor —le pido.

—Ingrid, pero si fue una conversación muy divertida —contesta Lina con una sonrisa pícara.

—Yo lo único que pretendo es que habléis con propiedad y que no os cortéis en nada —les digo, señalando a las dos.

—¡Claro! Y que me compre gomina, pero no para la cabeza. No sé si a ti también te lo ha aconsejado, Lina —le dice Marta.

—En serio, chicas, estoy un poco agobiada con este tema. Hace mucho que no pedaleo —cuenta Lina, otra vez haciendo alusión al tema ciclista.

—¡Toma ésta! ¡Pues como yo! —dice Emma, cogiendo una almohada y tapándose la cara, como si se le hubiera escapado sin querer lo que acaba de decir.

—¿En serio, Emma? —le pregunta Lina.

—Os voy a contar algo que aún estoy asimilando, y esto ya cuenta como mi secreto. No sé por qué, pero Rubén empezó a distanciarse de mí hará unos cuatro meses. Todo iba bien y de repente me evitaba por las noches en la cama. Dejó de buscarme y si lo hacía yo, todo eran excusas. Hasta que me harté y le pregunté qué le pasaba. Me dijo que nada en absoluto, que está cansado y no tiene ganas. Lo peor, es que se cabrea mucho si le saco el tema, y deja

casi de hablarme o mirarme a la cara durante un par de días. Luego actúa como si no hubiera pasado nada y volvemos a la normalidad. Al final, renuncio al sexo, y prefiero estar a bien con él en casa, pero esto no puede seguir así.

—Vaya, lo siento mucho. Eso tenéis que hablarlo en serio. Tendrás que investigar más —le dice Marta.

—No, perdona, yo no soy Agatha Christie. Cuando vuelva mañana, pienso darle un ultimátum. Si hay que buscar ayuda profesional, se busca y si quiere hacer como si no pasa nada, y no contarme lo que ocurre, le pediré que se vaya de casa unos días para aclarar sus ideas y tomar una decisión conjunta cuando vuelva —contesta ella con cara de preocupación.

—Me parece bien, Emma. Estas cosas hay que aclararlas. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes donde nos tienes —le digo acercándome un poco y acariciándole el hombro.

—¿Cuánto llevas tú, Noelia, sin pedalear? —le pregunta Lina para romper el silencio que se ha hecho durante un instante.

—Pues después de participar en muchas carreras, me cansé. Me compré un patinete eléctrico muy especial, y me lo paso estupendamente yo sola. Así que, sin hacerlo con alguien de carne y huevos, puede que haga tres años. —Y hace un gesto con sus manos, haciendo dos rendondas con sus dedos índice y pulgar, para que nos quede claro que no quería decir huesos.

A todas nos ha sorprendido mucho esta salida de Noelia, y nos hemos reído un buen rato, repitiendo su frase. Sabemos que ella no es de hacer esta clase de bromas, pero lo ha hecho consciente, sabiendo que así iba a relajar el ambiente y a Emma.

—Pues yo no sé si os he hablado alguna vez de un tal Gabriel, al que le compraba piedras y era muy mono. Hace dos años que tuve una historia, de una tarde con él, ¿qué digo una tarde? De un rato —nos cuenta Lina—. Y ya puestas, también os cuento mi secreto.

—Esto se pone interesante —dice Emma, apoyando los codos en la cama y estirando el cuerpo.

—Resulta que fui a su tienda antes del horario de apertura al público, como hacía muchas veces, para elegir lo que compraba. Siempre tonteábamos, pero todavía no había pasado nada. Me dijo

que fuera con él al almacén para enseñarme lo que acababa de recibir. Pasamos dentro y abrió con un cutter una caja precintada y flejada que él tampoco había visto aún. Sacó varios zafiros azules, de muchísimo valor, cada uno en su caja individual de terciopelo rígido. Incluso me enseñó el albarán de compra. La más cara le costaba mil doscientos euros. Era una maravilla. Después de eso y unos cuantos halagos, nos enrollamos allí mismo, encima de una silla. Yo pensaba que iniciaríamos una relación a partir de ahí, porque me dijo cosas preciosas, que me hacían pensar eso. Ya sabéis como soy yo, y estaba en una nube. Al acabar, oímos como alguien abría con llave la puerta de la entrada. Una mujer lo llamaba, «Gabriel, cariño, ¿donde estás?». Él, palideció al momento y me hizo esconderme a toda prisa en el cuarto de baño.

—¿Estaba casado, verdad? —me pregunta Noelia con conocimiento de causa y voz apagada.

—Sí, pero espera a lo mejor. Tengo que aclarar que si me hubiera dicho que tenía una relación abierta o algo así, yo hubiese podido decidir, pero nunca me habló de ella. Escuché que la llamó Cristina, y poca cosa más mientras me vestía e incluso pintaba los labios en ese pequeño aseo del almacén. Salí de allí con el zafiro más grande en la mano y mi jugada fue: «Hola, Cristina, ¿qué tal?» —y le soplé dos besos que no se esperaba— «Por fin te pongo cara, porque Gabri siempre me habla de ti. Es más guapa de lo que me habías dicho, ¡eh!» —le dije mirándolo a los ojos—. «Yo soy Lina, la representante de Mundopiedras, que he venido a entregarle una caja en persona porque estaba por la zona». «Mira, Gabri, esta me la llevo —y se la puse delante de la cara— porque he estado revisándolas todas y le veo un pequeño defecto, ¿vale? Ya te traeré el cambio dentro de un par de semanas. ¿De acuerdo?». Y el asintió y me dio las gracias. Le volví a dar dos besos a su mujer y le dije que estaba encantada de conocerla, y de él me despedí estrechándole la mano, como una verdadera comercial. Salí de allí con el corazón dañado, pero con esa magnífica piedra azul. Al llegar a casa la cogí con las dos manos y lloré encima de ella, quería que mis lágrimas cayeran allí para que se me pasara antes el disgusto. Diez minutos me duró.

—Eres mi heroína, Lina. Fue un robo de película, aunque también debiste pasarlo mal, no creo que solo fuesen esos diez minutos que cuentas —le dice Marta.

—Sí, lo pasé mal un tiempo, pero no dejé que me afectara mucho. No estaba enamorada de él, por suerte.

—Y tú, Ingrid, ¿cuánto tiempo hace de tu última relación sexual? Porque ya puestas a contarlo, tú no te libras, guapi —me pregunta Emma.

—Pues ya puestas, como tú dices, os diré que no hace ni una semana. Jaime me felicitó el primero por mi cumple. A las doce de la noche, en la cama, y la felicitación se alargó un poquito. Quedamos muy contentos los dos de que yo cumpliera años. Lo del secreto lo dejo para más tarde. Ahora es Marta la que nos tiene que contar su última relación sexual.

—Vale, pero no quiero que me regañéis. Hace cuatro años mi exmarido vino a casa a buscar una tienda de campaña que teníamos. Él sabía que yo me la quedé y me la pidió para irse de vacaciones. Me dijo que me echaba de menos y yo caí como una idiota. Incluso hablamos de darnos una segunda oportunidad a su regreso. Justo en esas vacaciones conoció a su nueva mujer. Me llamó tiempo después para explicármelo y pedirme perdón. Le dije que quemara la tienda y me olvidara, igual que yo a él.

—No sé por qué te íbamos a regañar. Esas cosas pasan. Aunque tú aún no lo has olvidado, y ya va siendo hora —le dice Lina.

—Sí, tienes razón, y lo voy a hacer, te lo aseguro —le contesta ella.

Nos quedamos unos segundos reflexionando, cada una en lo que le pasa por la mente.

Pienso en si proponerles jugar a adivinar el pensamiento, pero sería competencia desleal hacia Lina, y en ese momento habla Noelia.

—Bueno, chicas, aclarado el tema de la inactividad sexual, salvo Ingrid, lo cual celebro, tenemos que contar nuestro secreto las que faltamos. ¡Me pido la última! —Noelia ha dicho la última frase sin pausa alguna, para que nadie se le adelante.

—No sé ni cómo empezar lo que os voy a contar —nos dice Marta —. Y si no es porque ha salido esta, llamémosle, «oportunidad» —y hace el gesto de las comillas con sus dedos— de explicar un secreto

cada una, creo que me lo llevaría a la tumba. Ya es hora de compartirlo y sacar otra piedra más de mi mochila.

—Haces muy bien en ir vaciándola —le digo para animarla.

—Cuando perdí mi virginidad, creo que os acordaréis todas porque os lo conté cien veces, yo estaba eufórica, aunque no os lo conté todo. Hice el amor con Dani, porque me iba de vacaciones con mis padres e iba a estar dos meses sin verlo, además, los dos teníamos muchas ganas. La adolescencia y las hormonas es lo que tiene, ¿verdad? Para los dos era nuestra primera vez. Inexpertos, nerviosos y ansiosos, cuando acabamos nos dimos cuenta de que el preservativo se había roto un poquito. Eso es lo que no os conté, supongo que por vergüenza. Yo había escuchado que la primera vez nunca te quedas embarazada, un bulo como tantos otros de aquella época. Y así fue, como de mi primera vez, me quedé embarazada y también la única, por desgracia.

—¡Marta, por Dios! —se me escapa tapándome la boca mientras las demás no le quitan ojo.

—Esperad, que sigo. Yo tenía diecisiete años. Dos meses después, estando ya en nuestro destino, que era Mallorca, me puse malísima, con un dolor de ovarios insoportable. Pensé que era culpa de que me iba a venir la regla, que por aquel entonces la tenía irregular y no era de extrañar. Mis tíos y primos llegaban ese día al apartamento que habíamos alquilado a medias. Mi madre estaba liadísima en la cocina haciendo comida para todos, mis hermanos más pequeños por allí dando por saco y mi padre había ido al aeropuerto a recoger a su hermano y familia. Yo cada vez me encontraba peor y entonces mi madre le dijo a mi hermana la mayor, de veintidós años, que me acompañara a urgencias y ella se quedaba al cuidado de todo lo demás. La sorpresa fue que no era un dolor menstrual, estaba sufriendo un aborto.

—¡Joder! ¡Qué fuerte! Cuanto lo siento, Marta. Tu hermana pondría el grito en el cielo, ¿no? —le pregunta Emma.

—¡Qué va! Todo lo contrario. Yo estaba muy asustada y no paraba de llorar. Ella me tranquilizaba y me juraba que no se lo diría a nadie, que si alguien quería contarlo, esa tenía que ser yo. Tuvimos suerte de que la doctora que me atendió era lo que antes se llamaba

progresista, y nos dijo que no iba a llamar a mis padres puesto que ya iba acompañada de una persona adulta.

A mi hermana le expliqué que solo lo había hecho una vez y que renunciaba al sexo por siempre jamás. Ella me trató con mimo y cariño, me dio una charla y consejos estupendos y durante unos días ni ella ni yo fuimos a la playa.

—¿Y qué le dijiste a tu familia? —pregunto.

—Dijimos que había tenido una hemorragia por tener la menstruación de forma tan irregular, y que me habían recomendado reposo. Se lo creyeron todos, menos mi madre. Esa noche vino a verme a la habitación, se sentó a mi lado, me dio un fuerte y largo abrazo y lloró sobre mis hombros. Me pidió perdón por no haberse dado cuenta. No hizo falta que se lo contara nadie, lo vio en mi cara al volver del hospital. No quería que le diese explicaciones, solo me dijo que a partir de ahora, si quería ser una mujer sexualmente activa tenía que tomar precauciones y que iríamos a su ginecólogo al regresar a casa.

—Que moderna tu madre para esa época —le dice Noelia.

—Sí, la verdad es que sí. Mi madre siempre ha ido por delante en muchas cosas. Nunca me recriminó nada. Lo que sí me pidió es que no se lo contase a nadie, ni a mis amigas. Me dijo que sin querer podría llegar a oídos de alguna otra, no tan amiga, y luego convertirme en una chica señalada en el instituto por los demás. ¡Ojo! No por vosotras, que ella decía que sabía que vosotras no, pero que en los institutos solo hace falta una chispa para que se provoque un incendio y no quería que yo fuese la quemada. Mi madre es la «puta ama», y creo que hice bien haciéndole caso. Por eso no os lo conté nunca.

—Hiciste lo que creíste oportuno y a las madres siempre se les hacía caso —le digo.

—Lo sé. A Dani tampoco se lo dije, no hubiese solucionado nada al hacerlo. A la vuelta estuvimos saliendo unos meses y luego él se fue a vivir a otra ciudad porque trasladaron a su padre en el trabajo, y así acabó nuestra historia de amor. Ya sabéis de mis problemas para concebir que he tenido siempre, esa es la rabia mayor que siento de toda esta historia. Por eso tengo otra cosa importante que contaros.

—¿Más todavía? —pregunta Emma.

—Sí. A ver qué os parece. Es adelantar un poco los acontecimientos sin saber si me saldrá bien la jugada, pero allá voy.

—Qué intrigadas nos tienes —le dice Noelia.

—Ahora mismo acabo con el misterio. Veréis, con la edad que tengo ya no puedo adoptar, y más siendo unifamiliar. Así que he iniciado el papeleo para tener niños de acogida en mi casa. Sé que será duro, porque son niños que pueden venir de una familia desestructurada o de otra parte del mundo porque su país esté en guerra, pero yo me brindo a ayudarlos y darles cariño el tiempo que estén conmigo. Como además puedo teletrabajar desde casa, la asistenta social me ha dicho que eso me da bastantes puntos. Hay que esperar a ver si soy buena candidata o no.

—¡Marta! ¿Qué nos va a parecer? Te honra y mucho lo que quieres hacer. Ya verás como sí que lo consigues —le dice Lina y se lanza a darle un abrazo, al igual que hacemos las demás al momento.

—Ahora me toca a mí —respiro hondo y suelto el aire poco a poco —. Creo que no soy fiel a la percepción que doy desde fuera a cómo soy realmente. Yo, sufro mucho.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Noelia.

—No duermo bien por las noches. Cuando me acuesto no puedo conciliar el sueño pensando en las cosas malas que pueden ocurrirles a mis seres queridos. Me las imagino tan nítidas, que me las creo y acabo llorando, no un llanto fuerte, son lágrimas que me van cayendo por la cara poco a poco. Por ejemplo, cada vez que alguien se va de viaje, como mi hija con el novio, imagino el accidente que tienen, como me dan la noticia, me veo en el funeral, la gente dándome el pésame y yo destrozada de por vida. Por la mañana, cuando me levanto, lo olvido todo, pero es un sin vivir. Cuando regresa a casa y está sana y salva doy las gracias a todos los Dioses del mundo. Me da pánico que alguna vez mi imaginación gane. Esto me ocurre con ella, con Jaime, con toda mi familia y con vosotras.

—No lo hubiera dicho nunca de ti, Íngrid. Siempre eres positiva y animas a todo el mundo y se te ve feliz —me dice Emma, con voz de preocupación.

—Y el caso es que soy feliz, pero si me vienen esos pensamientos, que siempre son nocturnos, no puedo evitarlos y hasta que no los desarrollo por completo y los sufro, no me quedo tranquila. Tampoco me pasa todos los días, pero sí a menudo.

—Algo tendrás que hacer al respecto. ¿No crees? —me dice Marta.

—Sí, ahora ya he visto que no es tan difícil de contar. Sois las primeras en saberlo —confieso—, pero no seréis las últimas. Yo misma romperé el pacto y mi secreto sí saldrá de aquí.

—Nadie tiene derecho a juzgarte, Íngrid. Todo el mundo tiene sus problemas o peculiaridades, no creas que eres la única —me contesta Noelia con una leve caricia en la cara.

—Ya, imagino que no. Pero me siento estupenda al haberlo soltado. Es verdad que es como quitarse un peso de encima. Ahora vas tú, Noelia.

—Es verdad. Lo primero que os quiero pedir, es que me dejéis hablar hasta el final y no me interrumpais. Os dije en algún momento estos días, que ya hablaríamos sobre asuntos económicos y eso es lo que voy a hacer.

Tengo decidido que me voy a hacer cargo de vuestras hipotecas, pero para que no pongáis el grito en el cielo, os digo que no será gratis.

—¡Claro! ¡Tú eres rica, pero no tonta! —suelta Marta por esa boca que no atiende a lo que ha pedido Noelia, aunque hay que reconocer que nos ha sacado unas risas.

—Me explico, lo que yo pague a vuestro banco por la cancelación, lo dividiré en veinte años y luego en meses, y me lo pagaréis a mí, pero sin ningún tipo de interés, es una forma de ahorraros bastante dinero. Todo hecho bajo notario y legal, para que no haya problemas con Hacienda ni de ningún tipo para nadie.

Y antes de que abráis la boca, os diré que me va bien distribuir un poco el dinero. Si no, al final los únicos que ganan son los bancos. Y si necesitáis alguna cantidad, digamos grande, por cualquier motivo, no quiero que volváis a pedir un préstamo en vuestra vida, me lo pedís a mí, que yo sin ningún problema os lo dejo encantada. ¿Qué os parece?

—Ostras, Noelia, no sé qué decir. Me parece que ya debo poco,

aunque tenemos el préstamo del coche, si te va bien juntamos los dos, para llegar un poco más desahogados a fin de mes, que últimamente está todo carísimo —le dice Emma.

—Sin problema, Emma —le contesta ella.

—Pues yo solo puedo decir que muchas gracias. Como nos cambiamos de vivienda hace seis años, sí que tenemos un hipotecón, y me va de perlas pagar menos —le digo agradecida.

—No se hable más, está decidido que así lo haremos. La semana que viene nos pondremos manos a la obra —me dice ella.

—¡Estupendo! Eso me dará más puntos para lo mío. Tengo que presentar mis cuentas para que todo cuadre a las autoridades pertinentes, y como yo compré la parte de mi piso a Marcos, estoy bastante endeudada, la verdad —explica Marta.

—¡Qué bien! Estoy contentísima de poder ayudaros. ¿Lina, y tú qué dices? Te has quedado callada y muy pensativa.

—Pues verás, le estaba dando vueltas. Resulta que yo acabé de pagar mi piso hace unos meses. Pero si me quieres ayudar en algo, me encantaría abrir una tienda propia de material esotérico, con una habitación para poder echar las cartas y hacer allí mis cositas con la clientela. Lo miré hace tiempo, pero era mucha inversión y no me atreví.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¡No sabía que tenías tanto dinero, cojonata!

—Me parece una idea estupenda y por supuesto que te lo financio.

—¿En serio?

—Sí, mujer. ¡Claro!

—¡Saca el champán de la nevera, que esto hay que celebrarlo! —les digo.

—¡Ahora mismo! —contesta Marta.

Y brindamos y comemos bombones, como en las películas, sentadas o tumbadas alrededor de la caja, en pijama, pero con la diferencia de que estamos despeinadas y con el maquillaje corrido, porque hemos tenido lágrimas de los dos tipos, las causadas por la risa y las causadas por el llanto. Y la mayor diferencia es que esto es real, esto ha pasado y tenemos un momento de felicidad tras sacar piedras cada una de su propia mochila, o casi todas…

—Noelia, me da la impresión de que no hemos jugado al mismo nivel. Tienes que contarnos un secreto, porque lo que tú has hecho ha sido darnos una noticia de una decisión que has tomado y que nos afecta a todas.

—Tienes razón, Emma, ahora me toca a mí. Es algo que llevo callando durante años y también me atormenta por las noches. Por eso te he dicho antes lo que te he dicho, Íngrid.

—¡Ay, pobrecita! Cuéntalo de una vez y te desahogas —le dice Lina con cariño en sus palabras.

—Allá voy. Sin paños calientes. Estuve presente en la muerte de Lucas.

—¿Cómo? ¿Qué? Explícate —le dice Marta asombrada, al igual que estamos todas.

—Después de echar a Lucas de casa, contraté a un detective para que lo siguiera. Enrique, que así se llama el investigador, me llamó al cabo de unos días y me dijo que Lucas estaba en aquel maldito lugar. Me fui hacia allí con la intención de pillarlo infraganti, pero las cosas nunca salen como una planea. Cuando llegué había coches de policía, ambulancias y vi como sacaban un cuerpo. A lo primero no pensé que pudiera ser él, pero al momento empezó a rondar esa idea en mi cabeza. Mira que si es él, mira que si es él… Me quedé inmóvil, petrificada al volante de mi coche. Después, durante unas décimas de segundo, estuve a punto de salir corriendo para destapar la sábana y ver quien era esa persona, pero eso solo ocurrió en mi cabeza, porque no me atreví.

—Claro, estabas en *shock*, no era agradable lo que estabas viendo, fuera quien fuera, debajo de esa sábana había un ser humano —le dice Emma.

—Volví a casa y deseé mil veces que me llamase para pedirme perdón, o por lo menos viniera a darme alguna explicación. Cuando sonó el timbre una brizna de esperanza cruzó mi mente, pero cuando abrí la puerta y vi a la policía fue como si me apuñalaran por la espalda hasta atravesarme el corazón —Noelia está derramando lágrimas, pero sigue explicando—. Los escuchaba, pero solo tenía una imagen fija en mi memoria, la que veo en sueños casi cada

noche, aquella camilla y la sábana que tapaba el cadáver, su cadáver —Se ha tapado la cara con las manos y se ha echado a llorar enérgicamente. Sus hombros y su cabeza tiemblan y nosotras también lloramos, por verla así, por sentir en el alma lo que pasó y porque somos como hermanas. «Hermigas», como dice Lina, combinando las dos palabras.

—Si hubiera sido más valiente me hubiese podido despedir de él y decirle que lo perdonaba, para que al menos uno de los dos descansara en paz—nos dice Noelia.

El silencio solo lo rompe su balbuceo, las demás estamos mudas, porque hay poco que decir. La hemos abrazado e intentado tranquilizar, Lina la ha colmado de besos en la cara con palabras cariñosas. Hasta que empiezo a hablar sin saber bien qué voy a decir.

—Noelia, cariño, tú no hiciste nada malo. Y él sabe que lo has perdonado, ahora eres tú la que necesitas tu propio perdón. Ya está bien de sufrir. Míralo de esta manera. Sin ser consciente nos has propuesto este reto para quitarte ese lastre de encima. Ya está, cariño. Déjalo descansar en paz. Él se sentirá feliz si tú también lo eres —le digo.

—¿Tú crees? —me pregunta ella.

—¡Por supuesto! —contesta Lina con la mirada perdida y una tez más pálida de lo habitual.

—¡Lina! ¿Qué te pasa, estás bien? —le pregunta Marta asustada.

—Tengo que contaros una cosa y es muy urgente —ha recuperado el color y habla acelerada—. Creo que el más allá sabe lo que va a suceder en el más acá. ¡Ahora lo entiendo todo!

—Explícate, que no lo hemos pillado, de verdad. —le dice Emma.

—Anoche estaba cogiendo el sueño y os aseguro que aún no estaba dormida, cuando vi la cara de Lucas. Estaba tan guapo como siempre, y me habló. Me dijo: «Dile que viva tranquila y sea feliz. Llevo el anillo». Lo último no lo comprendo, pero os juro que fue así.

Y Noelia entra en un sollozo quejicoso que nos encoge el alma. Se abraza a Lina durante un rato, y le da las gracias al oído. Cuando está más tranquila vuelve a hablar con nosotras.

—Creo y tenéis que creer a Lina al cien por cien. Entre nosotros

teníamos una broma en la que decíamos que el primero que se muriera tenía prohibido quitarse el anillo de casado. Así no ligaría con nadie en el ultramundo, al ver los demás que tenía pareja.

—Lina, nos dejas sin palabras. Desde luego que tienes un Don. Y tú, Noelia, ya sabes, hazle caso —le dice Emma.

—¡Vaya noche de sorpresas, risas y llantina! Ahora tocaría volver a reír, ¿no? —nos dice Marta.

—Que conste que esto es una buena noticia, Noelia. Puedes dejar de sufrir desde ya. ¡Él lo quiere así! ¿No te das cuenta? Lo ha hecho expresamente, para que rehagas tu vida cómo y con quien quieras, como si lo quieres hacer sola, pero sin torturarte. Se acabaron las penas. ¡Sacad otra botella de champán! —les digo.

—Sí, Ingrid así lo haré. Disfrutaré de la vida sin mirar atrás. Ya va siendo hora de hacerlo. ¡Desde ahora mismo! ¡Venga ese líquido dorado, que corra por las copas!

—¡Esa es la actitud! —dice Lina aplaudiendo.

—Me alegro muchísimo de que puedas cerrar, por fin, ese capítulo de tu vida. Te mereces lo mejor, amiga —le dice Emma.

—Gracias, preciosa. Declaro que mañana no hay horario para levantarnos. Aunque como tope pongo las once de la mañana —nos dice Noelia.

—¡Bien! —gritamos todas.

Y llenamos las copas y decidimos brindar por la vida, la nuestra y la de los que ya no están, sin remordimientos ni angustia, y por el número de años que tiene cada una, la última, por supuesto, yo.

—¡Por los cincuenta y tan contenta! ¡Chinchín!

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a las personas que me han ayudado leyendo este libro cuando solo era un borrador, y a las que forman parte de mi vida, haciéndola más amena.

En primer lugar, a mi hermano Sebastián, la persona que más me insistió en que siguiera escribiendo. Inventor y poeta, un ejemplo para mí.

A mi amiga Ana María Veá. Sin ella, hubiera sido mucho más difícil, pues donde pone el ojo, pone la bala. Fue la primera persona en leer el manuscrito original, y ayudarme con la corrección. Además, se lo dejó a dos amigas suyas —Marimar y Ana— para sumar opiniones.

A mis cuñadas, Pepa y Magdalena, lectoras ávidas y experimentadas, que comentaron con cariño.

A mis chicas del «insti». A Eva Viciana, tus comentarios al acabar de leerme fueron los más alentadores. A Maite Rosario, siempre apoyándome y ofreciendo ayuda. A Ana Salmerón, por su curiosidad para leerlo, eso siempre anima. A Carmen Soldado, por su energía siempre positiva y contagiosa.

A mis «excompis» de trabajo, Joana Colominas, por tener tan buen criterio y escucharme siempre que hace falta. A Dolors, Laura y Sara, por no perder el humor nunca y disfrutar de los momentos compartidos.

En el camino de la escritura conocí por redes a una persona maravillosa: María Álvarez, escritora y fundadora de un grupo de WhatsApp formado por personas con amor por las letras. En él compartimos ideas, consejos y nos ayudamos en lo que podemos. ¡Qué gran suerte la nuestra!

Gracias, María, Ainhoa Escarti, Laura Daza, Alba Vera, Marta Molins y Jesús Gálvez. Aprender de todos es un honor para mí.

Gracias a Esther Balbi, que, siguendo sus consejos elegí el título del libro.

Gracias a mis lectoras/correctoras profesionales: Karenn_all, Ladychena, y Marta de Miauquetaciones. Si dan premios por paciencia, aquí hay tres candidatas. Gracias, chicas.

A mis amigas de siempre, por ser inspiración para mí. En especial a

Mary Calzado, Lidia Estepa, y Nuri Alarcón.

A mi amiga del alma, Lili. Aunque estemos lejos, la distancia no nos separa.

Y a las que llegaron después para quedarse: Eva Perales, Ana María, Esther, y a todo el grupo de «sopar tabernerosdelcirio». Así como a las chicas del bus: Bárbara, Gloria, Manoli, Àngels y Montse.

A mi amiga Neus Badrenas, y su marido Manolo Salmerón —taxista de verdad—, por los alegres ratos que pasamos siempre que quedamos.

A mi profesora de lengua en EGB, Consol Fernández, por poner en mis notas que tirase para letras y seguir en contacto ocasionalmente.

Y, para acabar —por eso de que los últimos serán los primeros—, a mi hija, Nerea González, por ayudarme y cederme su ordenador. Sin ti no hubiera sido posible, cariño. Te quiero infinito.

Y a mi marido, Jose C. No ha sido el mejor lector, pero sí es el mejor marido. Gracias por aguantar mis paliques y neuras con el libro. Te quiero.

A todas y todos os deseo cien sonrisas al día, porque la vida, sin humor, es menos vida.

ISABEL TORRES CARRASCO

Nacida en Terrassa en 1970, vivió su infancia y adolescencia en el barrio de Can Jofresa.

Siempre ha trabajado como dependienta. Ha vendido casi de todo: juguetes, cortinas, lámparas, comida y ropa. Desde hace quince años vende libros, mochilas, bolígrafos y plumas de alta gama en la librería Atenea, la más antigua de su ciudad.

Hace veinte escribió su primer libro, todavía inédito. Algunos años después quedó finalista en un concurso de microrrelatos del Diari de Terrassa, donde se lo publicaron en una edición especial para Sant Jordi.

Este es el primer libro que publica, aunque aquel que guarda en un cajón, quizás algún día vea la luz.

También es aficionada a escribir microrrelatos y los comparte en sus redes como @isabeltorres.ca en Instagram y @isi02091970 en

Threads.

